

XAVIER DE MONTÉPIN

LOS AMORES DE UN LOCO



se

Lectulandia

Éste es un relato circular. El comienzo de la obra es el final de la misma. Un joven, de origen más bien humilde, conoce a lo largo de algunos años a una serie de mujeres que, por un motivo u otro, resultan para él motivo de sucesivas desgracias e infortunios. El pobre desgraciado termina loco. Hay celos, venganzas, duelos... Esta obra se puede calificar, sin lugar a dudas, de tragedia romántica con todas las de la ley.

Lectulandia

Xavier de Montépin

Los amores de un loco

ePub r1.0

Titivillus 28-06-2018

Título original: *Les Amours d'un fou*
Xavier de Montépin, 1849
Escaneo y OCR: mabalgo
Diseño de la portada: mabalgo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Las tres lágrimas. Capítulo I

El jardín del Palais-Royal estaba frecuentadísimo por paseantes, niñeras, actores sin contrata y extranjeros. Las niñeras ocupábanse más de sus galanes que de los niños confiados a su custodia; los actores, de sus ajustes y triunfos, y los extranjeros en mirar los escaparates de las tiendas.

Era una hermosa mañana del mes de Enero de 1847. La afluencia de la gente al jardín se hacía notar, naturalmente, en los cafés; el de la *Rotonda*, que se hallaba situado en uno de sus extremos, encontrábase animadísimo. Frente a una de sus mesas, un caballero ya entrado en años, y de aspecto respetable, saboreaba el excelente moca, a la vez que leía el *Siecle*; en el ojal de la solapa del sobretodo, lucía la roja cinta de la Legión de Honor; mantenía su bastón entre las piernas, y en una silla, al lado suyo, colocó su sombrero de anchas alas; de cuando en cuando interrumpía la lectura para mirar con atención hacia el lado de las galerías de Orleans, volviendo luego a su lectura, sin duda porque no veía llegar a quien con impaciencia esperaba.

Un anciano, bien conservado todavía, de baja estatura, amarillento de color y de una expresión espiritual y distinguida, apareció en el café y registróle de una mirada: al reconocer al caballero del sombrero de anchas alas, dirigióse a él con la sonrisa en los labios, quien al fijarse en el anciano, mandó al mozo que trajera una segunda taza de café, y retiró su sombrero de la silla en que lo había colocado, que una vez libre fue a ocupar el anciano, a la vez que nuestro primer personaje exclamaba:

—¡Querido señor Beaucourt!, la hora de vuestra cita hace ocho minutos que pasó.

—¡Cierto! —exclamó el interpelado—; he encontrado en la plaza del Palais-Royal una muchacha tan hermosa, que me ha sido imposible resistir a la tentación de seguirla un minuto, que ha convertido en ocho vuestra impaciencia, —añadió sonriendo.

—¡Ah!, ¡seréis siempre un calavera!

—Mientras pueda, ¿qué queréis? Mi veranillo de San Martín dura todavía.

—Sentaos y tomad el café antes de que se os enfríe, porque soy partidario de nuestro amigo Brillat-Savarin, que decía que *el café frío es un verdadero veneno*.

Mientras saborean el café, digamos algo acerca de estos dos personajes. El señor Beaucourt era el mayor, frisaba en los sesenta y nueve años; era soltero, y uno de esos que se conocen con el nombre de *viejos verdes*; su carácter, que se ocultaba bajo un exterior de amenidad y benevolencia, era egoísta en extremo. Desempeñaba funciones importantes en el Ministerio de Instrucción Pública. El otro, cuyo nombre era señor Laval, pertenecía a la magistratura, le dominaba la gula, una locuacidad extrema y suma afición a la maledicencia; a pesar de estos tres defectos capitales, era

de mejor carácter que su amigo. Su hijo único, capitán de *spahis*^[1], tenía treinta años, y recomendable por más de un concepto. Ambos amigos, sin ser ricos, gozaban de una posición bastante desahogada.

—Ayer mañana pasó una cosa particular en el Palacio de Justicia —dijo el señor Laval después de algunos minutos de conversación insignificante.

—Y anoche una extraña en la tertulia de mi ministro, —observó el señor Beaucourt.

—Se trata de una persona que conocéis.

—Al héroe de mi historia lo veis diariamente.

—Esto no impide que no acertéis jamás a quien aludo.

—Lo mismo digo.

—Figuraos que se trata de Marc-Henry.

—¡Bah! —exclamó Beaucourt—. ¡Marc-Henry! De él os iba a hablar: veamos, pues, vuestra historia.

—Pues señor...

—Sed breve, os lo suplico.

—Si empezáis a interrumpirme, no digo una palabra.

—Os escucho.

—No ignoráis que Marc-Henry es uno de nuestros mejores abogados; todo el mundo lo reconoce así, por su gran elocuencia, juicio recto y sentido maravilloso para apreciar a primera vista las cuestiones; además...

—Resumid —interrumpió con marcada impaciencia el señor Beaucourt.

—Estaba encargado de un pleito de importancia suma, relativo a un supuesto testamento. Los herederos de la duquesa de Trémes-Cariman, contra el marqués de Pimpadec... la friolera de millón y medio de francos; este pleito sabed que fue perdido en primera instancia en Amiens y en la Audiencia de Reims, hallándose ahora en recurso de casación.

—Abreviad, vamos a lo que importa.

—Marc-Henry, que abogaba al marqués, estaba elocuentísimo; ya se creía ganada su causa, y el abogado de la parte contraria bajaba con aire confundido la cabeza; llegó el último momento por fin, el momento de pulverizar con el argumento final las pretensiones de los herederos supuestos, cuando de repente, ¡cosa extraña! Marc-Henry cambia de faz, palidece, corta su peroración, estalla en sollozos y abandona el local, siendo inútiles los esfuerzos que hicieron por detenerlo. El presidente se vio obligado a suspender la vista. ¡Juzgad lo que el tribunal dirá!

—Bien raro es todo, en efecto —dijo Beaucourt—, pero lo es más lo que tengo que contaros. Ayer era día, o mejor dicho, noche de recepción en casa de mi ministro. Marc-Henry rara es la vez que deja de asistir a las recepciones del ministro de Instrucción Pública, y va acompañado casi siempre de su señora. Entre paréntesis, ¿sabéis que ésta es una criatura deliciosa? Contará apenas veintiocho años, es distinguida, tiene hermosas formas, y a la desenvoltura española une la morbidez

italiana...

—Abreviad —dijo a su vez Laval satisfecho de poder vengarse de las interrupciones del señor Beaucourt.

—¡Alto aquí!, no os reconozco el derecho de interrumpirme ahora; os estoy hablando de una mujer joven y bonita, y no me pierdo en indigestas consideraciones sobre un proceso.

Y al terminar estas palabras, guiñó el ojo y pasó la lengua voluptuosamente por el borde de sus labios, como un goloso que sueña con las sensuales delicias de exquisito manjar.

—Proseguid —dijo el magistrado, declarándose vencido.

—Sigo, pues; anoche se presentó Marc-Henry, solo, en casa del ministro; llevaba un aire singularmente preocupado y distraído; debía buscar a alguien, a juzgar por el modo de mirar en torno suyo; no sé si logró lo que se proponía, pues le perdí de vista y fuíme a una mesa de *ecarté*, donde tuve por adversario al conde de Canillac, joven oficial de Estado Mayor, por quien están todas las mujeres locas.

—No lo conozco —dijo el señor Laval.

—No importa; no vale la pena que por esto me interrumpáis; me puse a jugar, y perdí veinte francos en un momento, por lo cual me levanté para ceder a cualquiera mi puesto, cuando vi... ¿a quién diréis que vi sentarse en el sitio que abandonaba?

—¿Al ministro?

—No señor.

—¿Al arzobispo de París?

—Ni al nuncio tampoco.

—Acabad de una vez. ¿A, quién?

—Marc-Henry; a Marc-Henry que nunca había cogido una carta. Se hicieron varias apuestas en favor del abogado, y en menos de cinco minutos había vuelto a perder yo otros veinte francos, cosa que a la verdad sentí, pues creo que mi dinero no fue lealmente defendido.

—¿Y después? —interrogó el señor Laval.

—Después, el señor Marc-Henry se opuso a que hicieran apuestas; empeñóse de nuevo la partida, y adivinaréis que el conde le ganó otra vez...

—Pues hasta ahora no veo nada que me sorprenda —observó el señor Laval.

—Esperad; tened un minuto de paciencia: —«Caballero —dijo entonces Marc-Henry con voz conmovida—, si no respetara la casa en que tengo el honor de encontrarme os arrojaría las cartas al rostro y os llamaría bribón, porque sólo robando habéis podido ganarme el dinero».

—¿Eso dijo? —exclamó Laval estupefacto.

—Palabras textuales —contestó el señor de Beaucourt—. Canillac quiso lanzarse sobre Marc-Henry, pero se lo impidieron los circunstantes, consiguiendo evitar el escándalo. Marc-Henry se retiró. ¿Qué os parece la aventura?

—Prodigiosa.

—¿Verdad que sí?

—¿Y de todo esto resultará...?

—Un duelo; y yo, francamente, no doy por la vida de Marc-Henry, ni cinco francos, porque el señor Canillac es un consumado tirador de pistola, y en la espada hay pocos que le aventajen.

—En este asunto habrá algo que ignoramos.

—No creo; Marc-Henry es completamente feliz; hijo de sus obras se ha labrado una posición envidiable; su talento le ha proporcionado una fortuna; su esposa, encantadora mujer, que le ha dado dos preciosos niños, le hace feliz y dichoso, ¿qué más puede desear? Sólo las grandes desgracias, las catástrofes, conducen a la locura, y la existencia de Marc-Henry no se ha visto nublada por ninguna de ellas.

—Es cierto, ¿pues cuál podrá ser entonces la causa de un modo de proceder tan singular?

—Con el tiempo la conoceremos; su esposa quedará viuda dentro de poco.

—¡Chist! —interrumpió el señor Laval— hélo aquí; silencio, aquí está nuestro hombre.

Capítulo II

En efecto, en aquel momento entraba Marc-Henry en el café de la *Rotonda*. Su edad era la de cuarenta y tantos años; su rostro, pálido y distinguido; su fisonomía, agraciada aunque algo irregular. Su mirada y su pequeña boca demostraban una bondad de carácter sin límites; precoces arrugas labradas por el trabajo y la vigilia, se dibujaban en los ángulos de sus ojos. Era de elevada estatura, y por lo que atestiguaban sus robustos miembros, avanzado pecho y anchas espaldas, debía ser de un temperamento fuerte y vigoroso. Vestía con severidad, cual convenía a su carrera y carácter, y a pesar de la estación sólo llevaba una larga levita abotonada hasta el cuello. El abogado se acercó a nuestros conocidos, y después de saludarlos, dirigiéndose al señor Laval, le dijo:

—Vengo por aquí por suponer que os había de encontrar.

—¿En qué puedo seros útil, amigo mío? —preguntó el señor Laval.

—En darme una noticia.

—¿Cuál?

—Sabéis que soy íntimo amigo de vuestro hijo...

—Efectivamente.

—¿Es cierto que ha llegado a París hace tres o cuatro días?

—Cierto es.

—Lo he oído decir; por desgracia su partida al ejercito de África me ha impedido verlo durante mucho tiempo.

—Desde el sábado está mi hijo aquí.

—¿Seréis tan amable que me indiquéis las señas de su domicilio?

—¿Por que no? Calle de *Seine Saint-Germain*, número 55, *Hôtel de Maroc*.

—Un millón de gracias; ¿a qué hora creéis le hallaré en casa?

—Sale por la mañana y no suele volver hasta por la noche, de modo que no tiene hora fija; pero hoy come en mi casa, y allí le podréis encontrar infaliblemente.

—Tengo precisión de hablarle ahora mismo; probaré fortuna y veré a ver si le encuentro en su morada.

Y así diciendo despidióse de nuestros dos personajes, y salió del café con paso apresurado.

—La verdad que para un hombre que ha de batirse mañana, su aspecto es bien tranquilo —observó enseguida el señor de Beaucourt.

—El asunto se habrá arreglado, porque los abogados jamás se baten.

—¿Arreglado un asunto de esta índole con el conde Canillac...?

—¡Imposible!

—¿Para qué necesitará hablar con mi hijo?

—Ya lo sabréis esta noche.

—Eso si encuentra a Carlos, que lo dudo.

—Hace un tiempo magnífico; en la calle debe de haber avalanchas de hermosas mujeres; así es que antes de ir al ministerio —dijo el señor Beaucourt—, me dará un paseo por las Tullerías.

—También me voy yo a cumplir con mis obligaciones.

—Pues entonces, hasta mañana.

—Adiós; hasta mañana.

Y los dos amigos se separaron, después de haber cruzado un fuerte apretón de manos.

Al salir del café de la *Rotonda*, nuestro abogado encaminó los pasos a la calle de Beaujolais, donde le esperaba un carruaje de punto, en el que entró dando al cochero las señas de la casa del hijo del señor Laval, como éste le había indicado. El caballo, vigorosamente fustigado, partió a escape.

Cuando salió Marc-Henry del café, en el momento de abandonar al señor Laval y al señor Beaucourt, perdió la tranquilidad de que se había revestido en presencia de aquéllos; su contraída frente se plegaba con violencia, y sus miradas eran vagas y errantes.

Durante la carrera de la calle de Beaujolais a la de Seine, se entregó a una meditación tan profunda, que tembló cuando el cochero detuvo su caballo, y dijo:

—Estamos ya. ¿Tenemos tiempo de tomar un bocado, mientras hacéis la visita?

El abogado no contestó a esta pregunta, que lo mismo podía referirse al caballero que al jaco, y bajando del coche, entró en la casa señalada con el número 55.

Por una rara casualidad, estaba el capitán Laval en casa; enterado de esto Marc-Henry, y después de preguntar por la habitación, se encaminó a ella.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó Carlos Laval al reconocer a su amigo—; pensaba iros a ver hoy, pero me habéis adelantado; sentaos y fumad un cigarro.

Marc-Henry rechazó la oferta, y se dejó caer en una silla.

—¿Qué os pasa? —preguntó con inquietud el capitán, notando la suma palidez de su amigo. ¿Qué tenéis?, ¿estáis enfermo?

—No —replicó el abogado, esto no es nada—. Guardó silencio un momento, y con voz conmovida añadió: —Carlos, ¿sois mi amigo verdadero?

—¿Cómo dudarlo? —objetó el capitán sorprendido de aquella salida—. ¿Lo habéis dudado alguna vez?

—Nunca, y hoy vengo a poner a prueba vuestra amistad; vengo a pedir os un favor.

—¡Un favor! Si en mí está, tenedlo concedido desde luego.

—Escuchadme.

—Hablad —dijo el capitán.

—Mañana, me bato.

—¿Un desafío? ¿Cuál es la causa?

—Una disputa en el juego.

—¡Una disputa vos! ¡Un hombre tan sosegado y prudente! ¡Un encarnizado enemigo del juego! No es posible.

—Y sin embargo, es cierto.

—En ese caso, esa disputa es sólo un pretexto, y habrá otro motivo que me ocultáis.

—No —dijo Marc-Henry palideciendo—. No puede... no debe haber otro.

—¿Venís a pedirme que arregle ese asunto?

—¡Arreglar el asunto! —exclamó Marc-Henry con tristeza—. No, señor; este asunto se arreglará con sangre.

—¿Quién es vuestro adversario?

—Un oficial de Estado Mayor; el conde de Canillac.

—¡Pero desgraciado!, el conde de Canillac es un tirador de primera fuerza, y vos, cuando os conocí, no sabíais sostener una espada en la mano.

—Lo que me pasa hoy.

—Entonces estáis perdido.

—Así lo espero.

—¡Qué, amigo mío!, ¿os habéis vuelto loco?

—Quizás.

—¿Y dónde y cuando es el duelo?

—En el bosque de Vincennes, mañana a las ocho.

Había en las contestaciones del abogado un sello tal de energía, su laconismo y resolución eran de tal índole, que el capitán permaneció un instante mudo y pensativo, mirando a Marc-Henry, cuya frente estaba inclinada y cuya mirada era indecisa.

—En fin, ¿qué queréis de mí? —dijo de pronto el señor de Laval.

—Que me sirváis de padrino.

—¡Ah! —repuso el capitán con sobresalto.

—¿Aceptáis? —preguntó vivamente Marc-Henry, cuya mirada iluminaba un rayo de alegría.

—No; no acepto.

—Pues, ¿por qué?

—Por varias razones.

—¿Cuáles?

—Primera y principal, porque un duelo en las condiciones de éste, en que las partes no son iguales, lo considero imposible, desleal, es una lucha inmoral; en fin, es un verdadero asesinato.

—El peligro es sólo para mí, de modo que no es cuenta vuestra.

—Además os debéis a vuestra esposa, a vuestros hijos a quienes amáis y hacéis felices. A vuestros hijos que necesitan de su padre, y a la sociedad, a la que servís con vuestra elocuencia y ejemplo.

—¿Y que más?... —repuso el abogado.

—En fin —contestó el señor de Laval—, ya que lo queréis os hablaré con franqueza no ignoráis que la nueva jurisprudencia sobre el duelo es severa e implacable; castiga a los testigos como a los combatientes; yo no tengo más que mi carrera y ya veis que es una tontería exponerla por una disputa en el juego que oculta un secreto que no queréis revelarme; ya veis, amigo mío, que no estoy en el caso de exponer tan ligeramente mi porvenir.

—¡Casi estaba seguro de ello! —dijo Marc-Henry levantándose, con intención de retirarse.

—¿Me guardáis rencor? —preguntó el capitán con voz afectuosa.

—¿Yo? No; ¿por qué os le he de guardar? Hace tiempo que sabía que no me quedaba ni un amigo. Hoy me he convencido de ello; a una docena de personas, a quienes equivocadamente daba este título, he visitado en este sentido y todas me han contestado lo mismo, todas me han recibido con la sonrisa en los labios y la indiferencia en el corazón. ¡No hay nada fácil en el mundo! ¡Nada! ¡Ni el morir! Adiós...

—¡Demonio con el hombre! Vamos a ver, querido mío —repuso el capitán—, no os marchéis; sed franco conmigo, que sabéis que de veras os aprecio; sed franco, tened confianza en mí y decidme la causa de ese duelo, sabida la cual, veremos lo que debe hacerse.

—Amigo mío —exclamó el abogado estrechando afectuosamente la mano del capitán—, no puedo deciros nada, porque no existe el misterio que sospecháis; así es que, amigo Carlos, adiós; adiós para siempre y acordaos de mí alguna vez.

Y esto diciendo, Marc-Henry bajó rápidamente las escaleras, alejándose de la casa de su amigo, mientras éste enjugaba una furtiva lágrima que venía a rodar por las mejillas que habían tostado el ardiente sol africano...

* * *

Dejemos por un momento a Marc-Henry, que se encaminaba a pie por la calle del Seine, en dirección al Instituto, después de haber despedido y pagado espléndidamente al cochero, con esa actitud del hombre grave y profundamente preocupado, y trasladémonos al jardín del Palais-Royal.

Entre los grupos que de paseantes, ociosos y actores sin contrata que al principio dijimos pululaban por el jardín, era de notar uno compuesto de tres personas. La primera de éstas, que era un hombre bajo y grueso, de rubicunda y alegre cara, tenía las mejillas cuidadosamente afeitadas, frescas aún, a pesar del abuso excesivo de las pinturas. La segunda, ofrecía un aspecto grotesco, y por su voz de falsete y rostro anguloso, se conocía que debía desempeñar papeles de gracioso. Por último, la tercera persona, que era la más notable del grupo, tenía el rostro ajado ya por los años; era un hombre alto y grueso; el abuso de la bebida contribuía a la demacración

de aquel rostro. El primero de estos tres personajes era el que tenía la palabra, y continuando una conversación empezada, decía:

—En una palabra, hijos míos, figuraos que esos imbéciles no han sabido comprenderme ni apreciarme; represente a las mil maravillas mi papel y me arrojaron cáscaras de naranja; al otro día tiráronme patatas y al siguiente huevos duros, entre los cuales hubo uno crudo que me dio en un ojo, y a poco si me deja tuerto; del mal el menos, puesto que al terminar la función me comí los huevos. Mi director me ha dado una indemnización de cincuenta francos, y... heme aquí.

—Lo mismo me ha sucedido a mí —dijo entonces el actor de la voz de falsete—; ante el público de Carpentras, hice *un duque Hércules* superior, y sin embargo, me han silbado de un modo inconcebible e inaudito. Está visto, las autoridades no protegen el arte. Hacedme caso a mí. Bebed agua, que eso os sentará bien, —y dirigiéndose a Saint-Leger y a Eduardo añadió: habéis tenido todos esos disgustos porque no sabéis dominar al público con la habilidad que yo. ¿Me han silbado alguna vez? ¿Me han tirado patatas, naranjas, huevos duros ni otros regalos de esa índole? Nunca; jamás.

—Entonces, ¿por qué estás aquí, Filidoro? —preguntó Saint-Leger.

—¡Ah!, amigo mío, eso ya es harina de otro costal —añadió con aire pretencioso—, la causa es muy distinta, aun cuando produzca un efecto igual al vuestro; se trata de una aventura amorosa. Como suele decirse, he desertado con armas y bagajes; o lo que es lo mismo, con mi voz de tenor ligero, y con todos mis trajes, por seguir a una mujer y ¡qué mujer! Una mujer que me adora; me está dando pruebas de ello, a pesar de lo bárbaro, celoso y tirano de su esposo. Otro día os contaré esta aventura. ¿Quién convida a comer?

—No tengo ni un céntimo —exclamó el tenor.

—Ni yo para hacer cantar a un ciego —repuso Saint-Leger.

—¡Diantre!, lo mismito me pasa a mí —añadió Filidoro.

—¿Pues cómo nos las vamos a arreglar?

—¡La cosa es horrible!

—Una idea me ocurre —dijo Filidoro—. Esperaré a la salida del ensayo del Palais-Royal; Grassot es amigo mío y le pediré prestado algún dinero.

—¡Bravo!

—¡Magnífico! —exclamaron simultáneamente Eduardo y Saint-Leger.

—Tiene buen ingenio este imbécil —añadió Eduardo.

—Gracias, amigos —objetó Filidoro.

—Aquí te esperamos; anda, pues.

—Eso es; me voy, y si traigo cinco francos, como es de suponer y espero, celebraremos un festín, que ni el de Baltasar.

Y diciendo esto, dio el tenor media vuelta y alejóse rápidamente.

No había dado aún diez pasos, cuando tropezó con un sujeto que iba sumamente preocupado y distraído.

Capítulo III

¡P or vida de...! —Tened un poco de cuidado—, exclamó con viveza. Luego, contemplando detenidamente al que acababa de apostrofar, retrocedió, y con cómica entonación exclamó:

—¡Cielo!, ¡será posible!

El hombre distraído no contestó, apartóse a la derecha e iba a continuar su camino, pero Filidoro se interpuso exclamando:

—¿Conque no me reconoces?

—No sé quien sois —repuso el transeúnte secamente.

—¡Yo, tu Filidoro! —contestó el actor con voz conmovida.

—¡Filidoro! —exclamó el hombre en cuestión, a quien sin duda aquel nombre despertó algunos recuerdos.

—¡Filidoro!, sí, porque no puedo equivocarme, tú eres Marc-Henry.

—Sí —contestó nuestro amigo—, pues ya habrá adivinado el lector que él era.

—Marc-Henry —repuso el artista—, el estudiante de Dijón.

El abogado pasóse la mano por la frente, como si quisiera desechar una visión importuna.

—Marc-Henry —continuaba Filidoro—, el alegre amigo mío, el camarada del tenor ligero, el niño mimado de las damas, el amante de nuestra loca Psiquis...

—¡Psiquis! —dijo Marc-Henry, apretando convulsivamente las muñecas del artista—; ¡silencio!, ¡oh!, no pronunciéis ese nombre.

Y su mirada tomó de pronto una expresión de vago extravío.

—Bah, bah, bah —exclamó el tenor—, sabes que no te veía hace veinte años, lo cual no ha impedido que te reconociera al punto. ¡Bien vestido vas, amigo! ¡Pareces todo un caballero! ¡Diablo, diablo!, ¡y tienes una condecoración! ¿Eres par de Francia, acaso?

Pero viendo que a ninguna de sus exclamaciones ni preguntas contestaba Marc-Henry, añadió Filidoro:

—Dispensa, chico, mi indiscreción; me estoy metiendo en asuntos que no deben importarme, y por lo tanto detengo la lengua. De todas maneras, me he alegrado muchísimo de verte.

—La Providencia te ha puesto en mi camino —dijo de pronto el abogado.

—La Providencia en persona, no lo dudes —respondió el tenor.

—Vas a prestarme un gran servicio.

—Diez, si quieres, querido mío.

—Un servicio inmenso.

—Tanto mejor para mí.

—Mañana.

—Hoy o mañana, cuando tú gustes, me tienes a tu disposición.

—Voy a batirme.

—¿Tú? ¿Y por que vas a batirte?

—Pues no lo sé todavía; pero me vas a servir de padrino.

—Con mil amores y mucho gusto; digo, si no te ocurre una desgracia. Hubiera preferido servirte en otra cosa menos fuerte... por ejemplo, un almuerzo; pero en fin, si es preciso batirse nos batiremos, mejor dicho, te batirás.

—Gracias, amigo mío.

—De nada, chico.

—¿Cuento, pues, contigo?

—Por completo; soy todo tuyo.

—¿Podrás procurarme un segundo padrino?

—¡Un segundo padrino!... sí, un padrino excelente, un padrino nuevo; jamás se ha visto en lances de este genero.

—¿Tus señas?

—¡Mis señas!, aludirás a mi domicilio...

—Sí.

—Mira, en este momento no tengo domicilio fijo; te diré; el tercer árbol de la izquierda, en los Campos Elíseos; o mejor aún en el *Hotel Meurice*, calle de Rívoli, o...

—En fin, ¿dónde podré hallarte al amanecer?

—Mañana... en la calle de *Git-le-Coeur*, número 17, piso sexto de la derecha.

—¿Estarás allí con tu camarada?

—Sí.

—Y te pondrás otro traje y otro sombrero, ¿verdad?

—De buena gana, pero...

—¿Pero qué?

—Figúrate que no tengo aquí mi equipaje y no sé cuando se hallará en mi poder; y ahora que recuerdo, ¿tienes dinero?

Marc-Henry miró a Filidoro y lo comprendió todo.

—¿Estás falto de recursos? —le preguntó con voz conmovida.

—Sí, amigo mío; si pudieras prestarme cinco francos por unos días... hasta que cobre.

—Toma —repuso el abogado, entregando su bolsillo al tenor.

—Te equivocas —dijo éste al ver brillar las monedas de oro que la bolsa contenía.

—No, no me equivoco... cuando puedas me las devolverás. Quedamos, pues, en lo dicho. Hasta mañana.

—Abur, hasta mañana.

Marc-Henry se alejó después de estrechar la mano a su amigo, el cual dos minutos después, ya se había reunido a sus camaradas.

—Y bien, ¿tienes los cinco francos? —preguntó Saint-Leger con ansiedad.

—Veamos —dijo Filidoro, enseñando la bolsa.

—¿Qué es eso?

—Oro, mucho oro.

—No es posible.

—Pues mira, veinticinco luises —dijo el tenor después de contar el contenido de la bolsa.

—¿Y no te has vuelto loco de contento?

—No; todo lo contrario, estoy muy triste.

—Pues ¿cómo es eso?

—Tengo mis razones.

—¿Cuáles?

—Acabo de encontrarme con un hombre por quien me arrojarla al fuego. ¡Pobre muchacho! ¡Era tan alegre, tan jovial en otro tiempo!... ¡Me ha entristecido de veras! ... Y mañana... ¡ah!... Vayamos a comer.

Y abandonando el jardín del Palais-Royal, se dirigieron los tres artistas a la fonda del *Boeuf á la mode*, donde al poco rato a Filidoro, merced a los vapores del vino a los vapores del vino, no le preocupaban ideas tristes.

Cuando Marc-Henry se separó de Filidoro, eran las cuatro de la tarde. El abogado atravesó el jardín con paso lento e irregular, ganó la calle de Richelieu y se encaminó hacia la de Ménars, que era donde vivía. Pasó por su casa, y tal era su preocupación, que ni cuenta de ello se dio. Anduvo vagando por las calles hasta que la obscuridad de la noche le hizo volver en sí. Encaminóse a su casa, a la que llegó a las ocho de la noche.

—La señora os ha estado esperando para comer —le dijo un criado al abrirle la puerta—, y viendo que tardabais, ha mandado enganchar el carruaje y hace una media hora que ha salido.

—Bueno; arreglad la chimenea de mi cuarto y encended la lámpara.

—Todo está dispuesto, señor.

—Está bien.

—¿Queréis comer?

—No; traedme un caldo y una taza de café. Después enviadme a Justina, pues tengo que darle un encargo.

—Está bien; ¿pero os halláis enfermo, señor? —dijo el criado mirando con sorpresa a Marc-Henry.

—No, no tengo nada; salid y no os olvidéis de enviarme a Justina.

Justina era la camarera de la esposa de Henry.

El abogado entró en su despacho que estaba separado de la alcoba por una cortina de damasco encarnado, y permaneció un instante junto a la chimenea calentándose sus helados pies.

—¿Sabéis dónde está la señora? —preguntó a Justina.

—Creo que ha ido al Teatro de la Opera.

—Vos la esperáis, ¿no es eso?

—Sin duda.

—Pues cuando vuelva decidle que me encuentro mal, que me he acostado a consecuencia de una fuerte jaqueca Y que le suplico que no entre en mi cuarto esta noche... ¡Ah!, decidle también que en mi nombre y antes de acostarse, bese a mis hijos.

—Muy bien, señor —dijo la camarera, y se retiró.

Una vez que Marc-Henry se vio solo en su habitación, cerró las puertas de la alcoba y gabinete con cerrojo y se sentó junto a la mesa, en la que permaneció largo rato con la cabeza entre sus manos.

—¡Vamos! —dijo levantándose y mirando el reloj que apuntaba las nueve y media—, valor.

Dirigióse a la biblioteca, de la que sacó algunos libros, y de un escondrijo hábilmente disimulado una cajita de acero, de forma cuadrada; una vez hecho esto, los libros volvieron a ocupar su sitio y la caja la mesa del despacho. Entre los dijes que en la cadena del reloj llevaba Marc-Henry, había una pequeña llave, con la cual abrió la cajita en cuestión; estaba vacía en la apariencia, pero Marc-Henry, con algún trabajo, efecto del temblor que le hacía sentir la violenta emoción de que estaba poseído, levantó un doble fondo, del que sacó un papel de regulares dimensiones. Era una hermosa acuarela pintada sobre papel vitela. Este trabajo representaba el grupo del *Amor y Psiquis* en el momento en que la joven, casi desnuda y temblorosa, contempla al Amor dormido, e inclina la lámpara de donde va a caer la ardiente gota de aceite que ha de despertar a su amante y destruir toda su felicidad. Era un trabajo primoroso, una verdadera obra de arte. El pintor había estado inspirado al dar la expresión celestial que tenía el rostro de Psiquis.

Marc-Henry contempló lo acuarela durante breves momentos, su rostro reveló profunda emoción, pero no se humedecieron sus ojos; después de esta muda contemplación arrojó la acuarela a las llamas, quedando convertida en cenizas a los pocos instantes. Luego, volviendo a la mesa, sacó de la caja un segundo objeto; un pequeño puñal, de hoja triangular y mango artísticamente cincelado; el arma siguió el mismo camino que la pintura, fue a parar al fuego. Ya estaba la caja vacía: cerróla el abogado y la puso en uno de los extremos de la mesa; sentóse y cogiendo un pliego de papel, escribió:

ESTE ES MI TESTAMENTO

Después se levantó de nuevo, dirigiéndose a su papelera, de la que sacó un manojo de papeles que rápidamente hojeó; luego los metió en la caja y escribió una carta muy breve, la dobló, fue agregada a los papeles y cerró el cofrecillo, lo envolvió en una hoja de papel gris, y después de atarlo con un bramante, puso la inscripción

siguiente:

*Al señor vizconde de ***, calle de Borgoña, número 21. Para que le sea entregada a su regreso de Italia.*

Luego, más abajo, añadió:

Ésta no debe abrirse sino después de mi muerte.

Una vez terminados estos preparativos, cogió Marc-Henry el pliego de papel en que había puesto: *Éste es mi testamento*, y escribió:

Al batirme por la causa más fútil, una disputa en el juego, acerca de la cual confieso lealmente que soy el agresor, declaro aquí mi última voluntad. Sé que voy a morir; me quedan pocas horas de vida, pues en mi frente hay sitio destinado a la bala de mi adversario, y en mi pecho se señala el lugar que ha de herir la punta de su espada. ¡Dios lo ha querido así! ¡Cúmplase su voluntad! Doy gracias a mi esposa por la felicidad que me ha proporcionado en este mundo...

La mano de Henry tembló violentamente al escribir estas palabras; detúvose un instante y volvió a escribir:

*Le lego todo cuanto poseo; quiero que mis hijos, cuando les llegue la hora de escoger carrera, sigan aquélla por la que sientan verdadera vocación. Deseo que la caja que se encontrará encima de mi mesa, y que contiene sólo papeles de ninguna importancia para mis herederos, sea remitida a mi amigo el vizconde de ***, en cuanto regrese de Italia. Igualmente deseo que el día de mi entierro, en la iglesia de San Roque, brillen encima de mi catafalco, cubiertas de negro, TRES LÁGRIMAS de plata aisladas. También quiero que mi tumba, en el cementerio del Père-Lachaise, no lleve por epitafio más que mi nombre: MARC-HENRY, y que debajo se graben tres lágrimas. Pido una oración a cuantos me han conocido, y un recuerdo, uno tan sólo, a cuantos me han amado en este mundo.*

Al escribir estas últimas palabras, la mano del abogado tembló convulsivamente:

*En fin, ruego a Dios que me perdone y me reciba en su mansión.
Escrito en París a 10 de Enero de 1847.*

MARC-HENRY

Una vez terminada la redacción del testamento, le puso un sobre, lo lacró y dejó en medio de la mesa. Seguidamente se levantó y miró el reloj; eran las cuatro de la mañana. Marc-Henry avivó el fuego que se apagaba, se sentó junto a la chimenea y ocultó su cabeza entre las manos.

En toda la casa reinaba el más profundo silencio; sólo se oía el viento que silbaba en el exterior.

Dieron las cinco. Nuestro abogado se estremeció; pasó la mano por su frente, y se levantó. Abrió uno de los cajones de su mesa, del que sacó varias monedas de oro que metió en el bolsillo de su chaleco; púsose un gabán que se abotonó hasta el cuello, cogió el sombrero y salió de la habitación, lanzando antes sobre todos los objetos una triste mirada de despedida. Con paso lento y furtivo atravesó el comedor y la antesala, abrió la puerta de ésta, y se encontró en la escalera que bajó rápidamente a pesar de su profunda obscuridad.

El portero abrió la puerta, y un minuto después se encontraba en la calle de Ménars, caminando hacia la de Richelieu.

El viento silbaba, la niebla era por demás densa, y no encontrando ningún carruaje, tuvo que apretar el paso para salvar la gran distancia que le separaba de la calle de Git-le-Coeur, mucho más, no conociendo la exacta situación de ésta. Llegó por fin a la calle en cuestión, y sólo le quedaba que buscar el número 17, cosa difícil a la verdad, dado lo denso de la niebla y la poca claridad del gas.

Dio por último con la casa que buscaba, después de haber errado durante algún tiempo de número en número. Llamó, y a la primera indicación cedió la puerta, entreabriéndose, pues no estaba cerrada ni había llave en la cerradura; penetró en el zaguán, cuyo hedor era insoportable, y ascendió por la escalera, agarrándose a una cuerda que sujeta con alcayatas había en la pared, a guisa de barandilla.

Al llegar al piso 6.º, llamó, y Filidoro le abrió la puerta; entró Marc-Henry, y le fue presentado Saint-Leger, que debía ser el otro padrino; momentos después salían nuestros tres personajes de aquella casa para dirigirse al bosque de Vincennes; muy poco tiempo les quedaba, pues eran ya las seis de la mañana; pero la casualidad vino a favorecerles, haciendo que encontraran un carruaje, el que los llevó al sitio de la cita.

El abogado y sus dos compañeros bajaron del carruaje, y se hallaron junto a la verja del bosque de Vincennes. Marc-Henry miró en torno suyo con la expresión del hombre que quiere darse cuenta del sitio en que se halla y de las razones que le han conducido a él. Cerca de ellos había otro carruaje.

Henry consultó su reloj; eran las ocho menos cinco minutos; hizo un gesto de

aprobación y puso un luis en las manos del automedonte^[2], el que bendijo su buena estrella por haber encontrado aquella ganga al rayar el alba, y quedó en esperar con el coche sin apartarse del sitio en que estaba. Hecho esto, adelantóse nuestro amigo con los suyos para franquear la verja del bosque. Un poco más allá había un grupo de cuatro hombres envueltos en sus gabanes y fumando cigarros que les envolvían en una nube de humo. Aquel grupo lo componían el conde de Canillac, sus dos padrinos y un cirujano.

Oyóse en aquel momento un ruido de ruedas y el galopar de un caballo. Un nuevo coche apareció en escena, y al detenerse junto los otros dos, saltó un hombre de él y se dirigió hacia Marc-Henry, el que al reconocerlo no pudo reprimir una exclamación. Aquel hombre era el capitán Carlos Laval.

—¡Vos aquí! —exclamó el abogado.

—Yo, sí; yo que ayer no quise servir de padrino, y que no pudiendo sufrir la inquietud que me atormentaba, vengo con la esperanza de arreglar este asunto.

Marc-Henry hizo un movimiento imperiosamente negativo.

—Ya veremos —añadió Laval, quien después de haber saludado a Saint-Leger y Filidoro, preguntó a media voz a su amigo:

—¿Quiénes son esos caballeros?

—Mis padrinos.

—¿Conocen esta clase de asuntos?

—Creo que muy poco.

—Entonces celebro doblemente mi venida.

—Estos señores están esperando —dijo Marc-Henry, señalando al conde de Canillac y sus compañeros.

—Es justo que no les hagamos esperar más —exclamó el señor de Laval.

Diciendo esto, nuestros personajes avanzaron hasta hallarse a pocos pasos del otro grupo; entonces el capitán Laval, acercándose al conde de Canillac, le pidió que le concediese una corta entrevista, a lo cual accedió el conde con la mayor cortesía.

—Señor conde —dijo Laval—, como vos, tengo el honor de pertenecer al ejército. Sé perfectamente a lo que os obliga vuestro nombre y charreteras; pero habéis ya demostrado vuestro valor en otros sitios, y de manera tal que nada debéis temer de las interpretaciones que la sociedad pudiera dar a lo que vengo a pedir, advirtiéndooos antes que no os hablo en nombre de mi amigo Marc-Henry. ¿Concebís algún arreglo honroso al triste asunto que nos hace acudir aquí?

—Por desgracia, señor mío, no puedo acceder a vuestro deseo —dijo el señor de Canillac, después de una pausa—. Me ha insultado de tal modo vuestro amigo que es imposible que retroceda. Creedme, capitán, que siento en el alma verme aquí con las armas en la mano, ¡bien lo sabe Dios! Una sola palabra pronunciada por mi adversario, bastaría para darme por satisfecho; pero desdichadamente creo tener razones para suponer que esa palabra no será pronunciada.

—Así lo creo también —contestó el capitán.

—Ya veis que el problema no tiene solución —añadió el señor de Canillac.

—¿Qué armas han sido elegidas? —preguntó Laval, creyendo que toda tentativa de arreglo sería inútil, y acabando de convencerse de que la disputa en el juego era tan sólo un pretexto que ocultaba algo grave y terrible.

—Ninguna —contestó el oficial de Estado Mayor—. Vuestro amigo no me ha enviado sus padrinos, y los míos no le han encontrado en su casa las dos veces que han ido.

—Pero esto, señor conde, permitidme que os haga observar que es por demás irregular.

—Lo sé; pero no es mía la culpa.

—En fin; vos sois el ofendido y tenéis la elección de armas.

—Cedo gustoso esa ventaja a mi contrario.

—Acepto por él, y voy a ver cómo se dispone el asunto.

El capitán se acercó de nuevo a Marc-Henry, que continuaba sumido en sus dolorosas preocupaciones. Tocóle ligeramente en la espalda y Henry se estremeció.

—El señor de Canillac os cede la elección de armas.

—¿Eso qué importa?

—Pues importa mucho; quizás manejeis la pistola mejor que la espada.

—Jamás he tocado, ni el gatillo de la una, ni el pomo de la otra.

—Entonces, escoged la pistola.

—¿Razón?

—Porque la suerte puede favoreceros más fácilmente que en la espada; ¿traéis armas?

—No.

El señor de Laval lanzó sobre Filidoro y Saint-Leger una mirada despreciativa, acusándoles en su interior de una incuria, por todos conceptos incomprensible y culpable. Después se acercó al señor de Canillac.

—¿Bien, y qué? —preguntó éste.

—Escogemos la pistola —contestó el capitán.

—Perfectamente; ¿tenéis armas?

—No; pero supongo que traeréis las vuestras.

—Sí; en mi carruaje tengo pistolas y espadas.

Uno de los padrinos de Canillac fue a buscar una caja de pistolas. Todos los actores de esta escena tomaron por un sendero que conducía al interior del bosque; al poco rato se detuvieron en un sitio que parecía dispuesto para un duelo, y que indudablemente había presenciado más de una escena de éstas.

Filidoro hallábase muy satisfecho, al ver que otro asumía la grave responsabilidad de disponer los preliminares del combate; había presenciado algunos duelos... en el teatro; pero entonces, las pistolas sólo estaban cargadas con pólvora. Saint-Leger no decía una palabra; estaba muy pensativo.

El conde de Canillac se quitó el gabán y la levita, que entregó a uno de sus

padrinos; Marc-Henry le imitó a instancias del capitán.

Cargáronse las pistolas, y uno de los testigos contó treinta y cinco pasos entre los dos adversarios.

Diose la señal; el conde de Canillac disparó, y la bala silbó por encima de la cabeza de Henry. Laval comprendió que el oficial de Estado Mayor había disparado al aire sin fatuidad ni ostentación alguna.

Marc-Henry, a su vez, bajó con lentitud su pistola y afectó apuntar con sumo cuidado; transcurrieron así tres o cuatro segundos.

—¡Disparad! —dijeron a la vez Laval y los testigos del señor de Canillac.

En aquel momento marcóse una extraña expresión en el rostro de Marc-Henry; hubiérase dicho que la chispa de una máquina eléctrica acababa de tocar y desorganizar su cerebro. Veláronse sus ojos, y entreabrióse su boca para dar salida a algunas palabras que nadie pudo entender. Vaciló como si estuviera ebrio, alzó los brazos buscando un punto de apoyo, y, en fin, girando sobre sus talones, cayó al suelo apretando el gatillo de la pistola que tenía en la mano. La bala fue a estrellarse contra un árbol que había a cuatro pasos.

Los testigos se precipitaron sobre él, creyendo que estaba herido. El cirujano lo examinó y dijo que no tenía herida alguna. El conde ofreció su carruaje, que Laval agradeció, pero creyó no deber aceptar. Con la ayuda de Filidoro y Saint-Leger, transportó al capitán al coche que les esperaba, el inerte y casi helado cuerpo de su desgraciado amigo.

Acompañóles el cirujano, cuyos servicios no necesitaba el señor de Canillac, y nuestros hombres tomaron de nuevo y silenciosamente el camino de París.

Capítulo IV

El mismo día y a la misma hora en que ocurría en el bosque de Vicennes cuanto acabamos de relatar, Justina entraba en la habitación de su señora, y arrodillándose junto a la chimenea, se puso a encender el fuego silenciosamente. El dormitorio de Pelagia, que éste era el nombre de la esposa de Marc-Henry, era una habitación lindísima, lo más lujosa y deliciosamente amueblada que imaginarse puede. Cuando Justina hubo terminado su cometido, salió de puntillas de la habitación para no despertar a su señora.

Después, al dar las doce en un hermoso reloj Pompadour, que sobre la chimenea había, Pelagia hizo un movimiento. Aquella linda mujer, que había estado durmiendo hasta entonces, aparecía con su bello rostro entre los encajes de Inglaterra, de que estaba rodeada, como un fragmento de una divina estatua antigua.

Como hemos dicho, hizo un movimiento; abrió los ojos, y la luz de una mirada iluminó la cara más graciosa, fresca y seductora que puede concebirse. Bajó de la cama, y poniéndose unas chinelas y envolviéndose en un peinador de cachemir blanco, fue corriendo a sentarse en una butaca, al lado de la chimenea, tiritando de frío a pesar del calor que en la habitación hacía.

Pelagia tenía veintisiete años, pero sólo representaba de veinte a veintidós; al poco rato se levantó y llamó a su doncella para que terminara su tocado.

Cuando ésta terminaba su peinado, preguntóle Pelagia:

—¿Mi esposo ha salido?

—Julián no le ha visto en toda la mañana. Ya sabe la señora que el señorito ha prohibido que se entrara hoy en su cuarto.

—Lo veremos —contestó Pelagia.

Y esto diciendo se fue por un pasillo interior hacia la puerta del dormitorio de Marc-Henry, que encontró cerrada por dentro; llamó suavemente, y viendo que no respondían, se dijo:

—Estará dormido; habrá estado trabajando toda la noche; entraré por el otro lado.

Y se encaminó a la antesala y entró en el despacho de Henry.

Ya en el cuarto de su esposo, levantó el cortinaje que lo separaba de la alcoba, y grande fue su sorpresa al ver el lecho vacío, sin deshacer; aumentó más su sorpresa al observar que la lámpara estaba encendida aún.

Acercóse a la mesa y lanzó un grito, sobresaltada, cuando su mirada tropezó con el papel que tenía escrito:

ESTE ES MI TESTAMENTO

Disponíase a rasgar el sobre, que contenía la última voluntad del desdichado Marc, cuando sonó un fuerte campanillazo en la antesala. La joven corrió hacia la puerta presintiendo una desgracia.

De pronto entró en la antesala un hombre con el rostro pálido y demudado; era el capitán Carlos Laval que se quedó sorprendido al verse en presencia de aquella mujer, que le cogió por el brazo y le preguntó con rapidez e imperio:

—¿Dónde está mi marido?

—Señora...

—¿Dónde está? —volvió a interrogar impaciente Pelagia.

—No sé...

—¿Ha muerto?

—No, gracias al cielo.

—Por piedad, decidme lo que ha pasado ¿qué le sucede a mi esposo?

—Acaba de tener un duelo.

—¿Luego está herido?

—Os juro que no, señora.

—Pues en ese caso, caballero...

—En fin, señora, he aquí lo ocurrido.

Y relató brevemente a Pelagia lo que ya conocemos.

Al terminar la explicación, se abrió la puerta de nuevo y apareció Filidoro, el que ayudado por Saint-Leger, sostenía con muchas precauciones el aún inanimado cuerpo de Marc-Henry.

Un sagaz observador hubiera descubierto en el rostro y en la mirada de Pelagia más emoción nerviosa que verdadero dolor; pero se comprenderá que en aquella ocasión nadie se ocupaba de semejantes observaciones.

Colocaron al abogado en su lecho, y el cirujano dispuso practicarle una sangría. Contra el parecer facultativo y a pesar de la sangría, el paciente ni se movió ni recobró el conocimiento. Viendo esto Pelagia estalló en profundos y convulsivos sollozos, con ese tacto exquisito de que se hallan dotadas casi todas las mujeres en momentos análogos. Hablando el capitán Laval con el cirujano y sin darse cuenta de ello, pronunció el nombre del adversario de Marc-Henry; al oírle Pelagia palideció, adquiriendo un color blanco mate, y de su pupila salió un ardiente resplandor que se extinguió en una lágrima. No se atrevió a preguntar al capitán para saber si el señor de Canillac había salido sano y salvo del combate; a la caída de la tarde se envolvió en un chal, cubrió su rostro con un tupido velo y salió, dando orden a sus criados de que nadie la siguiera.

—¡Pobre mujer! —pensó Laval—, sin duda va a la iglesia a rezar por su marido.

No sabemos a dónde iría, pero media hora después una dama encubierta entraba en el Faubourg de Saint-Honoré y pasaba rápidamente por la portería del palacio del conde de Canillac.

Serían las ocho de la noche cuando Pelagia volvió a su casa. Marc-Henry no

había recobrado el conocimiento; su mirada era vaga, sin lucidez, asemejábase a la de un idiota. El médico, que le observaba atentamente, movía la cabeza de una manera muy significativa.

—Dios quiera que no me equivoque —exclamó. Cogiendo maquinalmente la pluma y papel extendió una receta, y después de encargarse que si ocurría algo le llamasen, salió de la estancia.

Cuando volvió, Pelagia entró en la habitación y preguntó en voz baja:

—¿Cómo está?

El capitán Laval movió tristemente la cabeza. La joven esposa de Marc se aproximó al lecho y observó atentamente a su marido.

Por la noche volvió el médico y encontró bastante peor al enfermo. Después de haberle examinado detenidamente volvió la cabeza a Laval, y le dijo:

—Todo está perdido; la enfermedad es incurable, y como si esto no bastase, ha perdido la razón.

El doctor había dicho la verdad. ¡Marc-Henry estaba loco! No obstante, el médico siguió recetando, y a los pocos días el demente se había tranquilizado algo. Calmóse la locura, sí; pero la muerte avanzaba a pasos agigantados.

En su locura dulce y tranquila no conocía a nadie; sólo pronunciaba los nombres de *María*, de *Psiquis* y de *Pelagia*. Los principales médicos de París declararon que aquel estado de idiotismo no podía durar mucho tiempo, y que Marc-Henry se extinguiría como una lámpara falta de aceite. Fue encerrado en el manicomio del doctor Blanche, y Pelagia, encargada legalmente de la tutela de sus dos hijos, pareció decidida a renunciar por mucho tiempo al mundo. Condújose con su esposo de una manera ejemplar, no pasando ni un solo día sin ir a verle; él no la reconocía y la joven se alejaba con los ojos arrasados en llanto. Pero también diariamente una mujer cubierta con un tupido velo se bajaba de un carruaje que se detenía en la puerta de una casa del Faubourg Saint-Honoré y se dirigía a la habitación del conde de Canillac, en la que permanecía durante una hora.

Capítulo V

Habían transcurrido cuatro meses desde los acontecimientos que llevamos narrados, y rogamos por lo tanto a nuestros lectores que se trasladen a los primeros días del mes de Mazo de 1847.

Era una mañana lluviosa, y la vía pública estaba casi intransitable; a pesar de esto la multitud obstruía la calle de Saint-Honoré en la bocacalle de la del Delfín y la nueva de San Roque. En la iglesia de este nombre se estaba celebrando una ceremonia fúnebre, juzgar por lo enlutado de la puerta principal. En el frontón se leían las dos iniciales del difunto M. H. debajo de las cuales brillaban tres lágrimas de plata.

Otras tres enteramente iguales veíanse en el interior del templo, encima del catafalco. La iglesia estaba llena; todo cuanto de notable encierra París, las glorias del foro y de la magistratura, los principales oradores, en fin, lo más escogido de todas las clases sociales, hallábase reunido allí. El difunto había sido grande e ilustre en el desempeño de su distinguida carrera, y acababa de morir en un manicomio.

Era Marc-Henry.

Una hora más tarde, los carruajes dirigíanse por el camino que conduce al cementerio del Père-Lachaise.

Ocho días después, en una lápida, se leía este nombre: MARC-HENRY, y debajo veíanse tres lágrimas grabadas en la piedra.

Después de este día, a nadie se vio que viniera a rezar sobre esta tumba.

* * *

Recordaran nuestros lectores que la noche anterior al duelo del infeliz Marc-Henry con Canillac, aquél envolvió en un papel y dejó sobre la mesa una caja cuadrada, sobre la cual había escrito:

*Al señor vizconde de*** calle de Borgoña, número 21. Para que le sea entregada a su regreso de Italia.*

Y más abajo:

Esta caja no debe ser abierta sino después de mi muerte.

La última voluntad de Marc-Henry fue cumplida, y a fines del mes de Mayo, el vizconde de *** recibió al llegar de Roma la caja en cuestión.

Contenía un manojito de papeles, escritos de la misma mano, pero en distintas épocas, como demostraban los distintos matices de las tintas, descoloridos y amarillentos unos, y otros frescos todavía.

Entre los papeles había un pliego doblado que decía:

Amigo mío: cuando esta caja sea abierta, habré dejado de existir. He vacilado antes de entregárosla; quería echar al fuego los papeles que os envío, pero me ha faltado valor para ello.

Me ha parecido que en el momento de acudir a un desafío, que es un verdadero suicidio, sería un consuelo para mí confiar a un amigo como vos, los secretos de mi vida.

Quiero que al menos un hombre sepa lo que oculta una felicidad aparente y por todos envidiada.

Ese hombre seréis vos.

Adiós

En el mundo no hay ningún secreto bien guardado. El vizconde de *** ha confiado al autor de este libro el manuscrito de Marc-Henry, y cambiando algo la forma, es lo que vais a leer. Hemos cercenado algunos detalles, suprimido otros, usando del privilegio del novelista para penetrar en el fondo de los corazones y otros sitios a donde no todos pueden acudir. Otro hubiera quizás obrado de distinto modo; nosotros hemos hecho lo que hemos podido, y antes de empezar a relatar la historia escrita por Marc-Henry, terminaremos este prólogo como los antiguos sainetes españoles, diciendo como aquéllos:

—Perdonad sus muchas faltas.

FIN DEL PROLOGO

PRIMERA PARTE

María de Châlans. Capítulo I

Transcurría el otoño de 1820. En una casa situada a legua y media de la aduana de los Brennets, en el Franco-Condado, tres personas se disponían a cenar. La escena que vamos a relatar pasaba en la pieza principal de la humilde casa.

Serían las ocho de la noche, y la llama del hogar que había en medio del cuarto, a cuyo humo daba salida una abertura practicada en el techo, iluminaba aquél interiormente, con la ayuda de una, lámpara que ardía en un rincón. En la pared se veían varios grabados Iluminados, que representaban pasajes de la historia popular francesa. En el extremo del cuarto había un reloj de pared, y junto al muro y sostenidas por gruesos garfios, varias carabinas perfectamente pulimentadas. Sobre una mesa humeaban un enorme plato de patatas y una marmita llena de sopas de leche y harina de maíz, cuyo uso es tan frecuente en el Franco-Condado.

Ya hemos dicho que tres personas se disponían a cenar: dos hombres y una mujer; ésta era delgada y de estatura elevada; por su aspecto se conocía que era entrada en años. Su nombre era el de Juana. Su traje el de las montañesas del país, consistiendo en vestido de indiana, medias azules y gruesos zapatos.

De los hombres el de más edad, Pedro Maugars, era marido de Juana, hallándose sentado en una banqueta al lado del hogar, presentando a la llama la suela de sus gruesos zapatos; era de la misma edad que su mujer próximamente, es decir, de unos cuarenta a cuarenta y cinco años. Por su robustez y agilidad se venía en consecuencia de sus atléticas fuerzas.

El tercer personaje era un risueño y alegre joven de agraciado rostro y rubios cabellos, que llevaba cortados al rape; llamábanle Bautista y era hijo legítimo de aquel matrimonio. En el momento en que lo presentamos a nuestros lectores, se ocupaba, con la ayuda de una pluma de perdiz, en introducir una gota de aceite en el gatillo de una de las carabinas.

Completaban los habitantes del hogar dos magníficos perros de pelo negro y feroces ojos, los que estaban tendidos en el suelo apoyados sobre las patas delanteras, siguiendo con la mirada los menores movimientos de las tres personas.

—¡Diablo! —exclamó Pedro Maugars—, Marc-Henry no viene, la cena se enfría y tengo hambre... ¡A la mesa!

—Y después de una breve frase añadió:

—Tanto peor para Marc, si no acude a tiempo; no sé a dónde va todas las noches —y a la par que esto decía, llenaba los platos de sopa con un cucharón de palo.

—Le dejaré su parte al rescoldo —dijo Juana.

No bien había terminado el anterior diálogo, cuando se oyó a lo lejos un aire del país cantado por una voz joven y fresca.

—Ahí está Marc —murmuró Bautista.

—Está cantando siempre, y siempre lo mismo —dijo Pedro—. ¡Maldita sea su canción!

—Sí, creo que él la ha compuesto —dijo con cortedad Bautista.

—¿Y qué?, ¿acaso la gente como nosotros puede componer canciones?... Las habrá sacado de algún libro de esos que lee siempre que puede.

Al cabo de algunos instantes, el cantor empujaba la puerta y se presentaba en escena.

* * *

Antes de seguir adelante, vamos a decir cuatro palabras acerca de las costumbres del Franco-Condado.

Donde empiezan las montañas del Jura, es una comarca agreste, digna de llamar la atención del turista, y que recuerda los sitios más hermosos de la escarpada Suiza. Es el país de las leyendas, de los cuentos de viejas, tradiciones sobrenaturales y creencias poéticas e inocentes. Allí, en las profundidades de aquellas montañas, viven tranquilamente varios pueblos, ajenos por completo a lo que ocurre a su alrededor. Si bien es verdad que la ciencia no ha tenido prosélitos entre ellos, también lo es que la corrupción no ha echado semillas allí. Los aldeanos son buenos porque son sencillos. Van a misa y a vísperas; temen a los brujos, que pueden perjudicar sus ganados y aun a ellos mismos. Como en el país no hay cafés ni billares, los jóvenes ignoran toda clase de juegos modernos. Las muchachas son prudentes y modestas. Los hombres se reúnen en alguna sombría taberna, a beber aguardiente y fumar tabaco de contrabando, y eso tan sólo los domingos. Cuando la quinta llama a los mozos, generalmente no acuden al llamamiento de la patria. Si abandonan el país para ser soldados, suelen no volver a él, pues perdiendo el habito de una existencia aislada y casi salvaje, renuncian a ella para siempre.

A primera vista parecerá que aquellas gentes viven miserablemente, pero no sucede así; en la más pobre de aquellas viviendas se nota un bienestar y una especie de lujo rústico. Casi todas las familias viven del contrabando, que a cambio de algunos peligros, les proporciona pingües ganancias. Nada hay más accidentado que aquellas existencias llenas de sobresaltos, peligros, escenas dramáticas y aun sangrientas. A algunas de ellas tendremos ocasión de asistir, para lo cual, reanudaremos el curso de esta historia, que habíamos interrumpido.

Capítulo II

El cantor que había penetrado en la habitación, era un joven que apenas tendría diez y seis años, alto, delgado; su rostro no carecía, ni de distinción ni de inteligencia; sus negros y rasgados ojos lanzaban penetrantes miradas. En una palabra, aquel aldeano que vestía como Pedro y Bautista, parecía tener tanto de campesino, como el hijo de un gentil hombre de buena casa. Llamábase Marc-Henry y pasaba como hijo de Juana y Pedro Maugars.

Al entrar cerró la puerta, dio las buenas noches cariñosamente a los tres que ya conocemos, colocó su carabina en un rincón y acarició a los perros. Un momento después había en la mesa un comensal más, al que Pedro pregunto:

—¿De dónde vienes?

—De Brennets.

—¿Hay algo nuevo por allí?

—Nada.

—¿Pasa algo de particular por la aduana?

—No sé.

Pedro Maugars no hizo más preguntas a Marc, y sólo se oyó, por un momento, el ruido de las cucharas, que llevaban de los platos a la boca la sopa, y viceversa.

—Dame de beber —dijo Pedro a su mujer.

Ésta llenó el vaso de aguardiente, que vació de un solo trago, y después de limpiarse los labios con el dorso de la mano, exclamó alegremente dirigiéndose a sus hijos:

—Pues bien, hijos míos; la gallina de los huevos de oro ha puesto esta noche; —y a la par que esto decía sonaba en su bolsillo cierto número de escudos de seis libras, continuando de este modo—: Todo ha salido mejor de lo que era de esperar; ni el menor ruido, ni una alarma, ni un disparo siquiera; los perros se han portado como valientes, hay que decir la verdad; ¡aquí, Serpiente, aquí! ¡León! Venid, que vuestro amo os quiere; venid a darle las buenas noches.

Los perros corrieron a colocar sus grandes cabezas entre las rodillas de Pedro, al que prodigaron toda clase de caricias.

—¿Me dais de beber, madre? —dijo Bautista a la vez que tendía su vaso, el que lleno, vació como había hecho su padre.

Marc-Henry hacía rato que deseaba hablar y no sabía cómo empezar; parecía que le detenía algún motivo secreto. Al fin levantó la cabeza, y con aire decidido dijo dirigiéndose a Pedro:

—Padre...

—¿Qué quieres?

—Necesito dinero, ¿queréis dármelo?

—¿Que necesitas dinero, hijo mío? ¿Para qué?

Marc-Henry no contestó; quedó pensativo, como reflexionando la respuesta que había de dar. Repitió Pedro la pregunta con marcada impaciencia; pero Marc-Henry siguió guardando el mismo silencio.

—¿Para que? —reiteró Pedro por tercera vez, frunciendo el ceño y cerrando los puños.

Marc-Henry, que había recobrado su sangre fría, contestó sin vacilación:

—Lo necesito para ir a la ciudad, y allí comprarme un sombrero de paja con cintas de varios colores, y un traje de terciopelo con botones de plata.

Pedro miró durante breves instantes a Marc-Henry de pies a cabeza con cierto sarcasmo. El asombro de Juana y Bautista no tenía límites.

—¿No tienes dos trajes como tu hermano y como yo, uno para diario y otro para los domingos? —exclamó Pedro.

—Sí.

—¿Entonces para qué necesitas uno nuevo? ¿Quieres echártelas de caballero? ¿Marcharte de la montaña? ¿Quieres?...

—¡Oh, padre! —interrumpió Marc-Henry, indignado por tales suposiciones.

—¡Voto al diablo! Hace mucho tiempo que crees que tus manos son demasiado finas para ejercer nuestro oficio, y sospecho que te avergüenzas de tu padre y hermano. Lo que debes procurar, es que no tengamos que avergonzarnos de ti, porque entonces... Está bien, mujer, no diré una palabra. —Esto lo contestaba a Juana, que con una mirada había detenido a Pedro, haciendo que no pronunciase la última palabra. Luego siguió tranquilamente—: ¿Conque quieres dinero?, tienes diez y seis años, trabajas, y es justo que ganes algo. Así, pues, en la expedición que viene tendrás parte como Bautista, y harás de ella lo que se te antoje.

Marc-Henry, que no esperaba una victoria tan fácil, dio las gracias a Pedro Maugars, y Bautista preguntó:

—¿Cuando partiremos, padre?

—Dentro de dos días. Estoy rendido a consecuencia de las tres noches que hemos pasado fuera de casa; los perros también están cansados; ¡pobres animales! Además, el tío Jacob no ha de venir hasta el fin de semana... y ahora que me acuerdo, ¿has sabido algo del sujeto a quien hace días metí una bala en las costillas?

—Ha muerto —contestó Juana tranquilamente.

—Dios le haya perdonado.

—Amén —dijo Juana.

—Uno menos, —añadió Maugars—. ¡Maldita raza! ¡Como si Dios no hubiera hecho el tabaco, los relojes y los gorros de algodón, lo mismo para los franceses que para los suizos! ¡Hola!, ¿quién va?

Esta exclamación y pregunta eran promovidas porque los perros se habían levantado y ladraban sordamente.

—¿Qué eso, Serpiente?, ¿qué hay, León? Id a verlo.

Los dogos precipitáronse al exterior, lanzando salvajes ladridos que al instante cambiaron de tono, convirtiéndose en cariñosas demostraciones.

—Será algún amigo —dijo Pedro—. Pero ¿quién? No espero a nadie a estas horas... en fin, pronto saldremos de dudas.

Un nuevo personaje entró en la casa. Éste sería como de unos cuarenta años, delgado, pequeño; estaba algo encorvado a consecuencia del pesado fardo que sus espaldas sostenían por medio de sólidas correas.

—Salud, hijos míos. ¿Cómo va?

—¡Calle, es Jacob! —exclamó Pedro—, no os esperaba tan pronto. ¿Cómo habéis venido hoy?

—¡Ah! El comercio da buenos resultados; la industria prospera; ya no bastan ahora dos viajes; en igual tiempo hay que hacer tres. Quiero vender mucho y esperaré aquí a mi sobrino Nathan, que debe llegar dentro de una hora. Encerrad los perros, pues no le conocen y podrían darle un disgusto. Mañana tendréis que volver a la provisión, pues yo estaré por aquí dentro de tres días.

—Pero estamos muertos de fatiga, tío Jacob —observó Pedro Maugars.

—¡Tanto peor!, nada tengo que ver con eso. Os habéis comprometido a entregarme mercancías de contrabando siempre que me acomode y cuando os lo indique, y hoy no puedo concederos un plazo. Si vuestra tarea es ruda, también son pingües vuestras ganancias, por consiguiente, no os quejéis. Cuando seáis bastante rico, retiraos, nadie os lo impedirá. A la edad de vuestros hijos se tiene mucha resistencia. Yo, ya veis, soy un viejo y paso aún la vida recorriendo los caminos con mi fardo auestas, y puedo aseguraros que mi salud no tiene nada que desear. Dadme de beber, el tiempo está fresco.

Pedro le alargó un vaso de aguardiente, y dijo:

—Partiremos esta noche; ya descansaremos un día por allá.

Jacob hizo un signo afirmativo, y Pedro, dirigiéndose a Juana y los chicos, añadió:

—Tú entregarás las mercancías al tío Jacob y a su sobrino, y vosotros preparaos a partir. ¡Ah! Juana, no te olvides de echar aguardiente en las calabazas.

Bautista y Marc se pusieron los trajes que usaban para sus expediciones. Una valija de cuero que llevaban sobre la espalda, una calabaza, una carabina y un bastón con contera de hierro, completaban su equipo. En un profundo bolsillo practicado en la blusa, llevaban pólvora y balas, gruesas cuerdas, un pito de cuerno y una especie de cuchillo-puñal muy agudo y cortante. Una vez arreglados, Pedro dio la señal de marcha y dijo a su mujer:

—Encierra los perros esta noche y ruega a la Virgen y a nuestros santos patronos que nos preserven de los sortilegios de los brujos y de las balas de nuestros adversarios. Adiós, esposa; hasta la vista, tío Jacob.

Juana abrazó a los dos jóvenes sin experimentar la menor emoción. Ambos se

alejaron con Pedro y desaparecieron bien pronto por los senderos de la montaña. Durante unos instantes se oyó la voz de Marc-Henry, que entonaba una de sus canciones favoritas. Extinguióse a poco aquel sonido, y sólo reinó el silencio en medio de la obscuridad de la noche.

Capítulo III

Durante un cuarto de legua, Pedro Maugars, Bautista y Marc-Henry, anduvieron rápida y silenciosamente por varios senderos.

Poco a poco Marc-Henry fue calmando su paso.

—¿Qué es eso? —dijo Pedro—. ¿No puedes andar?

—No; me es imposible seguiros.

—¿Por qué?

—Me he causado una herida con el zapato, y tengo el pie ensangrentado.

—¿No podías haberlo notado antes de salir? Anda, vuelve a casa, y múdate de calzado.

—Voy.

—Te esperamos aquí, fumando.

—¡Oh!, es inútil que me esperéis; yo os alcanzaré.

—Como quieras. Si al llegar a la roca del *Diente del Lobo* no nos has alcanzado, haremos alto.

—Está bien.

Marc-Henry se alejó lentamente al principio, y parecía que andaba con dificultad; pero cuando hubo llegado a cierta distancia se arrodilló y aplicó el oído contra el suelo.

El ruido de los pasos de Pedro y Bautista llegó hasta él, aunque muy vagamente entonces se levantó, colocóse la carabina debajo del brazo y echó a correr rápidamente, tomando un camino que no era el de la casa de Pedro Maugars.

Bautista y su padre siguieron andando.

La noche era oscura y fría; varias nubes velaban la luna, que reflejaba apenas sobre sus bordes una pálida claridad. El viento silbaba a través de las copas de los abetos, y las ramas, al chocar entre sí, recordaban el ruido del mar en lontananza. Para cruzar los difíciles senderos por donde iban padre e hijo, era precisa toda la habilidad de aquellos contrabandistas; para todo el que no fuera hijo del país, aquellos senderos eran intransitables, pues sobre estar apenas indicados, sus pendientes rápidas estaban plagadas de obstáculos. Al cabo de hora y media de marcha, en la que nuestros viajeros no habían cambiado ni una sola palabra, entrevieron en medio de los abetos una alta y puntiaguda piedra que se dibujaba en las tinieblas.

—Ahí está el *Diente del Lobo* —dijo Bautista.

—¡Alto, pues! —exclamó Pedro.

Ambos se detuvieron.

—Hijo mío, esperemos a Marc; saca la calabaza y beberemos algo, y el eslabón

para encender nuestras pipas.

Bautista sacó cuanto su padre pedía, y al mismo tiempo le dijo:

—Es singular que mi hermano no nos haya alcanzado todavía, pues hemos andado como las tortugas después de un chubasco.

—Tu madre le habrá detenido más de lo conveniente; no creo que tarde en llegar... ¡calla!, creo haber oído un disparo de fusil; aplica el oído al suelo... ¡veamos!

Los dos se inclinaron para escuchar.

—¡Bah!, habrán matado alguna liebre en el bosque cercano.

—Dos, tres, cuatro; ¡diablo!, por ahí se están batiendo; siento no estemos más cerca para poder ayudar a nuestros amigos.

Cesó el ruido; poco después resonó a lo lejos también, pero por el lado opuesto, el ladrido de un perro que progresivamente se fue haciendo más perceptible.

—Parece que por esa otra parte ocurre algo también; ¡silencio y atención!

Los dos hombres permanecieron de pie y con las carabinas preparadas.

El mismo ruido se oyó después, aunque más cercano y seguido de pasos. De pronto de entre los árboles se vio salir la figura de un hombre que la oscuridad no dejaba distinguir, y brillar el cañón de un arma. Pedro exclamó:

—¡Alto ahí!

—Amigo... —dijo una voz.

—¿Quién sois?

—*Viajero de comercio*^[3] —contestó el recién llegado.

Al mismo tiempo un enorme perro, de la misma especie que *Serpiente* y *León*, se colocó delante de su amo.

—*Viajero de comercio* —repitió Pedro bajando su carabina—. ¡Calla! ¿Sois vos, Lorient?

—Sí, amigo mío.

—La noche es tan oscura que no se distingue nada a seis pasos.

—Nada.

—¿Habéis oído el fuego de hace un instante?

—Sí; mi partida se ha batido con los carabineros.

—No es posible.

—¿Cómo que no?, cuando iba a llegar con mi cuñado y dos primos, ha sido cercada por esos carabineros, que Dios confunda. Ha tenido que abandonar la mercancía y declararse en retirada.

—¿Y la gente?

—Sin novedad.

—¿Lo creéis así?

—Estoy seguro de ello.

—¿Pues?...

—Escuchaba.

—¿Y qué?

—Pues veréis; los carabineros sólo han disparado dos tiros y mi partida seis; puesto que los carabineros han dejado de disparar, debo suponer que no ha ocurrido ninguna desgracia.

—Sí, sí.

—No permanezcamos más tiempo aquí; el aire es perjudicial esta noche. ¿Vais a la provisión?

—Sí, como vos.

—Mi gente venía de ella cargada de exquisito tabaco.

—¡Diablo!

—¿Qué queréis? No hemos tenido suerte. Dentro de una hora todo estará revuelto en los Brennets, así es que no debéis continuar la expedición. Entremos en nuestras casas, acostémonos y ronquemos, si es posible, para probar la coartada si vienen a registrar.

—Tenéis buena cabeza, tío Lorient —dijo Pedro.

—Sí —contestó éste.

—Y sois un sabio.

—Eso no —dijo Lorient con modestia.

—Repito que sí; retrocedamos, hijo mío —continuó Pedro dirigiéndose a su hijo —, esperemos que la cosa se calme, y si el tío Jacob se disgusta, que tenga paciencia.

—Sí, es preciso salvar la pelleja —objetó Lorient.

Los tres hombres tomaron silenciosamente el camino de sus casas.

Al hallarse cerca de la suya, Pedro oyó a los dos perros que saludaban su vuelta por medio de un ladrido alegre y sordo que fue más intenso cuando llamó a la puerta.

—¿Quién va? —preguntó Juana desde el interior, pero sin descorrer el cerrojo.

—Yo, Pedro; abre pronto.

Juana no pudo contener una exclamación de sorpresa, y abrió.

—¿Qué ha sucedido?

—Te lo diré enseguida. ¿Jacob ha partido ya?

—Hace una hora en compañía de Nathán.

—¿Y las mercancías?

—Se las ha llevado.

—¿Y Marc-Henry?

—No te entiendo. Marc-Henry ha salido contigo.

—Sí, pero ha vuelto.

—Se habrá quedado en el camino, porque yo no le he visto.

Durante este dialogo, Pedro, Juana y Bautista habían entrado en la casa. Pedro volvió a abrir la puerta para mirar y escuchar al exterior. Un paso rápido resonaba en el silencio de la noche.

—Ahí está —dijo Pedro.

Entonces llegó precipitadamente un hombre en extremo fatigado; era el cuñado de

Loriot.

—Pronto... pronto... acostaos... —exclamó con voz entrecortada—, y antes echad las mercancías en los pozos. Los carabineros me siguen y están para llegar de un momento a otro.

Después el aldeano, dejando estupefactos a Pedro y Juana, echó a correr para ir a dar la misma noticia a otros vecinos.

Los contrabandistas, aprovechando el aviso que acababan de recibir, hicieron desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, no los géneros prohibidos, pues ya sabemos que Nathán y su tío se los habían llevado, sino las calabazas húmedas, que hubieran podido probar una reciente expedición. Tres minutos después, todo el mundo estaba acostado.

Un momento más tarde resonaba en la puerta de la casa un fuerte culatazo.

—Seguid vuestro camino —dijo Pedro—, ésta no es hora de despertar a las gentes honradas que duermen tranquilamente.

—Abrid —dijo una voz.

—Repito que sigáis vuestro camino, o de lo contrario suelto mis perros —arguyó de nuevo el dueño de la casa.

—Abrid en nombre de la ley —volvió a repetir la misma voz—, acompañando el dicho de un nuevo y más fuerte culatazo en la puerta.

—Eso ya es harina de otro costal —contestó Pedro, bajando del lecho—. Esperad un instante para que me levante y encienda luz.

Poco después, la puerta abierta por Pedro daba paso a un oficial de carabineros, el que poniendo en ella dos centinelas y después de darles la consigna de no dejar salir a nadie, se internó en la casa. El oficial quedó sorprendido al ver a Pedro.

—¿En qué puedo servirlos, señor oficial?

La contestación de esta pregunta fue una investigadora mirada por toda la habitación.

—¿Habéis pasado aquí toda la noche?

—No acostumbro a pernoctar fuera de mi casa.

—Según eso, ¿aseguráis no haber salido?

—Sí, señor.

—¿Tenéis hijos?

—Sí.

—¿Dónde se hallan?

—Uno en su cuarto, durmiendo.

—¿Y el otro?

—El otro está desde ayer en casa de su tío, a tres leguas de aquí en la montaña.

—Coged esas carabinas —dijo el oficial a uno de los carabineros—, señalándole las armas que estaban junto a la pared.

La orden fue inmediatamente ejecutada, y el examen más minucioso demostró que no habían sido descargadas en un largo espacio de tiempo.

Pedro Maugars miraba con calma y tranquilidad llevar a cabo la operación; pero cuando estaba seguro de que no le observaban, sus ojos expresaban una viva satisfacción interior.

—¿Dónde tenéis vuestros zapatos? —preguntó el oficial.

—Allí —respondió el aldeano, indicando un armario que abrieron enseguida.

Contenía varios pares de zapatos, sí, pero todos estaban secos.

—Podéis acostaros otra vez —dijo el oficial.

—¿Habéis terminado?

—Sí; vamos a partir.

—Siento que os hayáis molestado inútilmente —exclamó Maugars, con una sonrisa alegre e irónica.

—Estad sobre aviso para el porvenir.

—¿Razón?

—Se sospecha de vos.

—Pues no comprendo...

—Sí; se os acusa de que sois contrabandista.

—Es posible que se me calumnie.

—Nos han matado esta noche a dos soldados en un encuentro.

—¡Válgame Dios! ¡Qué desgracia!

—Esta vez, por lo visto, no formábais parte de la expedición.

—Ni ésta, ni otras, señor oficial.

—Como queráis; lo único que os advierto es que estéis sobre aviso por lo que tronar pudiera. En marcha —añadió dirigiéndose a sus soldados.

Iban a salir, cuando dieron un violento golpe en la puerta por la parte de afuera. Por medio de un gesto rápido como el pensamiento, impuso el oficial silencio, y rechazando a Pedro que se adelantaba, abrió la puerta.

Marc-Henry apareció en el umbral de ella; estaba pálido, y sus vestidos rotos y llenos de sangre, hallábanse en un completo desorden. Avanzó hacia el interior, y al ver a los carabineros quiso retroceder, pero se lo impidió el oficial que había previsto este caso. En aquel momento el interior de la casa presentaba un aspecto extraño. Pedro había encendido una lámpara que aclaraba débilmente aquella escena.

—¿Quién es ese joven? —preguntó el oficial.

—Marc-Henry, mi segundo hijo.

—¿De dónde venís?

—Ya os he dicho que estaba en casa de su tío, a tres leguas de aquí —replicó vivamente Pedro, temiendo que Marc-Henry diese una explicación distinta, lo cual hubiera sido un grave contratiempo.

El oficial comprendió que aquello era una farsa, y dijo dirigiéndose a los suyos y señalando a Pedro:

—Conducid a ese hombre a la pieza contigua y no le perdáis de vista. —Y luego continuó—: ¿De dónde venís?

Marc-Henry no contestó.

—¿De dónde procede esa sangre? —volvió a interrogar el oficial, señalando las rojas manchas que en las ropas del joven aparecían.

—Es mía.

El oficial le quitó la carabina, y examinándola despacio, se convenció de que se habían servido de ella recientemente. Ante pruebas tan evidentes, no cabía duda acerca de la complicidad del joven en el crimen cometido momentos antes por los contrabandistas, así es que el oficial no vaciló en decir a Marc-Henry que se diera preso. Éste, que tenía la vista baja, al oír aquella orden alzó los ojos y preguntó:

—¿Puedo abrazar a mis padres?

—¿Por qué no? —repuso el oficial—; pero despachad pronto. —Y dirigiéndose a los soldados, añadió—: Vigilad al prisionero.

Marc entró en el aposento a donde habían conducido a su padre, en el cual Juana se había refugiado, envuelta en una de las mantas de su cama. Dos centinelas guardaron la puerta. Padre e hijo se abrazaron estrechamente; abrazo que sirvió para que Pedro deslizara al oído de su hijo algunas palabras que le hicieron estremecer. Después, mientras el muchacho abrazaba a su madre, Pedro se fue aproximando a la ventana por medio de movimientos insensibles y sin objeto aparente, la abrió. Al mismo tiempo, Marc-Henry echó a correr, y dando un salto prodigioso, se precipitó por ella, desapareciendo protegido por las tinieblas de la noche.

Capítulo IV

Los testigos de tan atrevido acto de audacia, permanecieron algunos segundos inmóviles y paralizados por la sorpresa; el oficial fue el primero que recobró la energía, y mandó que corrieran en persecución de Marc. Luego, acercándose a Pedro, le dijo:

—Habéis hecho escapar a un hombre detenido como sospechoso de haber cometido un asesinato, y vos seréis el que dé cuenta a la Justicia de lo que acaba de suceder.

—No, señor; no es cierto que yo haya hecho evadir a nadie.

—¿Os negáis a tal evidencia? ¿No habéis abierto vos mismo la ventana?

—Sí; la he abierto para respirar con más facilidad; ya comprendéis... la emoción... el trastorno...

—¿Vos conmovido?... ¡Vamos!... habéis querido proporcionar la fuga a vuestro hijo.

—Eso es lo que falta probar; lo niego y lo negaré siempre.

La primera intención del oficial fue apoderarse de Pedro Maugars, para hacerle responsable de la desaparición de Marc-Henry; pero reflexionó que aquello hubiera sido una manifiesta ilegalidad, y que, por lo tanto, no podía hacerlo. Y en efecto, ¿no había encontrado durmiendo a todo el mundo cuando llegó a la casa? ¿Podía hacerse responsable al padre de las acciones del hijo, oscuras todavía, a excepción, si se quiere, de la reciente huida, que así y todo, podía atribuirse a la casualidad? El resultado de estas reflexiones, fue no obrar antes de recibir órdenes superiores.

De vuelta los que habían ido a perseguir a Marc-Henry, y sin haber obtenido resultado satisfactorio, salió toda la partida de la casa de Pedro Maugars, en la que dejaron la confusión y el espanto.

Sigamos ahora a Marc-Henry. Después del salto prodigioso que le había proporcionado la libertad, nuestro joven echó a correr sin descanso, hasta que rendido de fatiga, las piernas se le doblaron y se detuvo. Había llegado a la salida de un bosque de abetos, que acababa de atravesar; la luna, en su cuarto creciente, velada por algunas nubes, daba una ligerísima y melancólica luz a la escena, que no carecía de cierta grandeza fantástica y salvaje. En el fondo del cuadro se veía una casa muy antigua rodeada de un jardín casi inculto. Aquella antigua casa la conocían en el país con el nombre de *Castillo de Châlans*.

Marc-Henry, según hemos dicho, se detuvo un instante, y después de haber reconocido el sitio donde se encontraba, porque hasta entonces había corrido al azar sin darse cuenta de sus actos, lanzó en torno suyo una mirada llena de profundo terror. Ante sus pies se extendía un terreno cubierto de amarillentas yerbas y de

troncos de varios arbustos. En medio del campo se entreveía como un punto más sombrío, una masa negra e informe, tendida e inmóvil en el suelo. Marc-Henry se fijó sobre aquel punto; de pronto, un estremecimiento singular conmovió todo su cuerpo, y corrió por su frente frío sudor. Avanzó algunos pasos y se halló bien pronto al lado del objeto en cuestión. Era el cuerpo de un carabinero, privado de sentido, muerto quizás, porque una bala había agujereado su frente, y la sangre, después de haber corrido algún tiempo, se cuajó sobre su rostro, sirviendo de repugnante careta. Al lado del cadáver había un fusil.

Marc-Henry se inclinó, quiso levantar aquel cuerpo, pero su excesivo peso no se lo permitió. Cogió entonces al cadáver por las espaldas y lo arrastró hasta el borde de un precipicio que se abría a sus pies, en la roca cortada a pico; al llegar a él, Marc-Henry hizo un violento esfuerzo, y apoderándose de su fúnebre carga, llegó a levantarla, y ya se disponía a dejarla caer en el abismo, cuando sus ojos se agrandaron y rodaron convulsivamente en sus órbitas, un grito salió de su entreabierta boca, y abriendo los brazos, dejó caer el cuerpo del hombre asesinado, a dos pulgadas del precipicio.

Marc-Henry, al estrechar el cadáver, había notado que se reanimaba y movía. En este momento una luz brilló a través de los cristales de una ventana del castillo de Châlans. Esta ventana se abrió a los pocos instantes, y sobrecogido de espanto, echó de nuevo a correr sin objeto y se internó en el bosque, asustándose del ruido de sus pasos y de la sangre que veía en sus manos.

La luz del primer piso del castillo desapareció muy pronto interceptada por un cuerpo opaco, y la media luz del cielo dejó ver la forma de una mujer vestida de blanco que se apoyaba en la baranda de un balcón. Aquélla era joven, según podía adivinarse al escuchar la voz fresca y melodiosa con que interpretó, en medio del silencio de la noche, una romanza muy en boga en aquella época.

Al cabo de un rato, temiendo sin duda las consecuencias del aire de la noche, se retiró del balcón.

* * *

Cuando se alejó del abismo, Marc-Henry era presa de un verdadero delirio; corría a través del bosque sin reparar en los peligros del camino, hasta que al llegar a un profundo barranco, faltóle el pie y rodó hasta el fondo, sin poderlo remediar. Por fortuna las plantas amortiguaron un tanto su caída, que sin embargo fue violenta, porque al dar en tierra había perdido el conocimiento.

Allí permaneció hasta la mañana siguiente. El fresco que acompaña al nacimiento de la aurora reanimó a Marc-Henry, el cual se levantó penosamente, notando que sólo tenía algunas leves contusiones.

—¿Qué debo hacer?

En efecto, su situación era un tanto comprometida y difícil; no podía volver a su

casa ni aun siquiera permanecer en el país. A pesar de los acontecimientos de aquella noche empezaba a sentir los efectos del hambre.

Meditando estaba el partido que había de tomar, cuando sintió pasos por encima del barranco; miró y vio aparecer el fresco y alegre rostro de un pastorcillo de doce a trece años, futuro contrabandista, y por consiguiente educado en el odio a los carabineros y en los principios de una discreción a toda prueba.

Marc-Henry le llamó y el muchacho acudió precipitadamente. El rumor de los acontecimientos de la noche anterior, había corrido de casa en casa, excitando vivamente la curiosidad general.

—Benito —dijo Marc al pastor—, corre a casa de mi padre y en mi nombre pídele dinero y mi carabina, y llévame todo eso a Ollioles, cerca del *Cerrillo de las Cabras*; infórmate bien de si la casa de Lorient está vigilada, y en caso negativo di a mi padre que allí llevaré las mercancías en las noches próximas.

—Voy al instante, Marc —contestó el muchacho—, todo se hará cual deseas.

Marc-Henry se puso en marcha.

Capítulo V

El castillo de Châlans no dejaba de tener algunas pretensiones señoriales. Era una construcción cuadrada, en la que todo afectaba una forma irregular; databa de fines del siglo XVII, como casi todos los castillos del Franco-Condado. A la fachada precedía un vasto patio embaldosado y rodeado de elevados muros; éste estaba cerrado por una espesa verja formada con lanzas de hierro, en otro tiempo doradas, ante la cual se veían dos palomares que con sus puntiagudos techos se daban aire de torrecillas feudales. Una gradería formada por cuatro escalones desunidos y musgosos conducía a la puerta principal, cuyo carcomido frontón estaba coronado por un escudo de piedra groseramente tallado, con las armas de la familia Châlans, consistente en tres halcones de oro en campo de gules.

Los montañeses y aldeanos tomaban los halcones por pollos, de lo cual sólo tenía la culpa el artista que los hizo. Aquella puerta, pretenciosamente llamada *la puerta de honor*, porque dos aberturas más humildes se veían a derecha o izquierda, daba acceso a un inmenso vestíbulo enlosado con piedras muy pulidas, alternativamente blancas y negras, como las casillas de un tablero de damas.

Además de la puerta de entrada, tres salidas conducían del vestíbulo a la cocina, al lavadero, y la del fondo a un cenador del que no hace falta nos ocupemos. La escalera daba a una especie de galería, desde la que se dominaba el piso bajo y se entraba en tres o cuatro habitaciones. Aquella servía de antecámara a un salón, sobre el cual es indispensable que demos algunos detalles.

Tres anchas ventanas que daban sobre el jardín y sobre el precipicio de Châlans, iluminaban el salón; el techo en toda su longitud le cortaban tres colosales vigas revestidas de molduras amarillentas ya a causa del humo y del polvo. Las paredes sostenían la más extraña serie de cuadros que pueda imaginarse; la colección de todas las sibilas, pitonisas y profetisas de las historias sagrada y romana. Unas vestidas de rojo con cara de energúmenos y gestos de poseídas; otras envueltas en largos vestidos blancos y coronadas con ramos simbólicos. Todas, en fin, teniendo en una mano el libro de los destinos y en la otra una flotante banderola, sobre la cual estaban escritos sus nombres, patria y fecha de su sacerdocio. Había retratos de familia en cuadros blasonados, que reproducían las facciones de unos veinte barones de Châlans; desde los ascendientes guerreros, cubiertos de hierro, de rudas fisonomías y largos bigotes, hasta el padre del barón actual, pomposamente vestido con su rico uniforme de consejero del Parlamento de Besançon. Además de otra multitud de cuadros y medallones, había astas de ciervo, cuchillos de caza, pistolas, carabinas, frascos de pólvora y otras mil cosas de que ni podemos ni queremos acordarnos.

El mueblaje, de viejo roble esculpido y pintado de negro, se hallaba cubierto con

fundas parduzcas que ni siquiera permitían adivinar el color de su tejido. Una grande hoguera de roble y abeto chisporroteaba en una alta chimenea que adornaba un reloj de ébano con incrustaciones de cobre y coronado con un Cupidito, de cobre también, que blandía valerosamente su tea.

Acababan de dar las diez de la mañana.

Dos puertas del salón dieron paso, una a un anciano; por la otra entró una joven acompañada de un galgo blanco.

El anciano, que era el barón de Châlans, tendría de sesenta y ocho a setenta años; alto de estatura, parecía aún fuerte y robusto. Su frente enteramente calva, su cabello blanco como la plata, arrugas numerosas y profundas y una mirada dulce y meditabunda, daban a su fisonomía una expresión patriarcal y triste.

La joven, en quien nuestros lectores habrán reconocido a María de Châlans, representaba tener diez y nueve o veinte años si hemos de juzgar por su estatura completamente desarrollada y por la plenitud de sus formas. Era una belleza soberanamente fuerte y poderosa, confiada en su poder y en su fuerza, serena, tranquila, a quien se hubiera podido encontrar demasiado majestuosa e imponente si sus labios, húmedos y rojos como el coral, no hubiesen denotado una naturaleza algo sensual, y si sus ojos de un azul oscuro, inocentes todavía, pero cargados por instantes de promesas voluptuosas, no hubieran templado la dignidad de un perfil de diosa. Una cabellera de admirable opulencia y de tinte oscuro con reflejos dorados, servía de marco, con su espeso y sedoso trenzado, a una frente blanca y pensativa, para reunirse detrás de la cabeza en una doble y graciosa corona.

El galgo que con María había entrado y al que llamaban Guido, era de una altura gigantesca y blanco como la nieve; parecía orgulloso con su collar de terciopelo rojo, que llevaba grabados en una lámina de plata el nombre y armas de su señora; cuando apareció el barón corrió hacia él con ladrido gozoso, solicitando con saltos locos una caricia, que obtuvo. Al mismo tiempo que el galgo, María se había acercado al señor de Châlans; presentóle su frente, sobre la cual él posó sus labios con viva expresión de ternura, en tanto que la joven preguntaba:

—¿Cómo habéis pasado la noche, padre mío?

—Maravillosamente, hija, aunque he despertado dos veces por el estruendo de dos tiros.

—¿Dos veces, decís?

—Sí; qué, ¿tú no has oído nada?

—Sí, he oído un tiro, pero uno solo.

—¿Lejos de aquí?

—No, muy cerca; a cien pasos todo lo más.

—¿En qué dirección?

—En ésta —y María indicó con la mano las ventanas del salón que daban al abismo de Châlans.

—Está bien —dijo el barón—, tú dormías y el primer tiro no te ha despertado;

sonó lejos y venía precisamente de la parte opuesta; pero llegó a mi oído clara y distintamente, traído por el viento del Norte. Por otra parte, las ventanas de mi cuarto dan al lado de la frontera de Suiza, y además a mi edad el sueño es más ligero que a la tuya.

—De esta suerte, padre, ¿creéis que ha habido combate entre los de la aduana y los contrabandistas?

—Casi tengo la seguridad.

—Pero ¿y ese tiro aislado y tan cerca del castillo?

—Eso es otra cosa, y creo que habrá sido disparado sencillamente por algún cazador a la espera.

—He tenido un poco de miedo —exclamó María—. Me levanté, púseme un peinador y abrí la puerta de mi balcón.

—¿No has visto ni oído nada?

—No, pero estaba extraordinariamente agitada y no he podido conciliar de nuevo el sueño, hasta el momento en que creí que apuntaba el día.

—Deseo enviar a Brennets, a fin de saber si en el encuentro de esta noche ha sucedido alguna desgracia.

—Como gustéis, padre mío.

El barón llamó.

—¿Iréis hoy de caza? —preguntó su hija.

—Sí; saldré dos o tres horas con los perros después de almorzar.

El señor de Châlans se sentó al amor de la lumbre, tomando un libro que empezó a hojear; era el famoso *Tratado de Montería*, por Jacobo de Douilloux, hidalgo de Poiteau, su obra favorita.

En tanto, María se había sentado delante del alfeizar de una ventana, donde había una mesita; había ordenado los pinceles y los colores esparcidos en torno suyo, y se preparaba a concluir una flor pintada a la aguada sobre vitela.

Sin duda las cortinas colocadas en las vidrieras no dejaban penetrar los rayos de la luz, según el deseo de la bella artista, puesto que se levantó para separarlas, y permaneció un instante de pie, apoyada su frente en los cristales y dejando vagar su mirada por el campo.

Los ojos de María, distraídos en un principio, recorrieron las descuidadas avenidas del jardín, las ennegrecidas rocas amontonadas más allá del recinto murado y la boca abierta del abismo, abertura verde, oculta bajo una vegetación exuberante. De repente su mirada tomó una expresión de asombro y casi de espanto... Al otro lado del abismo, en la misma orilla, acababa de distinguir una masa inerte, tendida, que se parecía a un cuerpo humano. María se volvió al interior del salón, y precipitadamente y con voz alterada, dijo:

—¡Padre!

—¡Ejem! —murmuró el viejo interrumpido en su lectura.

—Venid enseguida; venid pronto.

El barón se levantó, y dirigióse hacia su hija, que se apresuró a abrir la ventana.

—¿Y bien?

—Mirad.

—¿A dónde?

—Allá.

Y el dedo de María indicó el objeto extraño que causaba su sorpresa.

—¡Diablo! —dijo el barón, después de haber seguido con la mirada la dirección del dedo de su hija—. ¡Diablo!, ¿qué significa esto?

—¿Creéis como yo, que es un cuerpo humano? —exclamó María con el corazón oprimido por una natural y viva emoción.

—¡A fe mía!, eso me parece; pero aguarda un instante...

El barón volvió al salón, tomó su antejo de larga vista que sobre una mesa había, sacó los tubos y los dirigió al sitio sospechoso.

—¿Y qué? —preguntó María.

—Pues es un hombre.

—¡Ah!

—Lleva el uniforme de los carabineros.

—¿Duerme, quizás, ese hombre... padre mío?

—No; porque a juzgar por la posición extraña y por la rigidez de sus miembros, ese hombre está muerto.

—¡Un cadáver! —dijo María con terror.

—Se ha cometido un crimen cerca de nuestra casa —dijo el barón con agitado acento—, recuerda el tiro de esta noche; el cazador era un asesino.

En este momento el criado, llamado por el señor de Châlans, entró en el salón, diciendo:

—Si el señor ha llamado para almorzar, el almuerzo va a estar pronto.

—¡Ah, no, no es para almorzar! ¡Ven conmigo, Claudio, allí hay un hombre muerto!

Claudio abrió los ojos con espanto; después siguió a su señor que salía del salón silbando a *Guido*.

María, toda temblorosa, permaneció apoyada en el borde de la ventana, con los ojos fijos en el cuerpo inmóvil.

Capítulo VI

El barón, el criado y el galgo salieron del castillo por una puerta de la planta baja que conducía al jardín. *Guido* saltaba delante de su señor, y llenaba el aire con sus alegres ladridos. El señor de Châlans y Claudio, saltaron fácilmente el muro medio arruinado y se encontraron en medio de las rocas que cercaban una parte del abismo. Un instante después se hallaban en los brezos. De repente *Guido* se paró, sus ijares se agitaron y aspiró el aire con violencia; sus uñas crispadas arañaron profundamente el suelo, levantó la cabeza enderezando el pescuezo, y de su garganta jadeante salió un aullido lastimero, desolador, siniestro.

—No me había equivocado —pensó el barón—, ¡es un cadáver!

Los dos hombres avanzaron; el galgo permaneció donde estaba, haciendo resonar nuevamente su quejido lúgubre y prolongado. El barón se detuvo, había tropezado con la punta del pie en el cuerpo tendido en el suelo.

—¡Ah! ¡Jesús, Dios mío! —exclamó Claudio—, ¡cuánta sangre!

En efecto, en torno del carabinero, la yerba estaba roja y la tierra empapada en sangre.

—Es preciso llevarle —dijo el barón—, ayudadme.

La faz del carabinero estaba vuelta hacia la tierra.

El señor de Châlans le levantó y le apoyó contra una piedra.

—¡Virgen santa! —exclamó el criado, mirando el lívido y manchado rostro de la fúnebre carga—. ¡Si es Morand! ¡Ah!, el pobre b...

—¡Dios haya acogido su alma! —dijo el barón—, era muy joven y he oído decir que muy bravo mozo.

—¡Ya lo creo!, ¡no tenía igual!, y además ¡la flor de los buenos hijos!

En este momento el barón, impelido por un instinto maquinal, más bien que alentando un resto de esperanza, descubrió el pecho del carabinero y puso la mano sobre su corazón.

—¡Vive!, ¡vive!, siento latir su corazón.

—¡Es cierto! ¡Ah! ¡Virgen santa! ¡Oh! ¡Jesús, Dios mío! Vos habéis obrado este milagro seguramente.

—Apresurémonos a conducirlo al castillo; ¡con la ayuda de Dios, quizás podamos salvarle!

Claudio y el barón cogieron entonces el cuerpo del carabinero, uno por los hombros y otro por las piernas, y lo condujeron al castillo. Una vez ya en una habitación de la sala baja, condujéronse colchones sobre los que, con sumo cuidado, se colocó el cuerpo del infeliz Morand; inmediatamente llamaron a María para que presidiera la primera cura. Algunas abluciones de agua tibia borraron poco a poco la

sangre cuajada y endurecida que cubría como una máscara la cabeza y la mayor parte del rostro. Entonces fue ya posible examinar la herida. La bala, a cuyo golpe el joven había caído, había rozado la parte superior del cráneo, desgarrando los tejidos capilares e hiriendo el casco huesoso, pero poco profundamente. La pérdida de sangre y la debilidad habían impedido al joven volver a su conocimiento, y si no se hubiera acudido en su auxilio hubiera indudablemente sucumbido sin volver en sí ni un instante. María le aplicó a la herida que aún sangraba, compresas empapadas en agua de sal, remedio usado frecuentemente en los campos. Este remedio produjo un resultado rápido y favorable. Morand hizo un ligero movimiento, exhaló un profundo suspiro y abrió los ojos. Sobre su cabeza vio como un sueño el hermoso semblante de la señorita de Châlans, cuya mirada estaba fija en él. Un sordo gemido salió de sus labios; un estremecimiento súbito agitó todos sus miembros; cerró los ojos y se desmayó de nuevo.

* * *

Creemos llegado el momento de dar a conocer a nuestros lectores al barón señor de Châlans, y decir el por qué su frente se velaba siempre con una nube de tristeza. Para esto tendremos que retroceder a épocas anteriores, y nos remontaremos al comienzo del invierno de 1803.

El barón de Châlans no llevaba entonces una vida uniformemente aislada, en su viejo castillo de las montañas del Jura, pues pasaba todos los años cuatro o cinco meses del invierno en Besançon, llegando habitualmente a la ciudad a principios de Diciembre para salir a fines de Mayo. Poseía diez o doce mil libras de renta, lo cual constituye, aun en provincias, una vida desahogada. Tenía dos hijas: una, Esther, que contaba diez y siete años; la otra, María, había venido al mundo trece años después que su hermana. El nacimiento de María cortó la vida de su madre; de modo que el barón se encontró viudo, con una hija crecida y una niña de cuna. Cuando Esther hubo cumplido diez y seis años, su padre tuvo que abandonar el retiro absoluto a que se había entregado desde la muerte de su esposa, y se vio obligado a reanudar sus relaciones con la sociedad para presentar a su hija. Esther era sumamente bella. Remitimos a nuestros lectores al retrato que de María hicimos en las páginas precedentes, pues la hermana mayor era entonces una viva imagen de lo que María sería más tarde. Esther estaba orgullosa de su hermosura; era coqueta, algo ligera, y podía decirse de ella lo que Víctor Hugo cantó al referirse a una joven española: *Le gustaba demasiado el baile*. Esther de Châlans, como ya hemos dicho, fue presentada por su padre en todos los círculos que éste había frecuentado en otro tiempo. Al principio la mayor parte de las mujeres sintieron por ella una aversión instintiva. Tenía la desgracia de eclipsarlas por su incomparable belleza, y por esto era pasto de la murmuración de sus rivales.

Partiendo de aquella época, tenemos que contar una historia muy triste.

Entre el número de algunos oficiales que por sus nombres y sus familias alternaban con la sociedad aristocrática de Besançon, figuraba un alférez de caballería, de noble origen, pero de mala reputación; el vizconde de Pardieu. Este vizconde, último vástago de una familia arruinada por la revolución de 1789, se había hecho casi célebre por sus deudas, amoríos y duelos. ¿Es acaso necesario decir que las mojigatas mejor acorazadas, se volvían locas en secreto por el encantador vizconde de Pardieu? Era natural que Raúl se fijase en la mujer más hermosa que frecuentaba los salones de Besançon, y que manifestara a Esther de Châlans sus simpatías. También lo era que este sentimiento fuese correspondido, y se trocara rápidamente en un cambio de miradas, y más tarde en un sin fin de contradanzas, de obsequios y de distinciones de todo género. Como era lógico, la simpatía que acabamos de señalar se convirtió al cabo en amor, que si no fue sentido por Raúl, echó hondas raíces en el corazón de Esther.

Las damas del gran mundo habían adivinado cuál sería la marcha progresiva del tierno sentimiento que los dos jóvenes experimentaban; habían calculado científicamente el mayor o menor grado de *calórico*^[4] amoroso que se desprendía de cada mirada; habían contado las contradanzas bailadas, las flores furtivamente caídas y guardadas por Raúl; habían, en fin, permítasenos la expresión, dispuesto llevar por *debe y haber*, el *balance* de la pasión de Esther. Esto hizo que cierto día, el barón de Châlans, que nada sabía, recibiese un anónimo en el que, dándole cuenta de los amores de su hija, le aconsejaban caritativamente que la casara a toda prisa con su galán. El señor de Châlans, que despreciaba como se merece esas vergonzosas delaciones, resolvió, no obstante, observar atentamente a su hija, y notando, en efecto, que las atenciones del vizconde tenían un carácter alarmante, creyó cortar el mal de raíz, regresando con Esther y María a su castillo de las montañas del Jura.

Digamos de una vez que el barón no admitía siquiera la posibilidad de un matrimonio entre su hija y Raúl de Pardieu, quien estaba por demás desacreditado a los ojos de los padres de familia, por ciertas aventuras algo más que escandalosas.

Entonces ocurrió lo de siempre: el vizconde Raúl comprendió que el barón de Châlans desconfiaba de él, y que a causa de aquella desconfianza, alejaba del mundo a su encantadora hija.

Burláronse de su aventura sus compañeros de orgía, que no tenían entrada en los salones aristocráticos, y sintióse tan vivamente herido en su amor propio, que al destapar una botella de vino de *Arbois*, apostó que antes de un mes sería dueño absoluto de la señorita Esther de Châlans. La apuesta fue aceptada y se fijó en la cantidad de quinientos luis.

Raúl, al día siguiente, obtuvo de su coronel una licencia de seis semanas, y se alejó de Besançon sin decir a nadie a dónde iba: discreto silencio que, como es de suponer, fue comentado e interpretado por todo el mundo.

Capítulo VII

Ocho meses han transcurrido desde la partida del barón, y nos hallamos en el castillo de Châlans, el 20 de Agosto de 1804. Son las doce del día. El calor sofocante y el cielo cargado de grandes nubes, presagian una horrible tormenta. Esther se halla sentada junto a una ventana entreabierta del salón principal, sola y tristemente preocupada. El bordado en que trabaja ha caído sobre sus rodillas, y la joven deja errar por el espacio su mirada velada por las lágrimas. Un extraordinario, un terrible cambio, se ha operado en la joven desde la época en que la conocimos tan bella y tan coqueta. Sigue siendo hermosa todavía, pero una palidez informe, una expresión dolorosa, ha impreso sus estigmas sobre su altivo y agraciado rostro. En efecto, desde la primavera, Esther se hallaba devorada por un mal desconocido. Su infantil alegría había desaparecido; el insomnio no la abandona un solo instante, y en sus tristes noches derrama ardientes y amarguísimas lágrimas. En el momento en que la volvemos a ver no sale de su lecho, o a lo más, lo dejaba algunas veces para sentarse en un sillón, donde pasa las horas enteras inmóvil y con los ojos humedecidos por el llanto.

El barón se alarma cada día más ante aquellos síntomas terribles. Esther le tranquiliza y sabe hallar en su presencia una dulce y triste sonrisa.

Hemos dicho que son las doce del día; el señor de Châlans, que había salido por la mañana, debía estar de vuelta a la hora de comer. Un criado entreabrió la puerta del salón, y aquel rumor, aunque ligero, hizo temblar a Esther, y arrancarla de un profundo ensueño. El criado le entregó dos cartas que llevan el sello de Besançon. Ambas estaban dirigidas a su padre; Esther las dejó maquinalmente sobre la mesa que estaba a un lado y se entregó de nuevo a sus dolorosos pensamientos. Las horas pasaban, el día avanzaba, y el barón volvió al castillo a la hora señalada para la comida. Ésta es triste; las salidas infantiles, la alegre risa de María, no hallan eco en el corazón de los dos sombríos personajes. De pronto Esther se pone blanca como un sudario, y luego un rojo subido sucede a aquella súbita palidez; su padre se asusta y se levanta.

—No, no es... nada —murmuró Esther con voz débil—; pero... tengo que pedirlos... una cosa... padre mío.

—Habla, hija de mi vida... di...

—Quiero hablaros a solas.

—¡A solas! —replicó el barón lleno de sorpresa—. En este caso vamos a la sala.

La joven hizo un esfuerzo para levantarse, pero sus fuerzas la abandonaron y cayó desplomada sobre su asiento.

—Apóyate en mi brazo, hija mía.

Esther, apoyada en el brazo de su padre, salió del comedor subiendo al piso principal.

* * *

El tiempo seguía sumamente pesado, y la tempestad era cada vez más amenazadora. Del seno de las amontonadas nubes se escapaba un siniestro rumor, y ni una corriente de aire, ni un soplo de brisa, atempera los ardores de la sofocante atmósfera. El ayuda de cámara del barón había colocado dos bujías sobre una de las mesas del salón, y aunque las tres ventanas estaban abiertas, la llama de las luces ascendía sin vacilar tranquila y perpendicularmente.

—Siéntate, hija mía.

La joven se dejó caer en la butaca que su padre le presentaba, y murmura con voz apenas inteligible.

—Padre mío, me siento morir.

—Hija del alma, sufres de un modo extraordinario. ¡Dios mío! Pero siempre me has dicho: Esto no es nada, padre mío, no es nada.

—Os engañaba, y quería engañarme también, porque la verdad es que sufro horriblemente.

—Pero dime de qué procede tu mal y lo que hay que hacer para curarlo. Mañana llamaré a los primeros médicos de la provincia...

—¿Para qué?, los médicos no pueden curarme.

—Veamos; sé razonable y no te impacientes. ¿Lo que sientes no es un mal pasajero que la ciencia puede destruir?

—¡Padre mío!, no me habléis de ciencia, vos sólo podéis salvarme.

—¡Yo! ¿Y cómo, Dios mío, cómo?

—Mi enfermedad está aquí —y al pronunciar estas palabras, la joven apoya la mano sobre el corazón.

—¿Qué?... ¿Qué quieres decir?

—Que mi mal reside en el corazón.

—¿En el corazón? Esther, hija mía, explícate mejor, no te comprendo...

Esther ocultó su frente en el pecho del barón, y murmura:

—¡Le amo!

¡Prodigioso y sublime misterio del afecto paternal!

El nombre de Raúl no se había pronunciado jamás entre Esther y el autor de sus días, y sin embargo, una revelación súbita lo grabó con caracteres de fuego ante los ojos del señor de Châlans, en el mismo instante en que su hija acaba de decir: ¡Le amo!

—¿A quién?, ¿al señor de Pardieu?

—Sí, padre mío.

—Pero si es un hombre despreciable...

—¡Le amo!

—Un libertino...

—¡Le amo!

—Un pródigo, lleno de deudas...

—¡Le amo!

—Un jugador... un duelista.

—¡Le amo!

—Un hombre que ha manchado su honor y a quien jamás confiaré la felicidad de tu vida.

—¡Le amo!, padre mío... y muero...

El barón se levantó, su agitación era extrema; se paseó rápidamente por el salón chocando con los ángulos de los muebles, y repitiendo en voz baja:

—¡Eso es imposible!, ¡imposible!

De pronto se detuvo. Las dos cartas dejadas por Esther encima de una mesa hirieron su vista, y en la letra de los sobres reconoció la mano fatal que ocho meses antes había trazado el anónimo que le descubriera el secreto de su hija. Se apoderó de una de ellas, y temblando rasgó el sobre y leyó rápidamente el contenido. De pronto lanzó una exclamación terrible, estrujó el misterioso billete entre sus crispados dedos, y dirigiéndose a Esther, la cogió por la muñeca y exclamó lleno de furor:

—¡Levantaos!, ¡levantaos y salid!

Esther, estupefacta, aniquilada, obedeció y dio algunos pasos vacilando.

—¡Qué infamia! —exclama entonces el señor de Châlans, cuya cabeza parecía extraviarse ante la luz que le hería. —¡Qué infamia! ¿Conque era verdad? ¡Ah, hija miserable! ¡Dios mío! ¡Cuán desdichado soy!

—Padre mío, ¿qué tenéis?, ¿qué sucede?

—¿Y osa preguntármelo? Pero escuchad... escuchad.

Y el barón, arrastrando por ambas manos a la joven, que seguía arrodillada, hasta hallarse junto a las bujías, desdobra por segunda vez el billete anónimo, y leyó en alta voz las siguientes líneas:

No habéis hecho caso, señor barón, de los avisos desinteresados de un amigo verdadero. Ahora ya es tarde. Hace cosa de ocho meses el vizconde Raúl de Pardieu ha pasado tres semanas, disfrazado de aldeano, en una cabaña próxima a vuestro castillo. Vuestra hija está perdida. Procurad unir por medio de un matrimonio a esos desdichados amantes.

—Y bien —preguntó el barón con voz entrecortada—. ¿Habéis oído?

Esther contestó con un débil sollozo, y cayó desfallecida sobre el pavimento.

—¡Un matrimonio! —repitió el señor de Châlans—; sí, es preciso que se

verifique cuanto antes. Os casaréis con ese hombre si es que aún quiere dispensaros ese favor... y después, hija maldita, os iréis con él para no volverme a ver nunca. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El barón, cubriendo su rostro con entrambas manos, ahogaba sus desgarradores sollozos.

En el exterior rugía la tormenta y el rayo iluminaba el horizonte. El señor de Châlans se sustrajo entonces a la crisis violenta de que había sido víctima durante unos momentos; cogió la otra carta, rompiendo el sobre y diciendo:

—¿Qué habrá en esta otra?... ¡Veamos!

¡Ya es demasiado tarde! Todo ha concluido, señor barón. Hace una hora que el vizconde Raúl de Pardieu ha sido muerto en desafío por uno de sus camaradas a causa de una mujerzuela de baja estofa.

El maldito papel se desprendió de las manos del señor de Châlans, y éste, rechazando violentamente a Esther que se arrastra a sus pies, exclama:

—¡Salid, salid! Prefiero arrojaros de mi casa a mataros. ¡Salid!... ¡Yo os maldigo!

La joven se levantó. Sus largos cabellos, completamente desatados, flotaban sobre su blanco traje, y su mirada era la de un fantasma. No pronunciaba una sola palabra; andaba, o mejor dicho, corría, abandonando el salón; salió del castillo y se precipitó en el campo.

La tempestad aumentaba y empezó a llover como si todas las cataratas del cielo se hubieran abierto de una vez.

Una reacción natural y prevista se operó en aquel momento en el corazón del señor de Châlans; de la cólera pasó a la piedad.

—¡Esther! ¡Esther! ¡Hija mía! ¡Hija mía!

Y se lanzó tras las huellas de su hija. ¿Pero dónde encontrarla?

Un relámpago ilumina de pronto el cielo, y mostró vagamente a lo lejos un traje blanco sobre la vertiente de una montaña.

El señor de Châlans corrió en aquella dirección.

* * *

A la noche siguiente, el barón abandonaba su castillo sin haber dado a nadie cuenta de su repentina marcha, y al cabo de algunas semanas una carta suya anunciaba que su hija Esther había muerto en el extranjero a consecuencia de una tisis pulmonar. No pudiendo salvarle la vida, le salvaba el honor por medio de una piadosa mentira. Cuando volvió al castillo iba vestido de luto, y desde entonces rara vez se le había visto sonreír.

Capítulo VIII

Hemos dejado a María de Châlans asistiendo con angélica caridad a la curación de las heridas de Morand, el carabinero. Hacía mucho tiempo que había contraído el hábito de asistir y curar a los enfermos, comprendiendo que la mujer ha sido enviada al mundo para socorrer todas las miserias y aliviar todos los sufrimientos de la humanidad. Siendo muy niña, su padre la cogía del brazo y la conducía al campo, diciéndole:

—¿Ves esta flor, hija mía? Pues contiene jugos preciosos que curan tal enfermedad; esta otra planta contiene maravillosas virtudes; la raíz de este arbusto encierra eficacísimos remedios. Mira bien esas flores y esas plantas, y recuerda los nombres de esos simples, porque más tarde, gracias a ellos, experimentarás el infinito goce de hacer bien y de ser bendecida.

María prometía seguir los consejos de su padre. Cuando la joven fue mayor, cuando su inteligencia se hubo desarrollado al par de su cuerpo, el señor de Châlans puso en sus manos libros elementales, en los que pudo aprender útiles nociones prácticas sobre las enfermedades más comunes, y sobre lo que era preciso hacer, si no para destruir el mal, a lo menos para detener su marcha y dar tiempo de llamar al facultativo.

Organizóse en el castillo una pequeña farmacia, y todas las semanas la señorita de Châlans distribuía entre los vecinos un agua excelente para los ojos, un remedio sin igual para las heridas y un unguento a cuya acción no resistían las más terribles contusiones.

No nos atreveremos a asegurar que un médico de la facultad de París hubiese aprobado sin ninguna restricción la fórmula de todas las recetas de María; pero lo cierto es que en el país se citaban numerosas curaciones debidas a los medicamentos y a las blancas manos de la preciosa hija del señor barón de Châlans.

Cuando Morand, herido, recobrando a medias el conocimiento, lanzó un profundo suspiro y entreabrió los ojos, al notar la presencia de María de Châlans, cuyas miradas estaban fijas sobre él, un gemido sordo se escapó de su garganta, según hemos dicho; un súbito temblor agitó todos sus miembros, cerró los ojos y se desvaneció de nuevo.

María, por su parte, se sintió conmovida por primera vez al cruzar su mirada con la de un hombre; faltóle el corazón y estuvo a punto de desmayarse a la vista de la sangre que manchaba sus manos. Sin embargo, aquella emoción poderosa duró poco tiempo. El herido no tardó en recobrar sus sentidos, y María, dejando un criado junto a él, se fue a su laboratorio a escoger unos simples para componer una tisana que se proponía darle, mientras se esperaba la llegada del cirujano, que habían ido a buscar a

Morteau.

El barón de Châlans había subido al salón, y suponiendo que el almuerzo se había retardado indefinidamente, estaba embebido en la lectura de un *infolio*^[5] de Dufoilloux. En aquel momento Claudio asomó la cabeza, y dijo:

—Señor barón...

—¿Qué ocurre? ¿El herido va peor?

—No sé; pero vengo a hablaros de otra cosa.

—Explícate.

—Pues bien, señor; ahí está un hombre que dice que quiere veros.

—¡Un hombre!, ¿quién es?

—El tío Maugars, el primo de Juan Luis Legoux, con el cual se casó mi prima Juana Antonia, hace dos años, y a cuya boda asistí. ¿Es necesario que entre el tío Maugars?

—Sin duda.

—Voy a buscarle.

Es conveniente explicar a nuestros lectores, para aclarar la escena que van a presenciar, que el señor de Châlans, merced a su recta y elevada inteligencia, a su instrucción, y sobre todo a la bondad de su carácter, era considerado por los aldeanos de los alrededores como una enciclopedia viviente, hombre de negocios, juez de paz sin ejercicio oficial y árbitro en todas las discusiones, así de intereses como de amor propio. El señor de Châlans, desocupado en su soledad, y deseoso de hacer bien, había aceptado este magnífico papel, que le valía en el cantón una singular influencia. Todos aquellos rústicos vecinos le profesaban un cariño y veneración sin igual. Sólo Pedro Maugars, no había acudido nunca a reclamar al barón, así que la curiosidad de éste fue mayor cuando le anunciaron la visita del contrabandista.

Al cabo de tres minutos, Pedro apareció en el salón. Habíase esmerado al vestirse, y sin duda llevaba el mejor traje que poseía. Llevaba en la mano izquierda un rebenque y un pequeño paquete, y en la derecha, su gran sombrero de paja.

—Buenos días, señor —dijo haciendo una reverencia—; ¿cómo os halláis de salud?

—Bien, y muchas gracias, amigo mío.

—¿Y la señorita, sigue bien?

—Perfectamente.

—¡Caramba!, esta joven es una verdadera hermana de la caridad, y Dios la premiará; si los jóvenes fueran enfermizos e impotentes como los viejos, ella se consideraría dichosa con poderlos curar.

El barón, que no había contestado a este natural aforismo de Pedro Maugars, se contentó con sonreír, haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Sentaos, amigo mío —dijo después de un segundo, viendo que el aldeano permanecía de pie.

Sentóse Pedro, colocó en el suelo y a su lado el sombrero, su bastón y el pequeño

paquete que llevaba envuelto en un pañuelo de indiana de grandes flores.

—¿Deseáis hablarme sin duda? —preguntó el señor de Châlans, a quien una larga experiencia con las gentes del campo le había enseñado que era indispensable encarrilarlos en el asunto de que fueran a tratar, so pena de engolfarse en interminables digresiones.

—Os diré, señor; sí, necesito hablaros, y de cosas muy interesantes para mí; todavía... creo que no rehusaréis darme un consejo, del que tengo necesidad para salir de la embrollada situación en que me hallo.

—Creéis bien; yo os daré ese consejo con todo mi corazón; pero ¿de qué se trata?

—Os lo diré, señor; pero antes quisiera saber si soy importuno en este momento, en cuyo caso volvería más tarde, cuando a vos os conviniera, en un momento en que por ejemplo...

—Estoy a vuestra disposición a cualquier hora, así que explicaos desde luego.

—Pues empiezo, señor.

—Os escucho.

—Pues señor, figuraos...

La puerta del salón se abrió de pronto, interrumpiendo la frase empezada. María entró, y exclamó sin fijarse en el aldeano:

—Padre mío, vengo muy preocupada; el herido acaba de desvanecerse de nuevo, la sangre vuelve a correr, y si el cirujano no está aquí antes de dos horas, todo habrá concluido. Yo no sé qué hacer, y tiemblo ante la idea de que ese joven se nos quede entre las manos.

Pedro Maugars se levantó al ver el aspecto de la joven, e impresionado notablemente por su prodigiosa belleza, exclamó sin dar tiempo al barón para contestar:

—Dispensadme, señorita, ¿tenéis algún herido aquí?

—Sí, señor.

—¿Será de alguna caída, o algún mal golpe quizás?

—Es un asesinato, caballero.

—¡Un asesinato! ¡Jesús! ¡Dios mío!, ¿es posible?

—Sí; el paciente es un carabinero, herido cobardemente por detrás la noche pasada a unos doscientos pasos de aquí.

—¡Vive Dios! ¡He ahí un desgraciado! —dijo pasándose la mano por la frente con aire muy preocupado, y añadió—: ¿Decís, señorita, que las heridas manan sangre de nuevo? Si queréis llevarme al sitio donde está el herido, quizás encuentre el medio de detenerla.

—Venid conmigo.

Pedro Maugars recogió su sombrero, bastón y paquete, y dirigiéndose al barón, exclamó:

—Con vuestro permiso, luego vendré y os explicaré mi asunto.

Capítulo IX

La señorita de Châlans condujo al aldeano a la sala baja donde Morand yacía desvanecido sobre los colchones, la cabeza envuelta, la boca entreabierta, los ojos vidriosos y el rostro surcado por algunas líneas de sangre que se filtraban a través de los cabellos bajo las compresas empapadas en agua que habían puesto sobre la herida.

—¡Calla! —dijo Pedro Maugars con una sangre fría admirable—; ¡calla!, ¡es Morand!

Y repitió la enérgica expresión de piedad que hemos oído ya a Claudio.

—¡Ah!, ¡pobre b!...

—¡Dios mío! —dijo María—, ¡Dios mío!, si la sangre no deja de correr, mirad que va a morir.

—No tengáis cuidado, señorita, nosotros la detendremos.

Y dirigiéndose al herido le quitó rápidamente las vendas que sujetaban las compresas, y las arrojó en medio de la habitación.

—¿Qué hacéis?

—¡Cáspita! Ya lo veis, quitar estos trapos que para nada sirven.

—Pero ¿qué hacer en tanto?, la sangre corre más. ¡Ah! ¡Dios mío!, si está peor.

—No temáis, señorita, yo respondo del éxito; dadme solamente un poco de yesca.

—Traed lo que el señor pide —dijo María dirigiéndose a Claudio que presenciaba esta escena admirado.

El criado salió y volvió al cabo de un minuto, diciendo:

—He aquí, Pedro, ¿queréis un eslabón?

—¡Imbécil!

—Gracias —dijo Claudio rascándose la oreja.

Pedro hizo un tapón de la yesca que acababan de darle, y lo sujetó fuertemente sobre la herida del cráneo, con otras vendas que María le tenía preparadas.

—Estad tranquila; entre tanto lavadle el rostro, y yo os respondo, señorita, que pronto no veréis ni una gota de sangre.

—¿Pero este buen hombre no volverá en sí? —preguntó la señorita de Châlans.

—Sí por cierto; ponedle en las narices un trapito empapado en vinagre, y veréis.

Siguió la joven esta prescripción, y efectivamente, al cabo de un minuto Morand hizo un movimiento ligero, indicio cierto de volver a la vida.

—Ya está, señorita; yo me retiro a ver al señor barón.

Pedro Maugars salió de la habitación, y María permaneció al lado del herido.

* * *

Al salir el aldeano dirigióse al salón, donde estaba el barón de Châlans, y volvió a ocupar el sitio que éste antes le había designado, y después de un corto diálogo volvió a empezar su narración en esta forma:

—Señor, tengo una mujer y dos hijos es decir... pero en fin, todo vendrá a su tiempo. He aquí lo que la noche última nos ocurrió:

Aquí narró Pedro cuanto nuestros lectores saben acerca de los acontecimientos de aquella noche.

—He aquí lo sucedido, caballero; ya sabéis tanto como yo.

—Y bien, ¿qué teméis?

—Temo inquieten de alguna manera a Marc-Henry si ha hecho la patochada de alojar, contra su voluntad, alguna bala en la cabeza de algún carabinero.

—¿Creéis eso?

—¡Caramba!, tenía el aire muy azorado el chico, y su carabina acababa de ser disparada. ¡Ah, señor no estoy muy tranquilo!

—Lo comprendo; es afrentoso ver a un hijo bajo el peso de una acusación tan grave.

—Ved, justamente lo que quería deciros para que me aconsejéis el modo de evitar una declaración a la justicia.

—¿Qué declaración?

—A propósito del muchacho.

—¿De Marc-Henry?

—Precisamente; figuraos, señor, que nada tiene que ver conmigo.

—¿Cómo? ¿No pasa por vuestro hijo? ¿No acabáis de decirme que tenéis dos hijos?

—Sí, pero ésa es la historia...

—¿Qué historia?

—La que quería relataros.

Pedro Maugars deshizo los nudos del pañuelo de indiana que envolvía el pequeño paquete que dejó a su costado con su sombrero y bastón. Sacó de él dos objetos; una gran hoja de papel, doblado en octavo, amarillenta ya, doblada por las esquinas, y en que la tinta del escrito blanqueaba ya. Enseguida sacó un pañuelo de batista, muy fino; ricamente bordado y adornado de blondas.

El barón alargó la mano para coger aquellos objetos. El contrabandista los retiró, exclamando:

—Todo a su tiempo, señor barón; ahora la historia, esto vendrá en su momento.

—Oigamos, pues, la historia.

—Hace dieciséis años... —empezó Maugars.

—¡Dieciséis años!...

Sabemos que esta sensible frase avivaba en el corazón del pobre padre los tristes recuerdos de aquella época.

—Sí señor —repitió el aldeano—; acabábamos de abandonar, después de algunos

días, la aldea de Ollioules, a ocho leguas de aquí; habíamos venido mi mujer, mi hijo Miguel y yo a establecernos en la casa en que vivimos todavía. No conocíamos a nadie en el país, ni nadie nos conocía tampoco.

»—Teníamos en esta época con nosotros a un hermano de mi mujer, joven abate salido del gran seminario; acababa de ordenarse y había venido a pasar con nosotros una semana. Hoy es cura en Saboya, y buen sacerdote, muy listo y altamente considerado por el señor obispo de Annecy. Era a fin del verano.

—¡Ah! —exclamó el barón.

—Sí, señor; en el mes de Agosto.

El señor de Châlans tembló de nuevo, y Pedro continuó:

»Hacía un calor espantoso; el cielo pesaba sobre la montaña como plomo derretido, se asaba al sol, y se sofocaba a la sombra; recuerdo que le decía a mi esposa—: ¿Sabes, Juana, que si colocaras un par de huevos en una piedra, ahí fuera, se cocerían? —A lo que ella me contestaba—: Puede ser. —La noche se echó encima, y el trueno empezó a dejarse sentir; bien pronto la tormenta estalló; pero una tormenta como no he visto otra en mi vida.

—Ni yo —exclamó el barón—; recuerdo esa tormenta.

Y dejó caer la cabeza entre sus manos, que la sujetaban convulsivamente; al mismo tiempo que algunas lágrimas rodaban entre sus dedos.

—¿No me escucháis, señor? —preguntó el aldeano, al ver estos síntomas de dolor.

—Sí, amigo, sí, os escucho; continuad.

»—La noche cada vez obscurecía más; el retumbar del trueno aumentaba de igual modo que el viento y la lluvia; ¡aquello era espantoso! Mi casa temblaba como una hoja; cada minuto nos parecía que iba a hundirse; mi mujer lloraba, el chico gritaba y yo me encontraba bastante apurado. Mi cuñado estaba separado de todos y parecía tranquilo; estaba orando. De pronto sentí en la puerta un gran gemido, seguido del ruido que produce un cuerpo al caer.

»—Voy a abrir —exclamé.

»—No, no abras —interrumpió Juana.

»—¿Por qué no?

»—Porque puede ser algún espíritu del mal, y tengo miedo.

»—No seas tonta —dije, y me dirigí hacia la puerta. Pero mi esposa, que estaba como loca, se interpuso y me impidió el paso.

»Mientras nosotros disputábamos, mi cuñado el cura había abierto, entrando en la habitación una ráfaga de viento que por poco nos deja a oscuras. Entre tanto, mi cuñado vio que había un cuerpo humano sobre el suelo, lo tomó en los brazos y le entró en la habitación, cuya puerta volvió a cerrar. Era una mujer desvanecida, muy

joven, vestida de blanco y tan mojada, que parecía la habían sacado de un río...

Después de algunos instantes el señor de Châlans parecía poseído de una sobreexcitación nerviosa. Enrojecía y palidecía alternativamente. A las últimas palabras pronunciadas por Maugars, se levantó diciendo con voz sorda:

—¿Y de esto hace dieciséis años?...

—Sí, señor; el 1804, si no recuerdo mal.

—¿Y era el mes de Agosto?

—Sí, señor; en la noche del 20 de Agosto.

—¡Era ella! ¡Dios mío! ¡Era ella!

Y un grito delirante se escapó del oprimido pecho del barón.

—¿No queréis que continúe, señor?

—Todo lo contrario; os lo pido por lo que más queráis en el mundo; amigo mío, seguid; continuad.

El contrabandista volvió a tomar la palabra.

Capítulo X

»—Esta pobre joven, era hermosa como una Virgen, pero estaba tan fría y tan rígida, que nos figuramos que estaba muerta.

—¿Y sin embargo no lo estaba? —interrumpió el barón, fijando sobre Pedro Maugars una mirada ávida y ansiosa.

»—No, no lo estaba, pero casi hubiera sido preferible. Mi mujer puso en la chimenea un grueso haz de faginas^[6] y encendió un buen fuego. Al amor de la lumbre, la joven volvió poco a poco a recobrar el conocimiento abrió los ojos y miró a su alrededor con el aire de quien no sabe en dónde se halla y que no comprende lo que le pasa, porque en realidad ella lo ignoraba. Mi mujer trató de consolarla y de hacerle tomar algo para su pronto alivio. La joven parecía que estaba loca. Hablaba sola, pero demasiado bajo para que no pudiéramos enterarnos de ello, si bien pronunciaba algunas palabras más alto, pero que no se comprendía lo que quería decir. Juana nos hizo pasar a la habitación inmediata a mi cuñado el cura y a mí, para poder desnudar y acostar a la joven. De repente oí que mi mujer me llamaba. ¡Ah! ¡Jesús, Dios mío! ¿Qué pasa? —pregunté—. Y me contestó que acababa de notar que la infeliz joven estaba encinta. Una vez que la hubo acostado fue calmándose poco a poco hasta quedarse adormecida. Bien pronto despertó y se puso a dar agudos gritos que contrastaban con el estruendo y ruido de los truenos y la lluvia.

—¡Esto es horroroso! —murmuró el barón.

—Sí, señor barón. Eran los dolores de parto que empezaban. Dos horas después, mi mujer recibió un niño que venía al mundo, pero era tan pequeño y delgadito que daba lástima. Después que la joven se tranquilizó y que Juana hubo arreglado y vestido al nato, fatigada, se quedó dormida al lado de la cama. Cuando despertó, el lecho estaba vacío... La pobre joven, que parecía estaba loca, se había levantado, y sin hacer ruido había cogido su ropa y salido descalza...

—¡Descalza! —interrumpió el señor de Châlans.

—Sí, señor, porque sus zapatos se habían quedado al lado del hogar, puestos a secar. En cuanto nos enteramos, mi mujer, mi cuñado y yo, recorrimos el campo en todas direcciones, pero fue inútil, no conseguimos nada; después...

—¿Y después?... ¿qué?

—Jamás hemos vuelto a saber de ella.

—Pero ¿y el niño? —exclamó el señor de Châlans—, ¿qué había hecho del niño?

—¡Pobrecillo!, estaba allí; dormía. Mi cuñado, el cura, le bautizó, levantó un acta de lo que acababa de pasar entre nosotros durante aquella noche, y me recomendó que guardara este papel, así como un pañuelo de bolsillo sobre el que había dos letras bordadas y que la joven había dejado caer en el lecho; pues decía mi cuñado que esto

serían pruebas en caso de reclamación por los parientes del niño. He aquí el papel y el pañuelo, señor barón.

El barón de Châlans cogió ávidamente los dos objetos que Pedro Maugars le presentó, y que esta vez los dejó tomar sin contestar. Los examinó, y sus dudas, suponiendo que las hubiera tenido, quedaron completamente disipadas. La verdad aparecía bien clara. En uno de sus ángulos llevaba las dos iniciales E. C. Eran las de su hija primogénita, de la pobre Esther de Châlans. La declaración era clara y precisa, y confirmaba hasta en sus menores detalles lo dicho por el contrabandista. El señor de Châlans movió la cabeza y murmuró de nuevo con voz anhelante:

—¿Y el niño?, ¿y el niño?

—¡Caramba!, señor, todo se dirá; el niño lo prohijamos nosotros, y lo hicimos pasar como hijo nuestro para evitar la intervención de la curia en este asunto. Queremos y hemos cuidado al pequeño como si fuera realmente nuestro. Creo que si alguno se presentara a reclamarlo, le agradecería más que lo hubiéramos tenido como hijo que no como bastardo; ¿no os parece, señor? Lo hemos criado, educado y enseñado, ni más ni menos que a nuestro hijo Miguel. Hace dieciséis años está a mi lado, anoche lo quisieron coger, bajo pretexto de haber matado a un carabinero...

Pedro Maugars se interrumpió, pero continuó vivamente:

—¿Qué os pasa, señor?, ¿qué tenéis?

En efecto; el señor de Châlans había palidecido, presa de una emoción demasiado violenta, parecía perder el conocimiento y que se hundía en su sillón.

—¿Queréis que llame, señor? ¿Que avise a la señorita?

El barón hizo un signo negativo, y al cabo de algunos instantes consiguió triunfar de la indisposición que sólo fue pasajera.

¿Y qué emoción podía ser más terrible y más legítima que la que experimentaba en aquel momento? Después de haber llorado durante tantos años la pérdida de una hija querida, en la sombra del misterio que rodeaba la desaparición, se encontraba de repente delante del recuerdo de aquella noche del 20 de Agosto, noche maldita, causa incesante de sus largos insomnios. Por primera vez, después de dieciséis años, oía hablar de Esther, y al mismo tiempo conocía los últimos sufrimientos de aquella pobre víctima y la existencia de su hijo, y la fatalidad terrible que hacía pesar sobre la cabeza de éste una acusación criminal.

A cualquier precio, el señor de Châlans quería evitar poner en conocimiento de un extraño los vínculos de sangre que le unían a Marc-Henry, porque hubiera sido revelar la mancha puesta a su nombre, por la falta, tan caramamente expiada, de Esther.

Luego ya más calmado, reanudó con el contrabandista la conversación interrumpida.

—¿Y ese joven? —preguntó el barón.

—Escondido.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

—¿Sabéis en dónde?

—¡Caramba! Sí, señor.

—¿Cuándo le habéis visto?

—No le he visto, pero Benito, el pastorcillo, lo encontró esta mañana; vino de su parte a pedirme dinero y una carabina, y me ha dicho que Marc-Henry le esperaría en Olliotes, cerca del *Cerrillo de las Cabras*.

—¿Y no teméis corra algún riesgo?

—Está bien guardado de las gentes de justicia, y sólo por casualidad podría ser hallado; los caminos son demasiado malos, y un hombre podría defenderse contra cincuenta carabineros lo menos.

Después de una larga conversación acerca de las cualidades de Marc-Henry y del profundo cariño que Pedro Maugars le profesaba, quedaron en que el señor de Châlans se hacía su protector y que quedaba el joven bajo el amparo de dicho señor.

—¿Consentís, pues, en separaros de Marc?

—¡Caramba, señor!, será un rudo golpe para mi mujer y para mí, porque le queremos tanto como a nuestro Miguel; pero como en último resultado será para su bien, haremos vuestra voluntad.

—¡Y bien, amigo mío!, no os arrepentiréis de ello, os lo aseguro; en tanto os ruego que no perdáis ni un minuto; id a buscarlo cuanto antes.

—Voy, pues, y ya vendremos a daros las gracias por tantas bondades.

Pedro Maugars abandonó el castillo y dos horas después el señor de Châlans se ponía en camino para Besançon, después de haber abrazado a María, a la que dejaba sola y profundamente sorprendida por su brusca partida.

Capítulo XI

Nos parece que ya es tiempo de dar a nuestros lectores la clave de los acontecimientos que hemos referido. Habrán adivinado ya que Marc-Henry era realmente culpable de una tentativa de asesinato, de la cual el carabinero Morand se escapó por un milagro. Fáltanos conocer los móviles que habían arrastrado al hijo de Esther a cometer este crimen.

Vamos a decir algunas palabras acerca de nuestro héroe, para conocerlo a fondo y por completo. Desde su infancia ya se distinguía Marc-Henry por su carácter bizarro y singularmente voluble. Tan pronto ruidoso y casi furioso, como meditabundo y melancólico, pasando de una tristeza sin motivo a los excesos de una loca alegría, el joven, sin embargo, daba pruebas en todas circunstancias de una precoz inteligencia a pesar de su poca edad. Enviado a la escuela con los muchachos de la aldea de Talant, consiguió bien pronto adelantarlos y vencer las dificultades de la gramática y el catecismo. No tendremos necesidad de decir que las cuatro reglas para él fueron cuestión de nada, y que asombró más de una vez a su propio maestro, por el aplomo de sus sustracciones y la maravillosa exactitud de las divisiones más complicadas.

A los once años Marc-Henry fue admitido para hacer su primera comunión, favor que llenó de orgullo el corazón de Maugars y de su mujer. El cura de Talant era un buen hombre, instruido y sin pretensiones, y tomó tal afecto por Marc-Henry, que lo hizo niño del coro y completó sus estudios elementales. Adquirió algunas nociones de historia, y conoció los grandes hombres, gloria del mundo entero y sobre todo de la Francia; tuvo a su disposición los pocos volúmenes de la modesta biblioteca de su protector. Estos libros, casi todos relativos a la teología, trataban de materias abstractas y singularmente áridas para un joven; Marc-Henry no tenía aún quince años, y sin embargo los devoraba con ardor. Uno de ellos, sobre todo *La leyenda de oro*, recopilación sobre los milagros y anécdotas de la vida de los santos, sumergía a Marc-Henry en un éxtasis profundo.

Sin una circunstancia bien frívola, quizá Marc-Henry hubiera sido una de las glorias de la Iglesia. Pero el Cielo, o el Diablo, habían decidido otra cosa. Mirando los libros de la biblioteca del presbítero, encontró nuestro joven un volumen, que era una traducción de *El arte de amar*. ¿Cómo se hallaba este libro profano entre los demás sagrados que componían la biblioteca? No podríamos explicarlo. Es probable que ni el cura lo supiera.

Marc-Henry lo leyó como todos los demás, y a partir de aquel momento, experimentó el joven un cambio completo. Los santos, los mártires y sus pomposos cortejos huyeron de sus sueños, para ser reemplazados por bellas mujeres semidesnudas, de olorosa y perfumada cabellera, abriéndole sus amorosos brazos y

ofreciéndole sus voluptuosos labios donde libar el placer. Una profunda sed de amor se apoderó de todo su ser, y fue tanto más terrible, cuanto que a la violencia de sus vagos deseos acompañaba una timidez que estaba en razón de los ardores de su alma y sentidos, pues no afirmaríamos que se atreviera a levantar los ojos sobre una mujer bonita.

Marc-Henry sufría mucho. El momento en que iba a ponerlo a prueba uno de esos amores que echan profundas raíces en un corazón, no acostumbrado a esta lucha todavía, había llegado; las consecuencias habían de ser terribles.

* * *

A diez minutos de marcha del castillo de Châlans, se halla un valle delicioso, en el que se destaca un hermosísimo oasis, en medio de las montañas que rodean todo aquel paisaje. Por el fondo de este valle corre un pequeño arroyo, casi un río, bautizado con el dulce nombre del *Lys*, en que las ondas tranquilas y puras resbalan sobre una arena blanca y fina. Las orillas estaban cubiertas de un césped florido, en el que se alzaban viejos sauces, que se reproducían en las cristalinas aguas del río, sobre las que se balanceaban.

Aquí forma el *Lys* un remanso circular de seis ocho pies de longitud por dos o tres de profundidad; formaba un baño natural que la mitológica Diana hubiera envidiado, a fin de dejarse sorprender en él por Acteón^[7].

A la caída de una hermosa tarde de verano, que precedía a los hechos que llevamos contados, Marc-Henry, viniendo de la frontera de Suiza, marchaba lentamente con su carabina a la espalda, a lo largo de las sinuosidades del *Lys*. Serían las diez de la noche.

El día había sido caluroso, la atmósfera estaba templada y cargada de perfumes. La luna brillaba pura en un cielo sin nubes. Las ranas y los grillos bajo las yerbas repetían su monótona canción. Marc-Henry, protegido por el césped que apagaba el ruido de sus pisadas, llegó muy cerca del baño descrito anteriormente. A través de la barrera formada por los sauces, oíase el murmullo de una conversación. Nuestro joven escuchó; no le quedó duda de que en el baño había dos mujeres.

Marc-Henry sentía latir su corazón con violencia; puso la carabina en el suelo, en el que apoyó el oído, después de lo cual tomó la dirección de los árboles. A medida que se aproximaba, las voces se iban percibiendo más distintamente. Por fin oyó estas palabras:

—Debéis salir del agua, señorita; se va haciendo tarde y podéis enfriaros.

—Esperad un momento, mi buena Luisa; ¡se está tan bien aquí! Este agua está templada, como si la hubiesen preparado para mí.

Marc-Henry llegó a los sauces, separó algunas ramas con precauciones infinitas, y presencié uno de esos espectáculos que dejan en la memoria y el corazón una inefable y grata impresión. En la orilla opuesta, entre dos troncos de árbol, estaba una

joven; era la camarera de la señorita de Châlans. A su lado *Guido*, el gran lebrel blanco, que ya conocemos, acostado sobre los vestidos en desorden, miraba a las estrellas con aire indiferente; el fiel animal no presumía la presencia de un extraño. En fin, en medio del baño, María de Châlans, iluminada por la luna, blanca como una estatua de mármol de Carrara, flotando por encima de su hermosa cabeza la masa de su magnífica cabellera, estaba encantadora. La fina tela de su camisa adherida a sus formas, la hacía parecer a manera de los ropajes que los artistas de Atenas ponían a sus estatuas, dejando ver el principio de su garganta virginal.

Marc-Henry sentía su cabeza perderse, y tapó sus ojos con las manos para no ver a María, que en su casta ignorancia del peligro que la amenazaba, descubría en cada uno de sus movimientos, gracias y bellezas que debían estar ocultas.

La sangre se aglomeraba en la cabeza de Marc-Henry de un modo tal, que todo lo veía rojo al rededor de sí; sus oídos le zumbaban...

Llegó un momento de éstos en que el delirio no permite razonar, y sin saber lo que hacía, dio un grito:

¿Qué iba a pasar?

En el mismo momento, la brisa de la noche volvió a refrescar. El lebrel se levantó dando un gruñido sordo, sus pelos se erizaron, sus ojos tomaron una expresión feroz, y a sus primeros murmullos sucedieron fuertes aullidos.

La señorita de Châlans dio un grito y se lanzó a la orilla, en donde su camarera la envolvió en un gran peinador. Al poco rato el perro se calmó y se volvió a echar. Los dos jóvenes creyeron sería alguna voz de alerta, y volvieron al castillo cantando un aire de los que estaban entonces en boga.

* * *

Después del primer movimiento del perro, Marc-Henry se creyó descubierto y se levantó para huir. Corría al azar, temblando a cada paso, ebrio, anhelante, poseído de un verdadero vértigo. Tenía los ojos cerrados, y apoyaba la mano derecha sobre su corazón, que palpitaba con tal violencia que parecía se le iba a saltar del pecho. El sudor corría sobre su rostro; su sangre era fuego que circulaba por sus venas; tenía siempre ante su vista la mágica aparición de la joven, medio desnuda, que acababa de ver en el río.

Cuando volvió a la razón, hallábase aún a la orilla del Lys; había recorrido dos leguas con increíble velocidad. Se desnudó, sumergiéndose en el río, esperando de este modo calmar los ardores que lo devoraban.

¡Pobre muchacho!, aun cuando se hubiera sumergido en un mar de hielo, no hubiera conseguido nada, pues el fuego, donde residía era en el corazón.

Capítulo XII

A partir de esta fecha, las costumbres de Marc-Henry sufrieron la misma metamorfosis que su alma. Pasaba casi todos los días, y algunas veces parte de las noches, en rondar los alrededores de castillo de Châlans, con la esperanza de ver en alguna ventana el dulce rostro de María.

Cuando la joven salía con su padre para dar algún paseo, o para recoger flores en el bosque, Marc-Henry la seguía de lejos y besaba ardientemente las flores sobre que ella había posado sus manos. Bien pronto a la fiebre del amor que devoraba al joven, se juntaron otros sufrimientos; de Marc-Henry se apoderaron los celos, porque vio que tenía un rival, que era el carabinero Morand.

Morand, muchacho de veinticinco o veintiséis años, pertenecía a una honrada familia del país. Dos años antes, su padre, completamente arruinado por la quiebra de un negociante de Besançon, donde había colocado su modesta fortuna, murió de tristeza, dejando por toda herencia una casita, distante una legua próximamente del castillo de Châlans, y situada un poco más acá de la frontera, en el sitio en que la longitud del Doubs separa la Suiza de la Francia. Esta casa y sus alrededores no bastaban para sostener a Morand, y se vio obligado a abrazar un estado.

La carrera para la que más vocación sentía era la militar, pero desgraciadamente había pasado de la edad para entrar en una de las escuelas especiales que conducen a un grado superior. Tenía, sin embargo, que tomar un partido, y con profundo asombro de todos los que conocían su educación y costumbres, eligió la existencia dura y peligrosa de los soldados de la aduana.

Ahora bien, tales fueron precisamente los accidentes y los peligros de esta vida, que influyeron sobre la determinación del joven. Todos los días, y particularmente por la noche, tanto en la frontera de Suiza como en los Pirineos, se nombraba cierto número de carabineros, para con su presencia poner obstáculos a la entrada de los comerciantes contrabandistas. Las noches más oscuras y más frías eran las más peligrosas, y en las que debían redoblar su celo y vigilancia, porque eran precisamente las que los contrabandistas escogían para conducir a buen fin sus mercancías. En el momento en que las tinieblas descendían del cielo, los carabineros se ponían en los caminos aislados y se diseminaban en las campiñas, teniendo cuidado, sin embargo, de reunirse en los sitios avanzados. A todo el que se acercaba le echaban el *¡quién vive!*, al que frecuentemente solían contestar con algún disparo.

Morand, que sentía por la señorita de Châlans un violento amor, había adivinado la pasión de Marc-Henry, como Marc-Henry la suya, y como consecuencia natural de esta rivalidad, los dos jóvenes, que jamás habían cruzado una palabra, se odiaban desde el fondo de su alma.

Para María, lo mismo suponía la existencia de Morand que la de Marc-Henry; el primero para ella, un carabinero, y el segundo, un paisano; es decir, dos seres que ni de cerca ni de lejos podían jugar un papel en su vida.

* * *

Cada vez que Morand venía de hacer en la montaña una de las peligrosas guardias de que ya hemos hablado, encontraba medio de detenerse cerca del castillo de Châlans. Esto le era tanto más fácil, cuanto que el valle del Lys, que ya conocemos, y que estaba en los dominios del barón, era uno de los pasos predilectos de los contrabandistas. Allí, cumpliendo rigurosamente las exigencias de su consigna, era feliz al sentirse más cerca de la joven a quien tanto amaba, y por la seguridad de la cual le parecía que velaba. También con frecuencia Marc-Henry, sus largas horas de insomnio, las pasaba al pie de los viejos muros del castillo que habitaba la joven que le había inspirado un amor que él creía sin esperanza, dada la humilde posición en que pensaba que había nacido.

Recordarán nuestros lectores la brusca partida de Marc-Henry, la noche que salió con su padre y con Miguel, so pretexto de no poder seguir el paso de éstos. He aquí la verdad de lo que le pasó al joven. Poseído de una especie de superstición, no quiso ir a la expedición a la cual partía, sin decir adiós a los viejos muros que protegían el sueño de María. Se dirigió rápidamente hacia el castillo. Ya estaba cerca de las piedras que limitaban el edificio, cuando a unos veinte pasos de él sintió ruido y una voz le gritó:

—¿Quién vive?

Marc-Henry preparó su carabina y no contestó. Un hombre salió de las matas y repitió:

—¿Quién vive? Responded o hago fuego.

En aquel momento un débil rayo de luna atravesó por entre dos nubes, iluminando la escena. Marc-Henry reconoció a Morand. Un golpe de sangre le subió del corazón a la cabeza y turbó su razón; echóse la carabina a la cara e hizo fuego. Morand cayó, sin pronunciar palabra.

Todo esto pasó en menos tiempo del que hemos necesitado para relatarlo.

Marc-Henry huyó: maquinalmente tomó la dirección de la casa de Pedro Maugars; sabemos en qué circunstancia llegó allí, y cómo escapó de entre las manos de los carabineros.

Capítulo XIII

Al mismo tiempo que Pedro Maugars tomaba el camino de Ollioles, el barón de Châlans se dirigía a Besançon, como ya hemos dicho, y María quedaba sola en el castillo con los criados y con Morand, el carabinero herido.

Al día siguiente de la partida del señor de Châlans, a cosa del mediodía, María fue al cuarto bajo, abrió con precaución la puerta de la sala en que reposaba el enfermo, y entró de puntillas en la habitación.

El cirujano, venido de Morteau, aprobó los primeros cuidados de la joven, y los medicamentos puestos en obra por Pedro Maugars para detener la sangre. La herida estaba fuera de peligro, y la curación sería pronta.

La señorita de Châlans entró en la habitación sin hacer ruido. Morand dormía todavía, pero su sueño era febril y agitado. Por momentos una contracción dolorosa hacía estremecer sus músculos: la pupila de sus ojos temblaba bajo sus párpados cerrados, y sus labios se agitaban como para pronunciar algunas palabras, pero sin articularlas distintamente.

María dirigió a Morand una mirada llena de interés y ansiedad. El pecho del joven se agitaba de una manera violenta, sus labios se entreabieron y esta vez murmuró distintamente estas palabras:

—¡María!... ¡María!...

La señorita de Châlans no pudo retener un débil grito. Morand despertó; miró a su alrededor de un modo vago e incierto; pero cuando sus ojos se detuvieron sobre la joven, la expresión de su bondadoso rostro se reavivó, se puso la mano delante de sus párpados como para aislarse del mundo exterior, y dijo con pasión:

—¡Oh!, ¡querido sueño!... ¡sí, sueño todavía!...

Y sus ojos volvieron a cerrarse y parecía absorto en un éxtasis contemplativo. El silencio que siguió fue para la señorita de Châlans tan embarazoso y pesado, que se decidió a ser la primera, en romperlo, preguntando con voz entrecortada:

—¿Sufrís mucho?

Al sonido de esta voz, el herido se conmovió como si le hubieran sometido a la corriente de una máquina eléctrica; despertóse bruscamente, se apoyó sobre el codo, y dijo con el acento de un hombre medio adormecido aún y en el que las ideas son confusas todavía:

—¿Quién va?... ¿quién me habla?... ¿qué me quieren?

—Soy yo, amigo mio; soy yo, que viendo que estáis sumamente agitado os pregunto si sufrís todavía.

—¡Oh!, perdonadme, señorita, os pido perdón mil veces. Hace un instante os veía; yo dormía, soñaba, y cuando os he visto cerca de mí, cuando me habéis hablado,

he creído que la realidad era sólo continuación de mi sueño... Dispensadme, os lo ruego; mi pobre cabeza está débil... muy débil...

—Espero, sin embargo, que vuestra herida no será, tan dolorosa...

—¡No, señorita... lejos de eso! Gracias a vos, gracias a vuestros buenos cuidados, ya estoy tan bien como posible es; ya estoy mejor, cien veces mejor de lo que podía esperar... ¡Cómo, Dios mío, podré pagaros lo que estáis haciendo por mí! Por mí, tan humilde, tan pobre, tan desconocido...

—¿Pagarme?, ¿y por qué?, no hago más que cumplir con un deber sagrado, cual es el de ayudar a los que sufren: lo que hago por vos, lo haría por todo el mundo...

Una expresión de profundo sufrimiento se pintó en el rostro de Morand, que balbuceó...

—Es verdad, señorita... os agraviaba... perdonadme de nuevo...

—Pero ¿qué queréis decir?

La emoción de María no podía dejar de observarla el herido, que tenía fija sobre ella una mirada que la turbó. Para cortar una situación tan difícil, dijo al cabo de un instante:

—Os voy a traer una tisana; no os neguéis a tomarla, os lo ruego, pues el doctor ha encargado que se os dé una taza cada hora... Y como he sido vuestro primer médico, mi amor propio exige que todas las prescripciones se cumplan al pie de la letra, a fin de que la curación sea pronta y me haga honor.

María salió entonces de la sala baja, sin esperar la respuesta de Morand; dio algunas órdenes a Claudio, y subió a su habitación, en la que se encerró pasando el cerrojo.

¿Qué iba a hacer? Asomóse a la ventana, y apoyada en la balaustrada, estuvo dos largas horas, inmóvil y con la mirada fija en el sitio en que por primera vez había visto a Morand, y fuese ilusión o realidad, creía distinguir aún manchas rojas sobre aquella yerba.

* * *

A la mañana siguiente, bastante temprano, la camarera de la señorita de Châlans vino a prevenirla que Claudio deseaba hablarla.

—Bien, que entre —respondió María.

Claudio entró con la gorra en la mano.

—¡Caramba!, parece que no se encuentra bien aquí.

—¿Quién?

—El carabinero...

—¿Habláis del enfermo? —preguntó María, sufriendo sin darse cuenta de ello, al oír a Claudio servirse de una expresión de menosprecio para designar a Morand.

—¿Pues de quién queréis que os hable, señorita? ¿Qué carabinero hay entre nosotros? Al menos no conozco otro.

—En fin; ¿qué os hace suponer que ese joven no se encuentra bien aquí?

—Pues, señorita, porque se quiere ir...

—¡Estáis loco, Claudio!

—No lo creo, señorita.

—Explicaos, os lo ruego.

—He aquí la cuestión; cada hora entraba a ver a Morand para darle una taza de caldo. Cada vez creía encontrarle más tranquilo en la cama, pero nada hacía por cuidarse, como hubiera hecho yo en su lugar, aunque Dios me preserve...

—¿Y qué?

—Pues bien; lo encontró una de las veces, medio levantado, y tan pálido... tan pálido... que hubiera dicho que se encontraba muy mal.

—¿Qué tenéis? —le dije—, ¿qué vais a hacer?

—Pues ya lo veis, me voy.

—¿Os vais?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque es preciso.

—Pero solo no os podéis marchar.

—Más hace el que quiere que el que puede.

—¡Ah!, no; y la prueba es que yo quisiera tener cien escudos, y no los tengo.

—Participaréis mi partida a la señorita María —añadió Morand, sin responderme—, y que estoy muy agradecido, muy...

—Ya no pronunció otra palabra; supongo que querría decir que os agradecía las tisanas y compresas... Y quiso ponerse de pie para salir, pero las piernas le flaquearon. Después de alguna resistencia —continuó Claudio—, y de dimes y diretes, he conseguido que se quedara en la cama, ¿he hecho bien?

—Sí, amigo mio —respondió María, que no pudo escuchar esta narración sin conmoverse profundamente.

—¿Es preciso que le diga a Morand que vais a ir?

—No, ya voy yo.

En efecto, María descendió inmediatamente con Claudio a la habitación del enfermo. La señorita de Châlans, estaba muy pálida y un círculo azul que rodeaba sus ojos atestiguaba una noche de insomnio.

Capítulo XIV

Claudio abrió la puerta, que tenía puesta la llave, y la señorita de Châlans entró. Morand, completamente vestido, estaba medio acostado sobre la cama en desorden. Al entrar María, hizo un esfuerzo para levantarse, y la joven pudo convencerse de que Claudio no había exagerado ni la palidez, ni la debilidad del enfermo. Un tinte lívido cubría su rostro, y toda su vida parecía estar reconcentrada en su mirada que brillaba de una manera singular.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó María yendo hasta la cama con paso firme y rápido—, ¿pero estáis demente? ¿Queréis moriros?

Morand bajó la cabeza y no contestó.

—Os habéis levantado, débil como estáis y os levantáis solo, sin ayuda... ¡es un desatino! ¿Tenéis fiebre y deliráis?

Morand movió la cabeza, con aire negativo. La señorita de Châlans, con el casto abandono de una hermana de la caridad, se acercó al joven, y con dos dedos, le tomó el pulso al enfermo.

—No —repitió después de haber interrogado el pulso y sin notar el ardiente color rojo que había invadido el rostro del herido—; no, tenéis calentura, y las pulsaciones son apenas perceptibles. No comprendo lo que queréis hacer... ¿Pero no tenéis ni madre, ni familia, ni amigos? ¿No tenéis a nadie en el mundo que os ame, que no queréis vivir?

—Nadie... —murmuró Morand.

—Y Dios, señor, ¿no lo contáis? ¡Dios que os protege, y jugáis así con la existencia que habéis recibido de él!... Si os hubierais marchado en el estado en que os encontráis, hubierais caído sin conocimiento en el camino, antes de dar cien pasos...

—Creo que exageráis, señorita —respondió el herido con voz débil—; tengo algunas fuerzas todavía, y hubiera podido marchar...

—¿Lo creéis así?

—Sí, señorita.

—¡Bien! Os voy a probar lo contrario.

—¿De qué modo?

—El cielo es puro, el aire dulce y templado, el sol carece de ardor; vais a venir conmigo al jardín durante cinco minutos, y ya veréis cómo no podéis marchar sólo hasta el muro que lo rodea, sin tener necesidad de apoyaros.

—Estoy a vuestra disposición.

—¿Es necesario que os acompañe, señorita? —exclamó Claudio, que había presenciado la escena anterior.

—No, no es preciso: quedaos aquí y poned en orden este cuarto, que tiene gran necesidad de ello.

Morand, que después de haber llegado María, había quedado sentado en el borde de la cama, hizo un nuevo esfuerzo y se puso en pie para seguir a la joven, con paso desigual y vacilante; María, que le precedía, repetía de cuando en cuando:

—Más despacio, amigo mío, más despacio; no os apresuréis... ¿Veis cómo estáis bastante débil?...

Llegaron al jardín y atravesaron en toda su longitud un paseo de manzanos; pero apenas habían dado algunos pasos, el aire produjo sobre Morand un efecto imprevisto, parecido al resultado de una completa embriaguez; los árboles y muros le parecía que daban vueltas alrededor de él, sus piernas flaqueaban, su palidez parecía aumentar por momentos, y hubiera caído al suelo si María no se hubiera apresurado a sostenerle.

—¿Veis? —le dijo al cabo de un instante—, ¿veis cómo era una temeridad querer partir así?... ¿Veis a qué se reducen las fuerzas en que fiabais? No habéis dado veinte pasos y ya os encontráis mal.

Esta pequeña crisis fue pasajera, y el herido volvió en sí para continuar su lento paso apoyado en María. La joven sentía temblar el brazo que se apoyaba en el suyo, y no pudo impedir preguntarle:

—¿Tenéis frío?

—No —respondió Morand—, ¡oh, no!

Sorprendida por el acento exaltado con que fueron pronunciadas estas palabras, la joven miró a su compañero. Un tinte de fuego había reemplazado de nuevo la palidez de sus facciones.

—¡He aquí la fiebre que vuelve! —¿Queréis entrar en casa?

—Esperad un instante, os lo ruego, señorita. Este aire me hace mucho bien.

—Nos quedaremos hasta que gustéis; únicamente tengo miedo de que la fatiga aumente vuestra enfermedad. Vamos, apoyaos muy fuerte y paseemos más despacio.

Repetimos que el aire era tibio; una ligera brisa impregnada de suaves aromas jugaba con los cabellos de María, cuyo perfume llegaba hasta los labios de Morand. Una emoción terrible dominaba a éste, y su mirada desconcertada reproducía las gigantescas empresas y peripecias de una lucha interior. De repente su brazo se desprendió bruscamente del de la joven; dio tres o cuatro pasos sin sostenerse, como para ensayar sus fuerzas, y se separaba de María, que le llamaba con ansiedad.

—¿Qué hacéis?, ¿a dónde vais?

—Quiero suplicaros una cosa, señorita; una súplica que encontraréis bien extraña... y lo es, en efecto... así, en nombre de lo que tengáis más querido... en nombre del recuerdo de vuestra madre, que está en el Cielo, os suplico que no pongáis ningún inconveniente a la causa que me obliga a pedíroslo.

—¿De qué se trata? ¡Dios mío, me dais miedo!...

—A todas horas quería marchar... vos me lo habéis impedido, señorita... si no

fuera por eso, estaría ya lejos de aquí... Mi debilidad es grande, verdad es... mis fuerzas hacen traición a mi voluntad... y sin embargo, es preciso que parta... es necesario, creedlo. Dadme algún criado en quien apoyarme... un carruaje que me lleve... lo que queráis... lo que podáis... pero que sea pronto... que sea enseguida... Me habéis recogido, me habéis cuidado como un ángel, como una santa... a todos estos beneficios juntad uno más... haced que deje vuestro techo, bajo el cual no querría haber reposado mi cabeza...

—Vuestra voluntad será cumplida —respondió la joven, que procuraba conservar la apariencia de una calma digna, aunque una secreta angustia desgarraba sordamente su corazón, y cada una de las palabras de Morand hizo en ella una herida sangrienta y dolorosa—; vuestra voluntad será cumplida, pero antes respondedme a una pregunta, a una sola: mi padre os la dirigirá, y yo en su nombre os la dirijo: ¿Habéis llegado a esta casa bajo un techo que no creíais hospitalario? Esta prisa, ofensiva para nosotros, debe tener algún motivo grave; este motivo, decídmelo.

—¿Queréis que hable?, ¿lo queréis, señorita?...

—Sí, lo quiero.

—Pero enseguida... ¡oh!, enseguida... vos no apresuráis solamente mi partida... señorita... vos me escucharéis...

—Os atiendo.

—Obedezco... ¡Dios mío! ¿Cómo os lo diré?, no me atrevo... puesto que vos lo queréis... ¡Escuchad, escuchad, pues!... Después de largo tiempo... después de un día que os vi por primera vez... os amé, os amo como un insensato, y ya comprendéis que tan cerca de vos las fuerzas humanas no podrían sufrir el guardar mi secreto... ésta es la causa, señorita... porque quería... porque debía partir.

María había escuchado con los ojos bajos, y el rostro rojo de un delicioso rubor. La alegría y el pudor se disputaban su alma. Aquélla quería ser franca, y éste demostrar a Morand una cólera que estaba lejos de sentir; aquélla quería tenderle la mano y murmurar estas palabras que se le salían del corazón:

—¡Yo también! ¡Yo también os amo!

El pudor fue victorioso. María no pronunció ni una palabra: dio algunos pasos con resolución para alejarse del joven y volver al castillo. Pero más fuerte que el amor, más que el pudor, hubo otro sentimiento: la piedad, que la hizo detenerse.

—¡Solo! —se dijo María— qué va a ser de él.

Volvió a medias la cabeza. El enfermo, con la frente vendada, temblaba como una flor agitada por la brisa. Un segundo más y su cuerpo hubiera caído inanimado al suelo.

María, se lanzó a él y lo sostuvo por un brazo, ofreciéndole el suyo para que se apoyara, y murmuró sin darse cuenta de ello:

—¡No partiréis! ¡No partiréis!

Un resplandor de alegría brilló en los ojos de Morand, que respondió a estas palabras con un grito de placer, y en que sus labios ardientes buscaron los de María,

que se estremecieron bajo su beso.

En este momento, otro grito, grito ronco y sordo, resonó a veinte pasos de los jóvenes, detrás de los muros del jardín. Luego se oyó el ruido seco y metálico que producía el gatillo de un fusil al amartillarse. A este ruido siguió una detonación. María y el carabinero se volvieron bruscamente; pero sólo vieron una ligera nube de azulado humo cuyas espirales disipó el aire.

—Volvamos —dijo María—, volvamos a casa, que tengo miedo.

Y arrastró a Morand en la dirección del castillo.

Capítulo XV

En el momento en que la joven y el herido entraban en el vestíbulo, encontraron uno de los personajes de esta historia, que se adelantó hacia ellos teniendo en una mano su largo bastón y en la otra su gran sombrero de paja.

Este personaje era Pedro Maugars.

—Buenos días, señorita —dijo—, ¿cómo estáis?

—Bien, muchas gracias, caballero —respondió María, trémula aún por lo que le acababa de pasar.

—¡Tanto mejor! —dijo el contrabandista, y después añadió dirigiéndose a Morand—: La herida parece que va mejor, bien se os conoce, aunque un poco paliducho, y gracias que para conteneros la sangre que brotaba de la herida, os apliqué una compresa de yesca. ¡Oh!, la yesca es un gran remedio.

—Ya sé que habéis empleado este remedio para mí y os doy las gracias —respondió el carabinero, en un tono bastante frío.

Morand sentía por el que creía el padre de Marc-Henry una repulsión involuntaria cuya causa es conocida de nuestros lectores.

—Decía, pues, señorita —prosiguió Maugars—, que venía a fin de ver al señor barón, a quien he de hablar de cosas referentes... pero me han dicho que no había vuelto todavía...

—En efecto...

—¿Sabéis cuando vendrá, señorita?

—No... al menos no lo sé de un modo positivo; sin embargo, creo de todo punto imposible que no llegue hoy.

—Bien, señorita; con vuestro permiso, le esperaré en la cocina fumando una pipa.

—Como queráis; la casa de mi padre está a la disposición de todos los que le necesitan.

—¡Ah!, ¡verdad es que ésta es la casa de Dios! Vos merecéis ser muy feliz y dichosa, y lo seréis, tan verdad como que yo soy un buen hombre y Morand un buen muchacho. Vamos, señorita, hasta luego.

Pedro Maugars entró en la cocina, la que envolvió bien pronto en una espesa nube de humo.

María de Châlans dejó al herido en la puerta de la sala baja, para subir a su habitación rápidamente, en la cual se encerró como la víspera, para vivir de nuevo sola con su pensamiento.

Dos horas después, el barón llegaba de Besançon y se podía descubrir un sentimiento casi jovial sobre su rostro ajado por los años y los sufrimientos.

La antevíspera, al dejar el castillo, Pedro Maugars había vuelto a su casa, para

prevenir a su mujer que se iba a ausentar, y para buscar un par de zapatos fuertes y de resistencia con buenos clavos, porque tenía que alejarse cerca de ocho leguas de la aldea de los Brennets a Ollioles, y los caminos son malos. Después, colgándose del costado por medio de una correa una calabaza llena de aguardiente, y llevando por toda arma un sólido bastón de haya con contera de hierro, emprendió su marcha a través de la campiña. No había andado media legua, cuando volviendo la cabeza maquinalmente percibió a la izquierda un carabinero que marchaba en la misma dirección que él a una distancia de tres o cuatrocientos pasos aproximadamente. Esto le preocupó poco y continuó su camino volviéndose de cuando en cuando; el carabinero conservaba militarmente su distancia, pero como los caminos reales y los senderos son para todo el mundo, y pudiera ser que aquel hombre tuviera que hacer por allí; no tuvo nada que decir.

Al cabo de hora y media se oyó un silbido sordo y violento por el lado izquierdo en la dirección del carabinero. Pedro Maugars, puesto en guardia, miró a su alrededor con la sagacidad propia de los cazadores y de los contrabandistas, y vio a otro carabinero salir como por encanto de un chaparro, en el que estaba emboscado, cambiar algunas palabras con el primero que volvió sobre sus talones, y repasó el camino de los Brennets.

Para ganar Ollioles, Pedro Maugars debía ir desde el lugar en que se hallaba casi directamente, pues sólo tenía que oblicuar ligeramente a la izquierda. Desde que notó que iba espiado, cambió de dirección y volvió a la derecha a fin de alejarse cada vez más de su objetivo. De este modo, y siempre seguido por carabineros que se relevaban de distancia en distancia, recorrió cerca de cinco leguas y llegó a la aldea de Laroque, en la que su profesión de contrabandista le había proporcionado numerosos conocimientos. Entró en la casa de uno de sus clientes y salió al poco rato para dirigirse, con su huésped, hacia la taberna de la aldea; se mandaron servir un jarro de vino y se sentaron en una mesa; al cabo de cinco minutos, un carabinero vestido de buhonero, hizo su entrada silenciosa, y se puso a beber solitariamente en un rincón.

La velada entera se pasó en frecuentes libaciones, y cuando la noche hubo cerrado, Pedro Maugars, cuya cabeza era sólida, no se movía sin dar a sus piernas una apariencia titubeante, y acudió a sostenerlo su improvisado huésped, con el cual salió divagando como un hombre ebrio. Retiróse con su huésped y se acostó en un pajar. Un poco antes de la medianoche dejó clandestinamente su cama rústica; sin despertar a nadie salió al patio, escaló el muro que le rodeaba, y asegurado de que nadie le seguía ganó el campo con apresurado paso.

Media hora después se hallaba en el bosque, pasó el resto de la noche en una cabaña abandonada, y en cuanto apuntó el alba se puso en marcha, tomando la dirección de Ollioles, a donde llegó al medio día. Descansó de su jornada en casa de un amigo, que le ocultó hasta la noche, en que se puso en camino para el *Cerrillo de las Cabras*, que sólo distaba media legua.

El *Cerrillo de las Cabras*, era un sitio más siniestro y espantoso de lo que imaginarse puede. Figurémonos en medio de un desolado campo, cortado por negros barrancos y pedruscos de granito de cortantes ángulos; figurémonos una colina formada de rocas enormes, acumuladas unas sobre otras, y un desorden gigantesco, pareciendo amenazar con un hundimiento inmediato al atrevido que se aventurase a ir demasiado cerca de aquella gigantesca colina.

Esta eminencia estaba minada en su base por profundas cuevas que durante la noche daban salida a manadas de lobos. Dos o tres grutas tan sólo conocidas por los contrabandistas montañeses, y cuya entrada estaba muy oculta, ofrecían en el *Cerrillo de las Cabras* asilos impenetrables.

Pedro Maugars llegó al límite del monte y se echó en el suelo para escuchar durante algunos segundos; y no percibiendo ruido alguno, quedó satisfecho, se levantó, puso sus manos alrededor de la boca a guisa de bocina, y dio las voces en forma de prolongado y dulce canto, y que ortografiadas, podríamos poner así:

—Cú cú... cú... cú... Cú cú... cú... cú...

Este canto tan débil en la apariencia, vagó por el espacio, como el grito del cucú, del que era reproducción exacta.

Al cabo de un minuto un grito parecido salió de las entrañas del *Cerrillo de las Cabras*.

—¡Ohé!... ¡eh! —dijo entonces Pedro Maugars, pronunciando a media voz estas palabras—: ¡eh!, ¡eh!, ¡hijo mío!

—¡Ohé!, ¡hé! —respondió una voz.

Luego se oyó un ruido de ramas que crujían bajo la planta de un pie; un minuto después Marc-Henry se arrojó en los brazos de Maugars que recogía esta caricia filial con un rudo y franco apretón.

—¡Cómo, padre mío!, ¡vos aquí!

—¡Caramba!, ¡sí, vive Dios! No sabes la pena que he tenido...

—¿Os ha pasado algo en el camino?

—Durante cuatro leguas lo menos, he venido seguido por los carabineros.

—¿Qué os obliga a venir a buscarme?

—Graciosos sucesos.

—¿Qué hay de nuevo?

—Creo que mucho; figúrate hijo mío... Pero ante todo, dime; ¿quién te trae de comer?

—El hijo del tío Cabasset.

—¡Buen muchacho! ¿Tienes frío en tu escondite?

—¡Pchs!, un poquillo.

—¿Tendrás aguardiente al menos?

—No.

—Aquí tengo yo; toma un sorbo, que te hará provecho.

Marc-Henry tomó la calabaza y bebió de su contenido.

—Decíais que había algo de nuevo; decídmelo enseguida; ¿qué es lo que pasa, padre mío?

—Lo vas a saber... cuando hayas respondido la verdad a lo que te voy a preguntar... ¿Dirás la verdad?

—Sin duda; ¿de qué se trata?

—De esto: ¿es cierto, sí o no, que has herido a Morand cerca del castillo hace dos noches?

—Sí.

—¡Bueno!, dudaba; y he ahí lo que quería saber; ahora escucha. A la mañana siguiente de esto, después de haber venido Benito, el pastor, a buscar tu carabina y a decirme dónde estabas, me fui a ver al señor barón para pedirle consejo de lo que debía hacer; apenas había empezado a explicar el asunto, cuando llegó la señorita...

—¡Habéis visto a la señorita de Châlans! —interrumpió Marc-Henry con un acento imposible de explicar.

—¡Ya lo creo que la he visto!, estaba tan bella como el sol, y reclamaba socorro para el herido que se encontraba bastante mal... ¡Buena hija!, ¡es la caridad personificada!

—¡El herido!... ¡el herido decís!... ¿qué herido, padre mío?

—¡Pardiez! Morand.

—¡Morand en el castillo! —exclamó Marc-Henry.

—Sí; y la señorita le ha curado y le cuida.

—¡Morand en el castillo! ¡Morand cerca de ella! —murmuró el joven con voz sorda.

—Escapó de un grave peligro; ¡está tranquilo! Pero no es esto lo importante; figúrate...

Y Pedro Maugars continuó su relato, del que debemos decir que guardó las recomendaciones hechas por el barón de Châlans, sin revelar a Marc-Henry que él sabía el secreto de su nacimiento. Pero Marc-Henry no le escuchaba; la imagen de María al lado de su rival, de María inclinada sobre el lecho del enfermo; éste, tocando sus blancas manos, hablándola, respirando su aliento; aquella imagen pasaba como una visión terrible, que le hacía temblar de cólera y celos.

—¿Has comprendido? —replicó Maugars.

—Sí, padre mío, sí.

—Pues bien; si después que me marche veo que puedes ir por allá, te lo enviaré a decir con Benito, ¿comprendes?

—Sí, padre mío.

—Vamos, hasta la vista, hijo mío.

—Hasta la vista, padre, hasta la vista.

Maugars estrechó cordialmente la mano del hijo de Esther, y se alejó cantando.

Durante un instante, Marc-Henry quedó pensativo, inmóvil, con la cabeza baja y la frente contraída; luego dio un grito sordo, atravesó entre los matorrales, y con la

ligereza de un gamo salvó las escabrosidades de las rocas, cogió la carabina que había dejado en la gruta, y descendiendo de la colina de una manera impetuosa, salió de ella protegido por las tinieblas. Anduvo toda la noche, y a la mañana siguiente llegó consumido de fatiga cerca del castillo de Châlans, sin haber encontrado a nadie; su cabeza pálida asomó por encima de la muralla que rodeaba el jardín en el momento preciso en que Morand y la joven se unían en un apasionado beso. Ante este espectáculo, exaltado hasta la locura por el furor de la venganza, hija terrible de los celos, Marc-Henry amartilló su carabina, apuntó a su rival y apretó el disparador; pero la pólvora estaba húmeda y el fulminante se inflamó solo.

Por esta vez, Morand se había salvado. Marc-Henry huyó hacia la casa de Maugars.

Juana y Miguel estaban ausentes y la puerta cerrada. Rompió un cristal, abrió la ventana, saltó al interior, y se acurrucó en un rincón oscuro, en el que dejó caer su cabeza entre las manos, rompiendo a llorar.

Estas lágrimas le consolaron algo.

Capítulo XVI

Cinco minutos después de su llegada, el señor de Châlans preguntó a Claudio si Pedro Maugars estaba en el castillo, y ante la respuesta afirmativa del doméstico, el barón dio orden de que pasara inmediatamente.

—Buenos días, señor —dijo Pedro, entrando en el salón—; ¿habéis llevado buen viaje?

—Sí, amigo mío; ¿habéis visto a Marc-Henry?

—Esta noche.

—¿En dónde?

—En el *Cerrillo de las Cabras*.

—¡Alabado sea Dios! Creí que el muchacho hubiera sido cogido por cometer alguna imprudencia.

—No hay cuidado; ¡el chico es listo!

—Hubiera sido tanto más de sentir porque traigo una orden para que cese toda persecución contra él.

—¿Habéis obtenido eso? ¿Será posible? —exclamó Maugars asombrado.

—La he obtenido, pero no sin trabajo, os lo aseguro. Tuve que invocar el recuerdo de la amistad de la infancia que me ligaba al Procurador general, y afirmar bajo juramento que el joven comprometido por desdichadas, pero falsas apariencias, es completamente inocente del crimen que se le imputa, y añadir que yo tenía todas las pruebas materiales de su inocencia.

—No habéis perdido nada con jurar; el joven no es culpable.

—¡Tanto mejor; cien veces mejor!

—¿Qué es preciso hacer ahora?

—Enviad a uno a Marc-Henry para prevenirle que puede volver.

—¿Y después?

—Una vez de vuelta, hacedle reflexiones acerca de la proposición que os he hecho, y decidle que tiene dos días de término para decidirse. Luego haré completar su educación, le haré estudiar y le daré los medios de crearse para el porvenir una existencia feliz y honrosa...

—Dios os lo premiará —exclamó Maugars—; ¡va a ser feliz!, ¡pobre joven!... Hasta la vista, señor barón; voy a avisar a Benito el pastor para que vaya al *Cerrillo de las Cabras*, y Marc estará aquí mañana.

Pedro Maugars saludó y salió del castillo.

Júzguese de su asombro cuando al llegar a su casa se encontró con Marc-Henry, cuya presencia le parecía tan extraordinaria, que en el primer momento no daba crédito a sus ojos. Sin embargo, ante la realidad, pronto se convenció. En pocas

palabras puso al corriente a Marc de su nueva situación, y la certidumbre de que en breves horas viviría bajo el mismo techo que la señorita de Châlans, hizo que Marc-Henry no pudiera impedir el resplandor de alegría que iluminó su mirada.

—¡Partamos, padre mío! —dijo con voz conmovida—; partamos al instante.

—¡Qué dices, muchacho! —replicó rudamente Maugars—, ¿no te inquietas por abrazar a tu madre y a tu hermano Miguel?

El joven comprendió la enérgica justicia de este reproche y bajó la cabeza sin responder.

Aquella noche, Marc-Henry fue presentado en el castillo por Maugars. La entrevista del barón y del joven fue fría; el aire de ambos era embarazoso. El señor de Châlans, temiendo dejar leer sobre su rostro las emociones violentas que le causaba la vista del hijo de su pobre Esther, se veía precisado a encubrirse con una máscara impenetrable. Encontraba en los rasgos de Marc-Henry, todos los de su querida hija; tenía su misma frente, pura y elevada, sus mismos ojos, la misma mirada; solamente sus pupilas eran más sombrías y sus cabellos de un color más subido.

La entrevista fue corta. Se decidió de común acuerdo que dentro de dos días Marc-Henry vendría a instalarse en el castillo, en el que permanecería hasta que el señor de Châlans lo enviase a Besançon para regularizar y terminar sus estudios.

Al día siguiente, Morand, al saber la venida de Marc-Henry al castillo, quiso de nuevo partir y lo pidió con tanta insistencia y energía, que fuerza fue ceder a su deseo, so pena de empeorar gravemente su estado, que entonces era mucho menos satisfactorio que la víspera. En una camilla fue transportado hasta la enfermería de la aduana de los Brennets.

Una hora después de su partida llegó Marc-Henry. La señorita de Châlans permaneció todo el día encerrada en su habitación; su pálido rostro, sus cabellos en desorden, su cabeza apoyada en las almohadas de su cama que bañaba en lágrimas, indicaban un sufrimiento muy grande.

Hay familias en que el amor es funesto; una de éstas era la de Châlans.

No diremos lo que sufrió Marc los primeros días de su estancia en el castillo. Su timidez, al lado de la mujer amada, aumentó de tal modo que parecía haberse convertido en una parálisis moral, la cual comprimía violentamente su pensamiento y suprimiendo casi el uso de la palabra, dando al pobre joven el triste aspecto de un verdadero idiota.

Una tarde oyó a María, a la dulce y caritativa María, decir al señor de Châlans esta expresión, que se incrustó en su cerebro como un clavo de hierro rojo.

—¿Por qué, padre mío, habéis traído entre nosotros a ese joven salvaje, a quien Dios parece haber dado la forma de un hombre?

El señor de Châlans no contestó.

Conocemos a Marc, y excusamos hablar del efecto que esto le produciría; sentíase preso de vértigos insensatos; quería morir. Hubo momento tan penoso que en algún rincón oscuro quería pegarse un pistoletazo, o de una puñalada abrirse el pecho y

tomando el corazón echarlo sangrando sobre el blanco vestido de María. Algunas veces, pensaba contraer un pacto con el Diablo al que ofrecería su alma a cambio de una hora de placer en los brazos de María. Otras, pensaba poner fuego al castillo de Châlans, y entrar durante el incendio en el cuarto de la joven y poseerla por la fuerza. Soñaba en matarla y poseerla muerta, si en vida no podía. Sufría muy a menudo, en sus largos insomnios, terribles crisis histéricas, que secaban la sangre de sus venas y retorcían sus músculos como un sarmiento arrojado al fuego.

Estas crisis terminaban de ordinario con abundantes lágrimas que lo consolaban por el momento. El amor de los sentidos, veneno lento y sutil, le mataba poco a poco, sí, pero le mataba seguramente.

* * *

Una mañana, Claudio al llegar de los Brennets, anunció a María que la convalecencia de Morand era un hecho; que la víspera había salido de la enfermería de la aduana para ir a pasar algunas semanas a la pequeña casa situada el otro lado del Doubs, sobre la frontera suiza, y que era, como ya sabemos, su única herencia. Aquel día, por primera vez después de su llegada al castillo, Marc-Henry oyó cantar alegremente a la joven.

Durante la comida habló a su padre del deseo que tenía de ir a pasear al día siguiente, de atravesar el Doubs y de ir a visitar los estanques de Chailleson. El barón consintió.

Hacia las ocho de la noche, Marc-Henry salió del castillo y se dirigió hacia el lado de los Brennets, murmurando:

—¡Es preciso acabar!

Capítulo XVII

El crepúsculo tocaba a su fin y la pálida luna aparecía en el horizonte, levantándose detrás de las montañas, cuando Marc-Henry llegaba a la orilla del Doubs. Siguió la corriente por espacio de unos centenares de pasos con el objeto de encontrar una barca que debía estar amarrada con cuerdas a una gruesa estaca fija en el suelo. Una vez desatadas las amarras, saltó al bote, tomó el remo y enseguida ganó la orilla. El Doubs, en esta parte del Jura, sirve de límite entre Francia y Suiza; al salir del valle, abandona su lecho primitivo y forma tres inmensas lagunas, que llaman en el país los *estanques de Challeison*. Sobre la orilla izquierda de estos estanques y en medio de un anfiteatro de rocas, se eleva a manera de pedestal, una colosal mole de granito, arrojada allí por algún trastorno de la naturaleza, y que vista de lejos aparenta una figura humana.

Esta gigantesca visión ha recibido el nombre de *Cabeza de Calvino*. A poco, el río formaba una catarata, por lo cual, la violencia de la corriente se dejaba sentir algo regularmente, pero como Marc era un buen y vigoroso remero, sin gran esfuerzo llegó al fin que se proponía; echó pie a tierra y amarró la barca a unas raíces secas que había en la orilla, arrancando rápidamente en dirección a una luz que desde allí se distinguía, pues la noche se le había echado encima.

Esta luz centelleaba detrás de los visillos de una de las ventanas de la casa del carabinero Morand. En pocos instantes, Marc-Henry franqueó la distancia que le separaba de ésta y se detuvo. La puerta estaba cerrada. Marc-Henry llamó ligeramente.

—Empujad —dijo una voz desde el interior—, la puerta cederá.

El joven así lo hizo, y se encontró en una sala baja débilmente iluminada por una pequeña lámpara colocada sobre una mesa. Al lado de ésta, Morand estaba sentado en un gran sofá. El carabinero estaba aún muy pálido y su frente seguía vendada.

Marc-Henry dudó un momento si avanzar o no.

—¿Quién va? —preguntó Morand.

—Yo, —respondió el hijo de Esther.

—¿Quién sois?

Marc-Henry dio dos o tres pasos, de modo que los rayos de la luz iluminaran su rostro. Morand le reconoció entonces, y levantándose a medias, exclamó:

—¡Vos, vos aquí!

—Deseo hablaros, ¿podéis escucharme un momento?

—Sí.

—¿Estamos solos?

—Sí.

—Escuchadme, pues seré breve.
—Os escucho.
—Vos me aborrecéis, ¿verdad?
—Es verdad...
—Yo a mi vez, os odio profundamente.
—Lo sé.
—Y sin duda sabéis la causa.
—Me la figuro al menos.
—¿Amáis a la señorita de Châlans?...

Marc-Henry pronunció estas palabras con una emoción profunda.

—Sí —respondió el carabinero.
—Yo también la amo; uno de los dos sobra en el mundo.
—Soy de la misma opinión.
—Es preciso que uno de los dos desaparezca...
—¿De qué modo?
—Vengo a proponeros un duelo.
—Que yo acepto.
—Un duelo a muerte.
—Desde luego, se supone.

—Pero es necesario que el que sobreviva no pueda ser acusado de la muerte de su rival... porque si la señorita de Châlans ha elegido ya a uno de nosotros en su corazón, si sucumbe, jamás perdonará a su matador, y entonces sería derramar sangre inútilmente.

—Comprendido; pero no es posible evitar este resultado.
—¿Por qué?
—Porque un duelo sin testigos pasaría por un asesinato.
—Sí, pero podemos hacer de modo que aparezca como cosa casual.
—¿Conocéis algún medio?
—Sí.
—¿Cuál?

—Os lo diré; pero antes contestadme a mi pregunta. ¿Cuándo os hallaréis en condiciones de poder salir de casa?

—Dentro de tres días. El ardiente deseo de llegar a una solución me dará fuerzas.
—¡Bueno! Dentro de tres días habremos terminado.
—¿En qué forma?

—El bosque de la *Comba del Diablo* está infestado de lobos; organizaré una cacería; vos seréis de la partida; nos colocaremos a cincuenta pasos uno del otro con nuestras carabinas; el primer lobo que salga del bosque será saludado por diez disparos; nosotros también haremos fuego, pero en vez de tirar a los lobos, tiraremos el uno sobre el otro.

—Sea.

—¿Os conviene así?

—Sí.

—¿Dentro de tres días?

—Dentro de tres días.

—Morand —dijo entonces Marc-Henry tendiendo la mano a su rival—, sois un buen muchacho... ¿Por qué ha querido Dios que amásemos a la misma mujer? Creo que en lugar de odiarnos seríamos amigos.

—Puede ser —contestó el carabinero tomando la mano de Marc-Henry—, ¡puede ser!... pero nos odiamos... así es que terminemos.

—¡Quedad tranquilo, Morand!

Y el joven, saliendo de aquella casa, volvió a pasar la barca, y dos horas después se hallaba de vuelta en el castillo de Châlans.

Capítulo XVIII

El proyecto de paseo, convenido entre María de Châlans y su padre, proyecto del que ya hemos dicho algunas palabras, fue ejecutado al día siguiente.

Después de desayunarse, la joven y el barón dejaron el castillo y se dirigieron alegremente por el campo tomando el mismo camino que Marc-Henry, la noche anterior. Padre e hija llegaron bien pronto al valle del Doubs.

Al llegar al sitio donde estaba la barca que hemos visto transportar a Marc-Henry la noche anterior, penetraron en ella, para que el barquero los transportara.

—¡Dios mío, padre! —dijo de repente María mientras el bote ganaba la opuesta orilla—, ¿sabéis que esto me da miedo?

—¡Miedo! —respondió el barón.

—Escuchad el ruido sordo de la catarata del Doubs.

—Está lejos todavía —exclamó el barquero.

El bote tocó la orilla opuesta, y el señor de Châlans previno al patrón de él, que no tardarían en volver, y que por lo tanto esperara. Después de un paseo de una hora sobre las riberas del Doubs, un recuerdo de improvisó vino a la mente de María, y dijo al barón:

—¿No está cerca de aquí la morada del carabinero herido que recogimos en casa?

—En efecto, creo que por aquí está.

—¿Sí preguntáramos por ese pobre joven?...

—Haremos mejor con informarnos del lugar en que vive, e ir hasta su casa.

—Sí, sí —respondió María enrojando y bajando los ojos.

Un pastor, cuyo rebaño pacía en el valle, indicó al señor de Châlans la casa de Morand.

El barón y su hija dirigiéronse hacia el sitio indicado.

Marc-Henry, que había ido por el lado opuesto, y estaba espiando entre unos sauces, pudo ver entonces con una rabia indecible y con el corazón lleno de celos, desaparecer a María y su padre tras el muro que rodeaba la casa de su rival.

* * *

Tres días habían pasado.

Marc-Henry tenía organizada una cacería, en la que tenía fundada su última esperanza. A ésta había invitado a todos los jóvenes de los alrededores, aldeanos y contrabandistas, con los que él se trataba antes de su instalación en el castillo. La hora convenida eran las ocho de la tarde, y el lugar designado el extremo del bosque de la *Comba del Diablo*. Los cazadores, en número de veinte o veinticinco, estaban ya

reunidos y sólo esperaban la distribución de los puestos, cuando se vio llegar a uno a quien nadie esperaba. Nadie... exceptuando Marc-Henry. El recién llegado era Morand; venía de paisano, con un traje parecido al de los aldeanos del país.

Una exclamación general de sorpresa se sintió a su llegada.

—¡Calla!, ¡si es Morand!

—¿Qué casualidad os trae por aquí?

—¡Os creíamos muerto!

Y todas las manos se extendieron para estrechar las del joven, con grandes muestras de simpatía. Marc-Henry, que estaba encargado de la dirección de la caza, puso término a estas demostraciones irritantes para él.

—¡Vamos, amigos! —exclamó—, cada cual a su sitio; la hora se pasa... ¡partamos, pues!

—Tiene razón —respondieron los cazadores—, silencio, y cada cual a su sitio.

Marc-Henry alineó a todos los jóvenes, y mandó:

—¡Por la derecha!, —y poniéndose a la cabeza de aquella pequeña columna, avanzó hacia la linde del bosque. De cincuenta en cincuenta pasos apostaba a un cazador, y éste se escondía detrás de un tronco de árbol. Al poco rato todos estaban colocados. No quedaban más que Morand y el hijo de Esther.

—Venid —dijo éste.

En el centro del espacio cercado por los tiradores había dos estrechos senderos que serpenteaban a través del bosque, y empezaban a unos centenares de pasos del lindero, sobre el cual desembocaban ambos, afectando la forma de una gran X. Las extremidades inferiores de esta X estaban a distancia de un tiro de fusil una de otra. Según todas las apariencias, algunos lobos escaparían del bosque por esta doble salida.

—¿Vuestra carabina es de un solo tiro? —preguntó Marc-Henry.

—Sí.

—¿Está cargada?

—Con dos balas.

—Como la mía. Está bien; ocupad el extremo de este sendero, yo iré al otro... que está un poco más abajo... el primero que vea un animal de éstos, gritará: ¡Cuidado! Entonces los dos salimos, nos ponemos a la vista y... que Dios nos proteja.

—Vos lo habéis dicho —replicó Morand.

Marc-Henry llegó a su sitio y se cubrió detrás de un zarzal.

La noche era magnífica. Millares de estrellas centelleaban en un inmenso y puro cielo. Ningún ruido humano venía a turbar aquella silenciosa calma de la dormida naturaleza, y solamente a largos intervalos el ruido de la catarata, aminorado por la distancia, llegaba con la brisa como un murmullo apenas perceptible.

Transcurrieron así algunos minutos. Marc-Henry se preparó; acababa de oír ruido entre el follaje, miró, y a diez pasos vio dos ojos que brillaban como dos luciérnagas.

Era un enorme lobo, inmóvil, que había salido del bosque y aspiraba la atmósfera tan cargada de emanaciones hostiles. Marc-Henry salió gritando:

—¡Cuidado!

Al mismo tiempo un rayo de luna iluminó, el brillante cañón de la carabina de Morand, que acababa de ocupar el extremo del otro sendero. Al grito de Marc-Henry, el lobo saltó hacia adelante. Tres disparos de fusil atronaron el espacio. El animal, herido sin duda, y poseído de terror, se lanzó al campo, cayendo a los pocos pasos.

Los dos rivales estaban uno frente del otro; prepararon sus armas, y una doble detonación turbó de nuevo el silencio de la noche. Marc-Henry sintió caer pedacitos de ramas rotas por las balas del carabinero, por encima de su cabeza. No estaba herido. Cuando el humo se hubo disipado y cuando fue posible distinguir el lugar en que un instante antes Morand estaba inmóvil, se vio que estaba vacío.

Capítulo XIX

Dos o tres tiradores habían rodeado al lobo que se revolvía en las convulsiones de la agonía. La bala le había atravesado los riñones.

Marc-Henry aprovechó este movimiento de atención general, para deslizarse furtivamente a través de los árboles y matorrales, hasta llegar cerca del sitio de Morand. El carabinero yacía desvanecido con el rostro vuelto contra el suelo. Marc-Henry volvió al punto de partida con las mismas precauciones, para juntarse a sus compañeros que acababan de matar al lobo, abriéndole la cabeza a culatazos.

Era preciso quitar de allí el cadáver del animal para que el olor de la sangre fresca vertida no alejara a los demás. Enseguida ataron las cuatro patas del lobo y se dispusieron a transportarlo; Marc-Henry, con la ayuda de uno de los cazadores, se ofreció a llevar el lobo y de hacerlo desaparecer hasta nueva orden.

Después se alejó con un joven que había escogido. Cuando volvió, al cabo de un cuarto de hora, tuvo cuidado de tomar en el extremo del bosque más apartado del lugar en que yacía su rival. Así pasaron algunas horas.

El hijo de Esther, maquinalmente apoyado sobre el cañón de su carabina, que se vio obligado a recargar, estaba con el pensamiento bien lejos de lo que hacía; tal era su distracción que podían haber salido del bosque manadas de lobos y ponerse sus pies sin que él se hubiera dado cuenta de ello. Por momentos se oían algunas detonaciones en el lindero del bosque, seguidas de exclamaciones de despecho o triunfo, según que el resultado fuera nulo o feliz. Entonces Marc miraba alrededor de sí con aire extraviado.

Un instante después retumbó en el espacio un espantoso grito, que llegó hasta el fondo del corazón de nuestro héroe, al que no le cupo duda de que habían encontrado el cuerpo del carabinero. Este suceso movió violentamente sus órganos, devolviéndole toda la energía que parecía había perdido. Tomó bastante imperio sobre sí para tener la sangre fría suficiente para presentarse ante el cadáver de su víctima; víctima después de todo de un duelo leal y no de un asesinato. Juntóse, pues, a los demás cazadores, que dejando sus puestos corrían en dirección al clamor de mal augurio, que parecía designar el teatro de aquella desgracia.

Cuando llegó casi todos los jóvenes estaban agrupados alrededor del cuerpo de Morand; algunos le lavaban el rostro con aguardiente que llevaban en sus calabazas; otros desabrochaban sus vestidos para juzgar de la gravedad de la herida. Lorient, que había tirado dos veces en aquella dirección, creíase culpable de la muerte involuntaria, y se apretaba la frente con desesperación.

—¡Qué desgracia! —murmuraba—. El pobre joven, no repuesto aún de la primera herida, recibe otra.

Una vez desabrochado y examinado el herido, se vio que la bala le había rozado por debajo del brazo izquierdo y que la herida no presentaba ninguna gravedad; la opinión general fue que en quince días estaría curado por completo. Una alegría unánime sucedió como por encanto a la desolación que de todos se había apoderado.

—¡Gracias a Dios, a la Santísima Virgen y todos los santos que han obrado este milagro! Si os parece llevaremos el domingo próximo un cirio de cuatro libras a la *Virgen de las Espinas Floridas*.

—Sí, sí, sí —respondieron todos los jóvenes asociándose de común acuerdo a la piadosa resolución propuesta por uno de ellos.

—Ofrecemos dos cirios y haremos decir cuatro misas.

—¡Vive! —murmuró Marc-Henry en medio de todos estos transportes—, ¡vive!, ¡maldición!

Y se alejó bruscamente sin que nadie impidiera su partida.

* * *

Era poco más de la una de la madrugada cuando el hijo de Esther entró en el castillo.

Esperaba calmar con el sueño la agitación que le devoraba, y vestido como estaba se echó sobre el lecho; pero vanamente llamaba al reposo, éste no acudía a su llamamiento.

Cuando despuntó el día, Marc-Henry dejó su habitación y salió de nuevo al campo, sin otro objeto que el de huir de su propio pensamiento, y sobre todo de evitar las preguntas que no dejarían de hacerle a propósito de su caza nocturna. En el momento en que las últimas estrellas palidecían en Occidente, mientras que la naciente aurora arrojaba por el horizonte sus primeros resplandores, el cielo perdió de repente su fuerza y transparencia; grandes nubes arrastradas por el viento del Norte se aproximaron al suelo, y bajando poco a poco envolvieron a la naturaleza en un brumoso y espeso velo. Una densa niebla fue la consecuencia natural de esta variación atmosférica, cuya niebla se cambió rápidamente en una penetrante y fría lluvia.

La cabeza descubierta bajo esta lluvia glacial, los pies en el barro de los caminos, el alma trastornada, la fiebre en el corazón; tal era el estado de Marc-Henry mientras erraba a través de los valles y las colinas; sin inquietarse de la dirección que el azar daba a su rápida carrera.

Abandonémosle un instante para encontrarlo luego, en una de las situaciones más terribles en que el destino puede colocar a un hombre.

A la hora de almorzar, el señor de Châlans extrañó la ausencia del hijo de Esther.

—¿No ha vuelto Marc-Henry esta noche? —preguntó a Claudio.

—Debe haber estado, porque su cama estaba deshecha; pero habrá salido a las cinco de la mañana, pues entré en su alcoba a las seis, y ya no estaba.

El barón pensó que alguna consecuencia imprevista de la caza había llamado al joven al bosque desde la mañana, y no se inquietó.

En cuanto a María, ¿qué le importaba la ausencia o presencia de Marc?

Al medio día el señor de Châlans púsose a jugar una partida de chaquete con su viejo amigo el cura de Talant, partidario suyo de todos los días.

María, en tanto, ocupábase en repasar en su memoria hasta los menores detalles de la corta entrevista que tres días antes y en presencia de su padre había tenido con el carabinero en casa de éste.

El día pasó así. A la hora de comer Marc no había vuelto.

El tiempo cada vez estaba peor. A medida que se aproximaba la noche, el viento soplaba con más violencia y el agua caía a torrentes. María asustada de encontrarse sola en el vasto y triste salón en que la hemos conocido, no tardó en subir a su habitación. Eran las ocho de la noche en este momento.

Capítulo XX

La señorita de Châlans, apenas llegó a su habitación, oyó un ligero ruido que la hizo temblar. Se hubiera dicho que tres pequeñas chinitas lanzadas desde el jardín habían venido a chocar en las vidrieras de la ventana. María se figuró que el ala de algún murciélago había tocado el cristal de la ventana, en los zig-zags de su vuelo irregular, y que sería la causa de este ruido. Pero después de un intervalo de dos o tres minutos, el ruido se repitió; entonces no tuvo duda de que alguien trataba de llamar su atención.

María, educada lejos de las ciudades, vivía en la más completa ignorancia de lo que llaman *conveniencias*; así es que sin pensar las consecuencias que pudiera acarrearle, abrió la ventana y se asomó. El viento silbaba con lúgubre acento; parecíase a los gemidos de un alma en pena; la lluvia caía a torrentes. Por debajo de la ventana y arrimada a la pared se distinguía vagamente la figura de un hombre; al mismo tiempo se oyó una voz que dijo:

—Señorita María, ¿sois vos?

—Sí —respondió la joven.

—Es necesario que os hable; ¿estáis sola?

—Sí, estoy sola... pero ¿quién sois?, ¿qué queréis?

—Vengo de parte de una persona que os conoce...

—Entrad en el castillo, y si tenéis algo que decirme, os escucharé.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque el que me envía me ha hecho jurar que os hablaré sin entrar.

—¿Quién os envía? —repitió María con extrañeza.

—Sí... y os traigo una carta de él...

—¿De él?... pero ¿de quién decís?

—De Morand.

—¡Dadme!, ¡dadme! —exclamó impetuosamente la joven, sin considerar que entre ella y su interlocutor había una distancia de treinta pies al menos, y sin reflexionar que su imprudente exclamación enteraría a algún extraño del secreto de su amor—. ¡Dadme!, ¡dádme!

—¿De qué modo?

—Esperad.

Volvió al interior de la habitación, y un momento después descolgaba por la ventana un hilo, a cuyo extremo la persona de afuera ató una carta que un momento después estaba en manos de María.

No pudo detener un grito de espanto y horror cuando pasó por sus ojos el billete.

Cortas e irregulares líneas tenía escrito, y casi ilegibles; adivinábase que la mano temblorosa que las había trazado, sufría mucho.

He aquí lo escrito:

Señorita:

Un accidente imprevisto me detiene en el lecho del dolor, que gracias a vos, gracias a vuestros cuidados angelicales, lo hubiera al fin dejado... después de poco tiempo. Estoy herido. Me dicen que no es nada... pero me siento morir. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Dos líneas completamente indescifrables seguían a estas últimas palabras.

—¡Herido! —exclamó María dejando escapar de entre sus dedos la carta fatal—, ¡herido!, ¡muriéndose!, ¡oh! ¡Dios mío!

Un torrente de lágrimas salió de sus ojos y apoyó la cabeza entre sus crispadas manos. Bien pronto sus lágrimas dejaron de correr, levantó la cabeza con expresión enérgica, y en sus ojos se vio que iba a tomar un partido decisivo. Sin perder un segundo se envolvió en un gran chal, y después de haber apagado la lámpara, se deslizó por la escalera con paso furtivo y silencioso.

En tanto Lorient, que se acusaba de haber herido a Morand, fue el encargado de llevar la carta de éste a María, tiritaba en el jardín y no se explicaba la completa desaparición de la luz de la habitación de la joven.

Su asombro creció, cuando a través de las tinieblas vio una sombra blanca que se aproximaba a él, reconociendo a la señorita de Châlans.

—Hablad —dijo María— ¿qué ha pasado? Lo quiero saber todo; ¡en nombre del cielo, no me ocultéis nada!

Lorient contó los acontecimientos de la noche anterior, ocultando la parte que él creía tener en la catástrofe del carabinero. María le escuchó con profunda y dolorosa ansiedad. Luego añadió que el médico había dicho que la herida no era de cuidado. María no lo creyó, y por toda contestación se arropó más con su chal, y dijo:

—Partamos.

—¡Partir! ¿A dónde queréis ir, señorita?

—A su lado.

—¿Al lado de Morand?

—Sí.

—¡Ah!, eso es imposible...

—¡Imposible decís! ¿Por qué?

—Por el tiempo que hace; lejos como está, y con vuestros delicados pies, jamás podríamos llegar...

—Me engaños —exclamó María, con los labios pálidos, a los que dejó asomar una débil sonrisa de duda—; soy lo suficiente fuerte para marchar...

—Pero señorita...

—Quiero partir; —repitió con un acento imperioso— quiero partir, y si rehusáis acompañarme, iré sola.

—¡Ah!, como queráis; hágase vuestra voluntad... partamos.

—Al fin; —murmuró la joven, que se dirigió con su guía hacia la pequeña puerta del jardín.

El aldeano no había exagerado las dificultades del camino.

Después de toda clase de luchas con los elementos, llegaron al valle del Doubs. Lorient desató el bote, y después de esfuerzos sobrehumanos, porque la tempestad había aumentado la violencia de la corriente, lograron poner el pie en la orilla opuesta.

A aquella hora próximamente buscaba el bote, que acababa de llevar a María y su acompañante, un nuevo personaje: Marc-Henry.

Después de haber errado por el bosque durante todo el día, pensó si la herida de su rival sería más grave de lo que se había pensado al principio; esta esperanza feroz, justificada, sin embargo, por el egoísmo sin piedad de un amor frenético, le llevó a los alrededores de la casa para adquirir aquella certidumbre. En su consecuencia, trataba de atravesar el Doubs, a fin de llegar a la casa de Morand.

Sabemos que llegó demasiado tarde, y ya no encontró la barca en su sitio. Contrariado con esto, iba a alejarse, cuando una mano se posó bruscamente sobre su hombro, y una voz le dijo:

—¿Quién sois y qué hacéis aquí a esta hora?

Marc-Henry se volvió, y vio a su espalda seis carabineros con un cabo, que era el que le había dirigido la palabra.

—Soy Marc-Henry —dijo el joven—, hijo de Pedro Maugars, y me encuentro aquí porque me da la gana.

No se ignoraba en la aduana que nuestro héroe había venido a ser el protegido y el hijo adoptivo del barón de Châlans; así que el cabo que acababa de hablarle, llevó la mano a la visera de su gorra, y le dijo con suma deferencia:

—Comprendo el derecho que os asiste de pasear por donde queráis, aun cuando la noche no se presta hoy a ello, pero me veo obligado a rogaros que os quedéis en nuestra compañía durante dos o tres horas.

—¡Obligado! ¿Cómo es eso?

—Pues muy sencillo; en otros tiempos pasábais por uno de los que estaban en relaciones con esos contrabandistas suizos...

—Y bien, ¿y después?

—Caramba, después... supondréis que no estamos aquí para bromas; hacemos una expedición y no os queremos quitar el gusto de venir... ¿comprendéis?

—No.

—Me explicaré más claro; esta mañana se ha dado aviso a la aduana que los contrabandistas contaban con aprovechar esta noche abominable para pasar,

precisamente por aquí, un cargamento entero de mercancías prohibidas. Os encontramos aquí, y a esta hora...

—Me quedaré —contestó Marc-Henry, que encontraba justas las suposiciones del carabinero.

Convenido esto, los carabineros se diseminaron y desaparecieron en las tinieblas para ir a vigilar el río.

Capítulo XXI

Loriot había dicho la verdad; la carta que conocemos, y que había sido escrita por Morand bajo la influencia de una sobreexcitación febril, aumentaba los dolores ocasionados por su herida. Al aproximarse la noche, esta excitación había disminuido poco a poco, y Morand consiguió conciliar el sueño.

La puerta de la habitación abriéndose ruidosamente, lo interrumpió. Una vela casi enteramente consumida daba una débil claridad al interior del cuarto. El carabinero se creyó juguete de una ilusión cuando reconoció el hermoso semblante de la señorita de Châlans que acababa de entrar.

—¡Vos aquí —exclamó—, aquí sola, a mi lado... y de noche!... ¡Es imposible!... ¡Mis ojos me engañan!...

—No; ¡vuestros ojos no os engañan!... soy yo, amigo mío.

—¡Oh! —respondió Morand—, perdonadme; pero la inmensa alegría que desbordó mi corazón... ¡vuestro aspecto!... porque hay en vuestra presencia alguna cosa de extraño, de incomprensible que me hace temblar... tengo miedo...

—Mi presencia, sin embargo, es bien sencilla; me habéis dicho que sufrís, hablasteis de morir... tenía que venir... y heme aquí.

—Os he escrito, es verdad, lo recuerdo; pero esa carta insensata, tan sólo el delirio la ha dictado, y habéis venido... con esta tormenta...

—¿Qué me importa la tormenta?...

—Arrostrando los peligros del camino...

—¿Qué me importa el peligro? Estabais herido, y os lo repito, hablabais de morir... por veniros a ver hubiera dado la vida...

—¡Sois un ángel!... —murmuró el joven.

—Pero ya hemos hablado bastante de mí, hablemos de vos entre tanto, amigo mío... de vos sólo. ¿Sufrís mucho?

—No, al contrario; el peligro ya no existe. Viviré, María, viviré para vos...

La señorita de Châlans, al oír estas palabras, fue a arrodillarse delante de un Cristo de madera esculpida, que había en la habitación, para rogarle y darle gracias con profundo reconocimiento.

—¡Oh! ¡Vos que lo habéis salvado dos veces, Dios mío, os bendigo y os doy gracias!...

Después de esta corta, pero fervorosa acción de gracias, fue a sentarse al lado de su amante, y se sentó a sus pies sobre una silla. Después de una corta conversación, la joven se dio cuenta de su falsa posición, acordándose de su padre, y tuvo miedo. Dispúsose a salir, y Morand se asomó a la puerta y llamó a Loriot para que la acompañara, pero sólo el eco de su voz le respondió, y salió en su busca.

Loriot, rendido de fatiga, se había retirado a una de las casas de los alrededores buscando un asilo. Cuando Morand volvió a entrar en la habitación, estaba pálido lo mismo que María.

—¿Y bien? —preguntó María.

—Nada... —respondió el joven con acento desesperado.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Qué vais a hacer?

—Partir.

—¿Sola?

—Es preciso.

—No será así; yo os acompañaré.

—¡Vos, amigo mío, herido como estáis!

—Ahora me toca a mi contestar: ¿Qué importa?

—Venid, pues, y que Dios nos proteja.

Morand, después de arreglarse convenientemente, salió de la habitación con la joven repitiendo por lo bajo:

—¡Oh, sí!, que Dios nos proteja

* * *

Morand tenía un valor a toda prueba. Más de una vez había dado pruebas de ello, y jamás nadie lo puso en duda. Sin embargo, cuando se vio solo con María en medio del río, de impetuosa corriente, a merced de una débil barquilla; cuando sintió que la fuerza casi irresistible del torrente lo arrastraba hacia el abismo, y que en esta lucha suprema con los elementos conjurados, él era el vencido, en este momento, decimos, tuvo miedo y tembló; frío sudor, parecido al de la agonía, vino a empapar su rostro.

María, medio loca de espanto, estaba sentada en el fondo del bote, y tapaba su cabeza con las puntas de su chal para no ver el peligro que era inmenso. Morand, privado casi completamente del concurso de su brazo izquierdo, se esforzaba sin resultado en sacar la barca del turbión que lo arrastraba. Cada minuto que transcurría le parecía un año, y de segundo en segundo, los rugidos de la catarata del Doubs resonaban más cerca. El vértigo se apoderó de él. Lanzóse como un hombre ebrio, y le pareció que su remo temblaba entre sus manos. Sin embargo, antes de cesar todo combate y de abandonarse pasivamente a las mortales caricias del remolino, quiso ensayar una última resistencia. Esta lucha desesperada abrió desmesuradamente la herida de Morand, y la sangre corrió a lo largo de su cuerpo. No advirtió esto, pues galvanizado por la esperanza que renacía en su alma, redobló sus esfuerzos.

¡Oh felicidad!, la barca obedecía al remo y se aproximaba lentamente a la orilla. Los árboles de este lado parecieron moverse, y Morand vio presentarse varias formas humanas que los seguían.

—María, escondeos; escondeos, tapaos.

La joven dejó caer el velo sobre su rostro, y exclamó fijándose en la ribera:

—¡La honra!... ¡el deshonor!... antes morir; ¡retrocedamos!, ¡retrocedamos!

Morand obedeció e hizo virar la barca. Los carabineros vieron este movimiento, y el cabo gritó:

—¡Alto; alto el de la barca o hacemos fuego!

Morand se alejaba más. La proa del bote estaba casi en el sitio en que la corriente tenía más fuerza.

—¡Alto! —repitió el cabo con cólera.

—¿Qué es preciso hacer? —preguntó Morand a su compañera—, un momento más, y estamos perdidos.

—Pues bien —repuso la joven—; si es preciso morir, muramos juntos.

Morand bajó la cabeza, y como la barca entraba de lleno en el sitio de mayor corriente, tomó alientos e intentó comenzar la lucha con la esperanza insensata de alcanzar la orilla opuesta.

—¡Atención! —dijo el cabo—. ¡Una!, ¡dos!, ¡tres! Nada; y hace bien; tened, canallas —y esto diciendo, se echó su fusil a la cara e hizo fuego.

El eco de las montañas repitió diez veces el ruido de la detonación. El remo de Morand se escapó de su mano herida.

—Adiós, María —murmuró—, adiós...

Al mismo tiempo la barca, lanzada como un caballo sin freno, marchó hacia el abismo con la rapidez de una bala.

María, que estaba de rodillas junto a los pies de Morand, se levantó delante de él, enlazó sus dos brazos a su cuello y le dio un beso.

—¡Adiós!, ¡adiós!

—¡Oh! —exclamó en este instante una voz tan potente, que dominó el ruido de la tormenta y los mugidos del turbión— ¡salvadla!, ¡salvadla! ¡Salvad a la señorita de Châlans!

Un espantoso grito partió de la ribera, y respondió a estas palabras; después se vio a un hombre arrojarse al agua.

Era Marc-Henry.

Pero ¿qué podía hacer? La barca volaba; la blanca ropa de María desapareció en medio de las tinieblas.

El hijo de Esther se tiró contra el tronco de un árbol, con tal violencia, que se desvaneció.

De pronto se oyó un grito sordo en lontananza.

Después los gemidos de la catarata sólo se mezclaban con los del viento.

SEGUNDA PARTE

Psiquis. Capítulo I

En la época del triste desenlace de su primer amor, el hijo de Esther tenía diez y siete años. Gracias a su fuerte temperamento, pudo resistir a la enfermedad terrible que siguió a la catástrofe que hemos contado.

Al cabo de tres meses su curación física era completa. No así la moral. A mayor abundamiento, una disposición de espíritu singularmente melancólica pudo notarse en Marc-Henry. Durante largas horas se absorbía en una preocupación dolorosa; parecía no tener conciencia de lo que pasaba alrededor de él, ni aun de lo que él mismo hacía; y no podía obtenerse de él ni una mirada, ni una respuesta. Mientras duraban estas crisis lloraba silenciosamente, o bien parecía fascinado bajo el peso de alguna horrorosa visión, y su terror se manifestaba por su extraña actitud. La crisis terminaba, y no sobrevénía nada.

Entre tanto el barón de Châlans se apagaba. La parálisis fulminante que a la nueva de la muerte de su hija se apoderó de él, lo había convertido en un cadáver viviente, al que faltaba a la vez la palabra y la inteligencia; no dejando luminoso su pensamiento sino en el último segundo de su agonía. En este instante supremo levantó las manos hacia el cielo y murmuró estas palabras:

—¡Esther!... ¡María!... al fin...

Y cayó sobre su fúnebre lecho con la sonrisa en los labios y la esperanza en la mirada. Estaba muerto.

Se procedió judicialmente a la colocación de los sellos. Cuando llegó el momento de levantarlos en presencia de los herederos colaterales, se encontraron dos sobres cerrados en el escritorio del despacho del barón.

Uno de estos sobres decía:

AL SEÑOR OLAUS DAVID

NOTARIO DE BESANÇON

Con súplica de conservarlo en depósito y entregarlo a Marc-Henry, mi hijo adoptivo, cuando haya cumplido veintiún años.

El segundo sobre encerraba un testamento ológrafo, escrito por el señor de Châlans ocho días antes de los siniestros acontecimientos que dieron fin con su hija. Este testamento nombraba heredera universal a María, y daba a Marc-Henry una suma de cincuenta mil francos, colocados en casa del señor Olaus David, el notario; suma que debía ser entregada al joven al ser mayor de edad, al mismo tiempo que el primer depósito.

Hasta esta época los intereses de los cincuenta mil francos le serían dados todos los años. La muerte de la señorita de Châlans anulaba las principales disposiciones del testamento.

Los demás parientes tomaron posesión de todos los inmuebles; se nombró un tutor a Marc-Henry para la administración de su pequeña fortuna, y se le envió a Besançon a acabar sus estudios.

El joven, para olvidar, se entregó por completo al estudio, captándose el aprecio de sus profesores y condiscípulos. Una vez terminados sus estudios preliminares, se trasladó a Dijon, para empezar la carrera de leyes en aquella Universidad.

Trasladémonos a Dijon, donde vamos a encontrarlo en 1823, un año antes de llegar a esta ciudad los duques de Borgoña.

* * *

Marc-Henry tenía entonces veinte años y dos mil quinientas libras de renta. Había crecido, y sus formas anunciaban una naturaleza vigorosa; un ligero bigote negro sombreaba su labio superior; en una palabra, el niño impetuoso y apasionado que hemos conocido se había transformado en un encantador y gentil joven. Reunía todas las condiciones necesarias para ser declarado el *rey de los estudiantes*. Este título lo obtuvo, en efecto, sin oposición. He aquí cómo:

Marc-Henry, al llegar a Dijon, se encontró en medio de una vida completamente distinta a la anterior. Conservando sin embargo todos los hábitos del trabajo y del aislamiento.

Pero era imposible pasar desapercibido.

Al principio le costaba dejar sus costumbres y seguir la corriente de sus compañeros. El salvaje de las montañas, criado por aldeanos y muerto por un solo y terrible amor se horrorizaba de las locas prodigalidades, de la elegante impiedad y sobre todo de las fáciles galanterías de los que le rodeaban.

Esto duró poco.

La transformación fue pronta y completa. Se avergonzó de sí mismo, y por amor propio afectó todos los desórdenes y vicios de que estaba rodeado. Así, el recuerdo de María fue marchándose poco a poco del alma de nuestro héroe. Sin embargo, por instantes este recuerdo se despertaba, siniestro y doloroso, y Marc-Henry no seguía a sus amigos sino contra su gusto, en la vida de intrigas, placeres y amoríos.

Hacía poco caso de las grisetitas dijonesas. Prodigar el santo nombre de *amor* en estas lecciones puramente sensuales, le parecía una profanación culpable.

Cuando después de una orgía se hallaba en alguna de esas innobles casas en que el placer tiene su tarifa, no ofrecía sus labios sino con repugnancia a los besos de aquellas rameritas, y salía del lupanar con el corazón disgustado y el rostro rojo de vergüenza.

Exceptuando algunas excentricidades que vamos a señalar, Marc-Henry, fuerza es

confesarlo, tenía sobre sus condiscípulos una gran supremacía moral, a pesar de sus cien luises de renta, verdadera opulencia para un estudiante en 1823.

Era admirado, consultado y adulado por todos; no se le reprochaba sino una cosa: la rigidez casi absoluta de sus costumbres.

El día que se hubiera decidido a tener una querida, se hubiera completado. Sus amigos le sondeaban en este sentido, y él contestaba sonriéndose:

—No quiero a esas criaturas que pasan de mano en mano como un ejemplar del Código Civil, y que quieren a todo el mundo sin querer a nadie. El día que encuentre una mujer que haya rehusado a todos... aquel día ensayaré...

Capítulo II

En el centro de la ciudad de Dijon se encuentra una plaza de aspecto pintoresco, una de cuyas caras ocupaban los magníficos edificios llamados la *Casa del Rey*. Esta plaza lleva el nombre de la *Plaza de Armas*. El piso bajo y en la primera de una de las casas que la formaban, era ocupado en 1823 por un gran establecimiento, bautizado con el pomposo nombre de *Café de las Mil Columnas*. Éste había sido adoptado por la mayoría de los estudiantes. Algunos actores del teatro de Dijon, vivían en compañía de los señores legistas, frecuentando con ellos muy asiduamente el establecimiento antedicho, con gran desesperación del propietario, porque le consumían mucho, pero en cambio le pagaban muy poco. Sin embargo, como estaban protegidos por los estudiantes, a los que facilitaban el conocimiento y trato con la parte femenina de la compañía, no osaba reconvenirles.

Una mañana, a mediados del mes de Febrero, Marc-Henry estaba confortablemente instalado cerca de la estufa del *Café de las Mil Columnas*, jugando al dominó con un alférez de la guarnición, mientras que siete u ocho jóvenes, con la pipa en la boca, seguían con atenta mirada las peripecias de la partida empeñada. La puerta se abrió, y un adolescente, dotado de una apariencia muy original, hizo su entrada muy ruidosamente.

Tendría de diez y siete a diez y ocho años, pero representaba más, pues en su rostro juvenil había rasgos que indicaban precoces sufrimientos.

—¡Buenos días, señores! —dijo al entrar—. ¿Va bien? ¡Vamos, tanto mejor! Yo estoy bien, gracias; soy vuestro servidor de todo corazón.

—¡Calle! —dijo un estudiante volviendo la cabeza—, ¡calle, es Filidoro!

—¡En persona! —repuso el recién venido.

Filidoro era pensionista del teatro de la Ópera cómica.

—¿Quién me invita a almorzar? —prosiguió el cómico—. Aceptaría un caldo y tres chuletas; tengo necesidad, porque acabo de pasar una noche endiablada.

—¿Todavía una buena fortuna? —preguntó Marc-Henry sonriendo.

—Siempre —respondió el artista—; palabra de honor, amigos míos. Una vez, dos, tres, ¿me invitan? Nadie responde... bien... me convidaré yo. ¡Oh!, ¡eh!, ¡mozo!, un caldo, tres chuletas...

—Señor Filidoro —dijo entonces la encargada desde el mostrador—, escuchad un momento; venid por aquí...

—Con mucho gusto, ¿qué queréis?

—Vuestra cuenta aumenta diariamente, y el amo me ha recomendado pedir os dinero.

—¡Dinero!

—Sí, por cierto.

—Pero, no tengo... en este momento...

—¡Tanto peor!

—¿Qué importa?

—Importa mucho.

—Mejor puedo ofreceros...

—¿El qué?

—Adivinadlo.

—¿Oro?

—Eso sería muy vulgar.

—En fin, ¿qué?

—¡Mi corazón!

—Con eso no se come...

—En fin, señorita Irma, os pagaré la semana que viene...

—Bueno, tendré paciencia hasta entonces; pero tened en cuenta que el amo ha dispuesto que no se os sirva la menor cosa, como no la paguéis al contado...

—¡Oh!, ¿la menor cosa?, exageráis, señorita Irma.

—No lo creáis así, señor Filidoro; todos los camareros tienen esa consigna.

—¿Lo creéis así?

—¿Cómo si lo creo? Estoy segura.

—Agradezco vuestro aviso; quedad con Dios.

El artista se volvió hacia los estudiantes cantando como *Alidoro* en la ópera de *Cendrillon*.

—Si me convidáis —dijo—, os digo un secreto.

—¿Cuál? —preguntó un estudiante.

—¡Oh!, eso no lo digo.

—¿Por qué?

—Porque así ya lo sabrías...

—Y bien...

—Y al saberlo ya no me invitaríais, y es precisamente lo que yo quiero evitar...

—Vamos, Filidoro, almorzaremos juntos —dijo Marc-Henry, que acababa de ganar la partida de dominó.

—¡Acepto y con entusiasmo! —exclamó el cómico—, pero por mí ningún extraordinario; ya sabes que con poco me basta, un caldo y un par de chuletas. La frugalidad es mi virtud dominante. ¡La frugalidad y la economía! ¡Oh!

—Filidoro, amigo mío, vamos al caso.

—Ah, sí; os he prometido una nueva, señores...

—Un secreto.

—Un gran secreto, y que bonitamente os hará poner atención.

—¡Ah! ¡Ah!

—Figuraos...

—¿Qué?...
—Que tenemos...
—¿El qué?...
—¡Un estreno!
—¡Ah! ¡Diablo!
—He ahí.
—¿Ella es joven?
—Diez y ocho años.
—¿Y bonita?
—Como los amores.
—¿Canta?
—Mejor que los ruisseños.
—¿Cómo se llama?
—Psiquis; bonito nombre, ¿verdad?
—Por Dios, que sí —dijo Marc-Henry—. ¿Cuándo ha llegado esa maravilla?
—Hace tres días.
—¿De dónde viene?
—De París.
—¿Cuándo debuta?
—Pasado mañana en *Una locura*, con el papel de *Armantina*.
—¿No se sabe aún si la prenda es ligerita? —preguntó un estudiante.
—No —contestó Filidoro con aire de fatuo—, pero yo cuento con ser su amigo.
Los estudiantes se miraron, riéndose.
El actor terminó de almorzar y se retiró.

Capítulo III

Al día siguiente de la conversación que acabamos de señalar en el capítulo anterior, se veía en todas las esquinas de Dijon grandes carteles de letras colosales, que distraían la atención de los transeúntes.

He aquí uno de ellos:

**PARA EL ESTRENO DE LA SEÑORITA PSIQUIS
PRIMERA REPRESENTACIÓN
DE**

UNA LOCURA

ÓPERA CÓMICA EN DOS ACTOS POR EL SEÑOR BOUILLET

Música del maestro MÉHUL

*La SRTA. PSIQUIS ejecutará el papel de ARMANTINA, que ha
desempeñado en París con gran éxito*

SE EMPEZARÁ POR LAS RUINAS DE BABILONIA
*Melodrama De Gran Espectáculo
(Precios, los de costumbre).*

Esta composición del espectáculo era la más llamativa y se empezaría con facilidad; así fue, puesto que el público no se hizo esperar; a las cinco de la tarde las puertas del teatro estaban literalmente llenas de gente. Marc-Henry y algunos otros estudiantes acababan de tomar asiento en unas butacas de orquesta.

La función empezó.

No diremos nada de las *Ruinas de Babilonia*, obra ignorada de la generación actual, pero que entonces estaba muy en boga. Durante el entreacto que precedió a la obertura de la ópera cómica, se vio entrar en el proscenio de la derecha, un nuevo espectador que llamó la atención de los desocupados. Era un hombre joven todavía, aunque enteramente calvo. Sus rasgos fisonómicos eran regulares y fuertemente acentuados. Sus grandes ojos, excesivamente movibles y de un gris muy claro, tenían una expresión bizarra. Era alto y tan fenomenalmente delgado que parecía que a cada uno de sus movimientos se iba a tronzar. Su traje era completamente negro; llevaba corbata blanca y guantes del mismo color. En la solapa izquierda de su levita lucía una condecoración.

Como en las poblaciones de provincia a todo el mundo se conoce, y a nuestro

personaje nadie lo conocía, bien pronto circuló el rumor de que era un extranjero, y no faltó quien dijo que era el protector de la nueva actriz, y que había ido expresamente a Dijon para asistir a su estreno. Esta suposición en un principio gratuita, pasó de boca en boca; su consistencia fue tal que al cabo de tres minutos era aceptada como cosa cierta y perfectamente demostrada. De este modo la curiosidad se redobló.

—Es un *milord* —decía uno en el patio—, y es calvo como todos los *goddem*.

—¡Es un teniente general de incógnito! —murmuraba otro—, mirad si no su aire marcial y esa condecoración.

—Es preciso que la señorita *Psiquis* sea muy hermosa para que se ocupe de ella un personaje de esta especie.

—Sin duda debe serlo, —añadió otro.

En tanto el desconocido, a propósito del cual se aventuraban tantos comentarios, sacó unos magníficos gemelos y los dirigió hacia las mujeres más o menos bonitas que había en el teatro.

Las costumbres de provincia no toleran el uso de los gemelos durante los entreactos.

Por esta razón miraron aquel examen como inconveniente. En el patio se pusieron gritar:

—¡Fuera los gemelos!... ¡fuera los anteojos!

El desconocido no se inmutó por esto; bajó sus anteojos y se puso a mirar los alborotadores con suma impertinencia. Visto esto, el escándalo se redobló.

El desconocido alzó ligeramente las espaldas, satisfecho de haber sido desafiado por los turbulentos espectadores, y volvió a dirigir sus miradas a través de los anteojos.

Un atento observador hubiera notado en este momento, algo en el extranjero. Cada vez que los cristales de aumento de los gemelos enfocaban el rostro de una morena, el desconocido los volvía rápidamente, y un pequeño escalofrío hacía temblar su mano. Cuando por el contrario sus ojos se detenían sobre dorados cabellos, una expresión de alegría le iluminaba, y su mirada parecía no poderse separar de la bella espectadora.

Los estudiantes continuaban pataleando y gritando más que antes.

—¡Fuera los anteojos! ¡Fuera el fatuo!...

Marc-Henry tan sólo, estaba tranquilo e indiferente en medio de este jaleo, y en su fuero interno encontraba a sus camaradas infinitamente ridículos, tanto por hacer ruido como por reírse. De pronto oyó a uno de sus vecinos que decía a algunos de los demás jóvenes:

—Callemos; a su hora tomaremos la revancha.

—¿De qué modo? —preguntaron cinco o seis voces.

—Silbando o injuriando a la querida de ese quidam.

Marc-Henry no pudo contener su indignación, y exclamó:

—Felizmente para todos, no piensas lo que dices, porque sería una infamia...

—¿Porqué? —preguntó vivamente el estudiante.

—Porque cuando un hombre se venga de otro insultando a una mujer, comete un acto muy cobarde...

—Es verdad —murmuraron algunos jóvenes.

—Si encontráis mala la manera de obrar de ese extranjero, decídselo a él...

—¡Sí!, ¡sí!, eso es, —respondieron los estudiantes, tiene razón.

Y uniendo la acción a la palabra, cuatro jóvenes se miraron, y ya se iban a dirigir al proscenio cuando tres golpes dados en el atril por el director de orquesta, anunciaron el principio de la obertura.

Los estudiantes aplazaron su decisión para el próximo entreacto.

Capítulo IV

El telón se levantó.

El director contaba con la obra y con el estreno de un decorado nuevo. El teatro representaba una encrucijada inmediata al antiguo Louvre, en la que se veía una fachada. Sobre el costado izquierdo del espectador y formando el rincón de la calle, la casa de *Cerberti*, el tutor celoso y engallado de la pieza. Todas las ventanas de esta casa tenían reja. En lo alto de la fachada se veía una ventana, ovalada con doble reja. Ésta daba frente al patio. Detrás de la casa se encontraba un callejón sin salida, y más lejos una, segunda calle. Sobre el otro lado, frente por frente, una fonda, en la que se leía esta inscripción:

HOTEL DE MALTE

Muchas ventanas se abrían por encima de la puerta de entrada.

Florival, el brillante oficial de húsares, de uniforme, y *Carlin*, su fiel asistente, abrieron la escena con un dúo.

Se trataba de una nueva locura, *Florival* quería nada menos que robar a *Armantina*, la pupila de *Cerberti*, joven que era muy graciosa, y que el oficial adoraba sin haberla visto, porque el tutor la encerraba siempre bajo triples cerrojos. ¿Pero cómo hacerse amar?, ¿cómo llegar hasta la bella cautiva? He aquí lo que el amo y criado buscaban y no podían encontrar.

Después de un armonioso preludio, se oyó una voz pura y vibrante que cantó en el interior de la casa de *Cerberti*, la primera parte de un romance célebre en aquella época. Escuchando este canto, Marc-Henry palideció, y sintió latir con violencia su corazón. Le parecía encontrar en aquellas notas deliciosas algo de la voz querida de María de Châlans; se vio transportado por el recuerdo a aquella noche fatal, durante la cual, por primera vez, había oído el canto de la desgraciada joven, mientras se esforzaba en precipitar al abismo el cuerpo de su rival.

Armantina, o mejor dicho *Psiquis*, continuó cantando. *Florival* contestó como lo hubiera podido hacer su amante.

Entre tanto *Carlin*, haciéndose pasar por *Jacquinet-la-Treille*, el pequeño sobrino lugareño del viejo doméstico de *Cerberti*, se introducía en la casa, y el acto se acababa sin que se hubiera visto a *Psiquis*, o mejor dicho a *Armantina*.

Durante el entreacto, los estudiantes en cuestión se volvieron de nuevo hacia el palco proscenio de la derecha, con intenciones belicosas. Pero un cambio tan grande se operó en la actitud del desconocido, que toda agresión se hizo imposible.

Retiróse al fondo de su palco, inclinó su frente y cruzó los brazos sobre su pecho. Su mirada triste y su fisonomía lúgubre inspiraban una profunda tristeza. Este dolor visible y este completo abatimiento, desarmaron a los más iracundos y deshicieron las suposiciones tan laboriosamente hechas en el curso del precedente entreacto.

En vista de esto, la opinión general dejó de ocuparse casi por completo del desconocido.

El telón volvió a levantarse. La decoración no era la misma. Ahora representaba el interior del taller de *Cerberti*. En escena, a la derecha del espectador, se notaba un cuadro figurando a *Bayardo*, el caballero sin miedo y sin tacha, recibiendo una banda florida de las manos de la bella dama de *Randan*. Los personajes de este cuadro, accesorio importante de la acción, eran de tamaño natural. Un poco más atrás se encontraba una grada recubierta de paño oscuro. A cada lado de la escena una puerta lateral. En el fondo una ventana con grandes rejas. Profundo silencio reinaba en la sala, y *Armantina* hizo su entrada dejando a *Cerberti* la primera frase de su papel:

—*Vos diréis cuanto os plazca, pero no me gusta ponerme hoy de modelo.*

Psiquis, la debutante, era una joven de unos diez y ocho años, de estatura regular y muy bien formada; nada más lindo ni más encantador que su graciosa figura. De sus hermosas pupilas salían dos rayos que se asemejaban al reflejo de piedras preciosas. Tal debían ser los ojos de *Proserpina*, la mitológica e infernal deidad.

Un traje azul pálido, y un ramo de rosas blancas, componían el atavío de la actriz. De un solo golpe de vista era fácil darse cuenta de todos los detalles que acabamos de señalar rápidamente. Pero esta mirada no les fue permitida a los atentos espectadores, porque apenas *Psiquis* apareció, un incidente inesperado fijó todas las miradas e hizo latir todos los corazones. El desconocido del palco proscenio se había levantado lívido, y la miraba azorado. Por dos veces gritó con voz que parecía cortada por la emoción y la cólera:

—¡Eres tú!, ¡conque eres tú!

Después, lanzándose por encima del borde de su localidad, y franqueando los seis pies que le separaban del escenario, cayó sobre la escena y corrió hacia *Psiquis*, e hizo brillar por encima de su cabeza un pequeño verdugillo^[8].

La joven asustada, retrocedió vivamente, tratando de ganar los bastidores. Pero sus pies se enredaron en los pliegues flotantes de su ropa, y cayó. El desconocido se inclinó sobre ella y levantó de nuevo su puñal.

En la sala entera resonó un clamor de espanto.

Psiquis se desvaneció. Los actores azorados perdían la cabeza y gritaban: ¡*Socorro!* Sin osar afrontar los golpes de la amenazadora arma.

Todo esto pasó en menos tiempo del preciso para contarlo.

Capítulo V

La emoción aumentaba entre el público. Algunas señoras se habían desmayado. Los caballeros, pasado el estupor del primer momento, trataban de tomar una determinación. Sin duda llegaron demasiado tarde. Pero después del primer instante de peligro, Marc-Henry se había arrojado a la orquesta, derribó el contrabajo, rompió los timbales y llegó a su vez al escenario, y arrojándose sobre el desconocido, de un empujón lo separó de la joven desvanecida.

El desconocido dejó caer su puñal, y pasando de pronto del furor al abatimiento, se dejó arrastrar sin resistencia. Dos estudiantes habían seguido a Marc-Henry y se encontraron a su lado dispuestos a ayudarle, pero no hubo necesidad de ello.

En este momento se bajó el telón, porque en el público era de temer algún desorden.

He aquí la disposición de nuestros principales personajes en la escena que acababa de tener lugar.

Desde luego, cerca del telón de foro, un pequeño grupo compuesto de Marc-Henry, dos estudiantes, el extranjero, Filidoro con el traje de su papel de *Jacquinet-la-Treille*, y cuatro o cinco comparsas. Más allá otro grupo de actrices rodeaban a *Psiquis* que empezaba a volver en sí. El desconocido, cubierta la frente, parecía aterrado. Todo el mundo previó algún lance desagradable. En efecto, se oyó a Marc-Henry, que dirigiéndose al desconocido, exclamó:

—¡Caballero!...

El desconocido no respondió.

—Caballero —repitió el joven dándole un golpe en la espalda—, ¿me hacéis el obsequio de oírme cuatro palabras?

—¿Yo? —dijo el extranjero volviendo la cabeza.

—Sí, vos.

—¿Y qué me queréis?

—Acabáis de querer cometer un crimen horrible, ¿qué motivos teníais?

—¿Un horrible crimen? —repitió el desconocido acentuando fuertemente estas dos palabras—, no os comprendo.

—Ni la hora ni el sitio me parecen lo más a propósito para este asunto —dijo Marc-Henry con impaciencia.

—¿Por qué no aquí, caballero? —preguntó el desconocido.

—¿Por qué? Cerca del cuerpo inanimado de esta pobre joven, fingís no comprenderme para no responderme...

Marc-Henry, hablando así, señaló a *Psiquis* con un gesto maquinal. La mirada del extranjero siguió la dirección de la mano, y mientras que sus ojos se detenían sobre la

joven, la expresión de su fisonomía cambió de nuevo. Sus labios palidecieron, sudor frío bañó su frente, en fin, todos los síntomas de una violenta cólera, aparecieron sobre su rostro.

—¡Esta mujer! —Exclamó—, ¡oh!, ¡esta mujer!

—¿Qué os ha hecho? —preguntó Marc-Henry.

Pero el desconocido no le escuchaba.

—¡La miserable! —murmuró con voz ronca, y volviéndose como una fiera en su jaula—, ¡la miserable!, ¡la miserable!

A todo esto, *Psiquis* completamente repuesta, se levantó y se aproximó al grupo con timidez.

El desconocido hizo un movimiento brusco para lanzarse de nuevo hacia ella. Lo contuvieron, y Marc-Henry dijo por lo bajo a *Psiquis*:

—¿Quién es ese hombre, y qué le habéis hecho?

—¿Ese hombre? —respondió la joven con evidente buena fe—; si no lo conozco; no le he visto nunca.

El desconocido oyó estas palabras, y repitió, con risa sarcástica.

—¡Que no me conoce!, ¡no me conoce! ¡La miserable!... ¡oh!, ¡miserable!

De pronto se interrumpió en este acceso, y preguntó con voz seca y breve:

—¿Quién de vosotros ha sido el que me ha detenido el brazo al ir a herir a esta mujer?

Marc-Henry adelantó dos pasos, y dijo:

—Yo he sido.

—¿Vos? —murmuró el desconocido, fijando su mirada sobre el joven.

—Sí, yo —dijo de nuevo el estudiante, sosteniendo la mirada de su interlocutor.

—Está bien, caballero; habéis de saber que no autorizo a nadie para que se ocupe de lo que sólo a mí me incumbe, y he aquí cómo trato a los que se mezclan en mis asuntos...

Y pronunciando estas palabras, levantó rápidamente su enguantada mano, que cayó sobre el rostro de Marc-Henry.

El estudiante, transportado por un indecible furor, hizo un movimiento para arrojarse sobre su adversario. Tres o cuatro personas se arrojaron entre ambos. Esta intervención por entonces fue inútil, porque Marc-Henry se calmó poco a poco, y dijo:

—¡Una lucha de mozos de cordel en este sitio no es conveniente! Me es preciso vuestra vida, caballero... Puedo morir, pero al menos que sea de un pistoletazo...

—Aquí está la policía...

—¡La policía! —exclamó Marc Henry, —¡oh!, ¡no!, ¡este hombre me pertenece, y la justicia no me le arrebatará! ¡Que me mate mañana, y entonces le arrestará si quiere!, pero hoy nadie le toca.

Y Marc-Henry, cogiendo el sombrero y la capa de Filidoro y colocándolos sobre la cabeza y hombros del desconocido, dijo a dos estudiantes:

—Haced salir a este caballero y acompañadle.

El desconocido, antes de salir, abrió una cartera y tomó una tarjeta que entregó a Marc-Henry.

—Hasta mañana —contestó éste.

El extranjero hizo un signo de asentimiento y salió.

La tarjeta que Marc-Henry acababa de recibir llevaba un escudo blasonado; en el centro este nombre:

EL CONDE HÉCTOR DE NAVAILLES

Y más abajo, trazado con lápiz, estas palabras:

Hotel del Parque – Dijon

—¡Es un gentil hombre! —pensó el estudiante— y debe ser templado... ¡tanto mejor!

Psiquis había recogido en las tablas dos objetos que para ella adquirieron un valor infinito. El pequeño puñal triangular y su vaina, que escondió en su seno, prometiéndose guardarlo siempre. Luego buscó a Marc-Henry para darle las gracias por el inmenso servicio que acababa de prestarle, pero no le encontró por ningún lado. El estudiante había abandonado el escenario.

El representante anunció al público que el espectáculo iba a continuar, y la ópera cómica terminó, en efecto, en medio de atronadores aplausos.

Psiquis, llamada tres veces a escena, y cubierta de ramos de flores, y no pudiendo soportar tantas emociones, se desvaneció de nuevo, pero esta vez fue de la alegría del triunfo.

Marc-Henry vivía en la plaza de *Cordeliers*, cerca de la Escuela de Derecho. Al salir del teatro, después del suceso que ya conocemos, Marc-Henry se retiró a su casa con el espíritu muy preocupado. La situación no era muy alegre que digamos; acababa de ser mortalmente insultado por un hombre al que no conocía. Se encontraba en la terrible necesidad de jugar su vida a la mañana siguiente, sin otro motivo real que una provocación brutal e insensata.

La joven por la cual iba a batirse, le era indiferente. La noche estaba fría, y Marc mandó encender fuego en la chimenea de su habitación. Encendió dos bujías, tomó una pipa que cargó maquinalmente, abrió la ventana que daba sobre la plaza, y apoyado de codos en ella, se puso a fumar, esperando a los dos estudiantes que había enviado a acompañar al caballero del palco proscenio. Al cabo de diez minutos, un ruido de pasos se oyó en la escalera, y la campanilla de la puerta se agitó violentamente.

Marc-Henry corrió a abrir.

Capítulo VI

Los que llegaron no eran otros que los dos jóvenes que esperaba Marc-Henry.

—¿Y bien?

—Querido —respondió uno de ellos—, se llama, en efecto, el conde Héctor de Navailles y vive en el *Hotel del Parque*.

—¿Y qué os ha dicho por el camino?

—Ni una palabra relativa al suceso de mañana, que parece tener olvidado. Nos ha hablado de las cosas más indiferentes, con la libertad de un hombre de mundo conversando en un salón. Parecía muy calmado, dulce y singularmente simpático. No podíamos creer el testimonio de nuestros sentidos, y nos era imposible reconocer en este hombre amable al energúmeno furioso que poco antes levantó el puñal sobre una joven y se condujo contigo de la manera más irritante... Al dejarlo nos saludó cortésmente, y nos dijo que tendría el honor de esperar mañana hasta el medio día.

—¿Y vosotros qué le habéis contestado?

—Que iríamos a las ocho de la mañana.

—Perfectamente.

—Pero no es esto todo.

—¡Ah!, ¡ah!...

—Hemos preguntado al dueño del hotel y nos ha dicho que el señor de Navailles está en Dijon hace tres días; que viaja en posta, en una berlina de prodigiosa elegancia, pero sin criados; que después de su llegada no ha salido más que una sola vez, y que ha sido esta tarde para ir al teatro; que arroja el dinero por las ventanas y causa asombro a todo el hotel por sus excentricidades, haciéndose servir tres opíparas comidas todos los días, no probando más que una taza de caldo y un vaso de agua al lado de una mesa cargada de manjares exquisitos y vinos de primer orden.

—¡Vamos!

—El hecho es positivo. Cuando ha tomado el caldo y el vaso de agua, vacía las botellas de *Clos-Vougeot*, de *Chambertin* y de *Romanée* entre los platos, y pide la cuenta al dueño y le paga en oro.

—Escuchándote, Gustavo, no sé si sueño o estoy despierto...

—Desgraciadamente no duermes; todo esto es real... demasiado real. Hablemos, pues, seriamente de esta deplorable cuestión... ¿qué has decidido?

—Ya lo adivináis.

—Sin duda; ¿pero todavía?

—Sí... vosotros seréis mis testigos; ¿no es eso?

—¡Pardiez!

—A las ocho os presentáis en el hotel y convenís todo con mi adversario... Lo

que hagáis lo doy por bien hecho.

—Sea. El encuentro puede ser a las nueve en el Parque.

—Sí, pero he pensado una cosa.

—¿Cuál?

—El señor de Navailles es forastero, y sin duda no conoce a nadie aquí, y por consiguiente no tendrá padrinos.

—Verdad es; al ir buscaremos dos camaradas que se presten a ello.

—Hacedlo; os lo ruego.

—Tú eres evidentemente el ofendido; ¿qué armas escoges?

—¿Qué armas? —repitió Marc-Henry.

—Sí.

—No sé manejar más que la carabina, y es un arma fatal.

—No se usa la carabina, —respondió el estudiante— es preciso optar entre la espada y la pistola.

—Poco me importa.

—Entonces, escoge la espada. Precisamente Badinguet tiene excelentes floretes que me parece te convendrán. ¿Estás convenido y prevenido?

—Sí, todo, absolutamente —respondió Marc-Henry.

—Buenas noches, amigo mío. Trata de dormir tranquilamente.

—¡Oh! Ya dormiré —dijo el joven sonriendo.

Los estudiantes partieron, y nuestro héroe volvió de nuevo a la ventana y continuó fumando sin notar que su pipa estaba apagada.

Al cabo de una hora, notando que el aire se iba haciendo sumamente frío, se retiró y se acostó después de haber apagado las bujías, no tardando en dormirse como había anunciado.

Cuando se despertó era muy entrado el día; se levantó y fue corriendo a mirar el reloj; eran las ocho y media.

—No tengo más tiempo que para vestirme —se dijo, y lo empezó a hacer rápidamente.

Dieron las nueve y luego la media para las diez, y Marc-Henry viendo que nadie parecía, pensaba:

—Es extraño.

En fin, no teniendo paciencia para esperar más, tomó su sombrero y se disponía a salir cuando un golpe de campanilla lo detuvo. Corrió a la puerta; eran los estudiantes.

—¿Cómo venís tan tarde?, ¿qué hay de nuevo?

—Ahora te lo diremos; pero permítenos descansar que venimos rendidos.

Gustavo se dejó caer en un sofá, y Marc-Henry pudo ver entonces que sobre su rostro, mirándole con atención, se veía una doble y singular expresión, a la vez de alegría y tristeza.

—¿Habéis retrasado el momento del duelo? —preguntó con febril impaciencia.

—Ya no te bates —contestó el estudiante.

—¡Supongo que eso es una broma!

—No.

—Pues no recuerdo haberos encargado que arreglárais el asunto de este modo — dijo Marc-Henry con vivacidad, y casi con cólera.

—Verdad es.

—He sido insultado de una manera infame... he recibido un bofetón, ¡un bofetón!, vosotros lo sabéis, y me venís a decir que no me bato.

—Sí.

—¡Gustavo! ¡Gustavo!, tú eres mi amigo... es verdad... tomas mi defensa... y vas demasiado lejos...

—¿Es decir, que buscas querrela?

—Espero que te expliques.

—Ya lo hubiera hecho si no me estuvieras interrumpiendo.

—En nombre del cielo habla, porque estoy en ascuas.

—Hombre sin paciencia, escucha. Esta mañana...

—Date prisa, amigo mío.

—¡Cáspita! Si quieres que me dé prisa empieza por no interrumpirme. Pues como decía, esta mañana a las ocho, Pablo y yo nos hemos llegado al *Hotel del Parque*, y hemos subido a ver al señor de Navailles. Dos de nuestros amigos nos esperaban abajo, y nos reservamos decir a tu adversario si los admitía como testigos. El conde nos atendió. Estaba vestido de negro con corbata blanca, con unos pequeños zapatos, como si se dispusiera para ir a un baile. Nos recibió muy bien y aceptó el arma por nosotros escogida; nos dio las gracias por haberle proporcionado testigos, y nos dijo que no había inconveniente en que se llevara a cabo después de la entrevista.

—¿Ves bien —interrumpió Marc-Henry— cómo nada justifica tus palabras de antes?

—¡Paciencia! Ya nos habíamos levantado, y Pablo y yo nos disponíamos a venir a buscarte, cuando una silla de posta tirada por cuatro caballos se precipitó en el patio del hotel. Me aproximé a una de las ventanas mientras que el señor de Navailles se asomaba a otra. El coche se paró. Un lacayo se lanzó del pescante, abrió la puerta y un anciano de blancos cabellos bajó de la silla de posta con una vivacidad impropia de su edad. Nada me pareció más natural que lo que estaba viendo, cuando un grito resonó a mi lado. Volvíme bruscamente y vi...

—¿Qué viste? —dijo Marc-Henry.

—Antes de acabar —prosiguió el estudiante—, debo prevenirte que lo que tengo que contarte parece inverosímil.

—¿Qué viste? —interrumpió Marc con marcada impaciencia.

Capítulo VII

Vi al señor de Navailles que se retiró de la ventana al centro del cuarto con el rostro lívido y la mirada extraviada. Los mechones de sus cabellos negros erizados asemejábanse pequeños cuernos diabólicos. Por fuerza debía experimentar un profundo miedo, su mirada era aterradora. Nada lo justificaba; nada explicaba esta apariencia de terror, y me parecía un asombro estúpido, cuando al fin, me fue revelada la palabra del enigma. La puerta de la habitación se abrió y vi entrar al anciano de cabellos blancos que algunos momentos antes descendía de la silla de posta en el patio del hotel. Estaba muy pálido; parecía singularmente emocionado y gruesas lágrimas caían de sus rojos párpados. Dirigióse al conde Héctor y le tendió los brazos como invitándole a arrojarse en ellos. Pero al aspecto del que acababa de entrar, el conde retrocedió de nuevo, dando un segundo grito parecido al primero, y quizás más ronco y más feroz. Se puso a pasear y gesticular, dio diez vueltas al cuarto, haciendo contorsiones espantosas, dando gritos inarticulados, blasfemando como un malvado y gritando como una fiera. El anciano se retorció las manos. La puerta estaba entreabierta. Los criados del hotel, atraídos por el ruido, miraban curiosamente. Me llegué a la puerta y la cerré. El anciano me miró de un modo que comprendí quería decir, *gracias*. El señor de Navailles se fue calmando poco a poco; su frente volvió a serenarse y la mirada tornó a su expresión habitual. Se aproximó al recién venido, y dijo tendiéndole la mano:

—*Os reconozco. —¡Al fin! —exclamó el viejo. —¡Ah! ¡Alabado sea Dios! —Tengo mucho gusto en veros —continuó el conde Héctor—, porque tengo que deciros cosas que os han de agradar, y a las que prestaréis atención... —¿Qué cosas, hijo mío? Hablad.—Me escucháis con atención, ¿no es eso? —Puesto que me lo pides... —¿Y guardaréis el secreto? —¡Sin duda!—. ¡Es que es muy grave, y va en ello mi cabeza! —Un temblor convulsivo agitó los miembros del anciano. Su interlocutor se inclinó hacia él con aire confidencial, y prosiguió, pero sin bajar el diapasón de su voz—. Venís de su parte... —¿Qué dices?—. Es inútil tratar de engañarme; sé la verdad completa... —¡La verdad!... —Sí. Ella os ha encargado venir a buscarme y hacer todos vuestros esfuerzos por llevarme; ella os ha jurado que se arrepentía; ella ha prometido mucho, pero todo no conduce a nada; hablaréis en vano, mi suplicio ha terminado..., ahora soy libre... ella ha muerto... —¿Muerta? —¡Sí, muerta!, ¡bien muerta, y yo la he matado! El conde Héctor miró a su alrededor con inquietud, y dirigiéndose al anciano dijo: —¡Chist!... ¡chist!... No habléis más de esto por la gravedad que para mí tiene. Volvió a medir la sala a grandes pasos y a cantar y gritar, hasta que cansado se dejó caer en un sillón, sollozando amargamente y apoyando la cabeza en sus manos.*

—Pero, Gustavo, ¡lo que dices no es posible! —interrumpió Marc-Henry.

—Ya te he dicho que he visto cosas increíbles —replicó el estudiante—; déjame, pues, acabar.

—Sigo escuchándote.

—Prosigo pues: El anciano, aprovechando el abatimiento momentáneo del conde Héctor, me llevó a una ventana y me dijo:

—¿Sería indiscreto al preguntaros las razones que os han traído aquí?

—¡Caballero!... —le contesté— me sorprende vuestra interrogación y...

—Es natural; pero la comprenderéis al saber que soy el marqués de Navailles, padre de ese señor...

Y con un gesto designó al conde Héctor, que sollozaba todavía.

Le conté al marqués la escena de ayer; la provocación de que fuiste objeto; en fin, le he hablado francamente, diciéndole que estábamos allí para arreglar los preliminares de un duelo.

—¡Dios mío! —dijo entonces el marqués levantando las manos al cielo.

—¡Dios mío! —Y luego, dirigiéndose a mí, exclamó:

—¡Pero ese duelo es imposible!

—¡Imposible! —dije a mi vez.

—Completamente.

—¿Por qué?

—No habéis comprendido —añadió con acento delirante— ¡que mi desgraciado hijo está loco!

—¡Loco! —exclamé.

—¡Sí, caballero, y esto es horrible! ¡Era tan bueno el pobre chico!, ¡tan tierno!, ¡tan generoso!, ¡tenía un corazón tan noble!, ¡y esa mujer!... ¡Oh!, ¡esa mujer!, ¡que Dios que me oye la maldiga como la maldigo yo!...

Estas palabras me habían interesado, y no pude impedir el preguntarle:

—¿Quién es esa mujer?...

—Una mujer a quien él amaba... amaba apasionadamente... ¡a pesar mío!... ¡a pesar de todo!... Ella es hermosa de cuerpo y de rostro; pero tiene un alma muy negra... Yo lo sabía y se lo dije; pero él no quería escucharme, no me creía... me abandonó por ella, por ella ha dejado su carrera militar, brillante y gloriosamente empezada... con ella se ha lanzado a una vida vergonzosa y casi deshonrosa... Miradle; la cabeza calva, los ojos hundidos; parece un viejo, y sin embargo, es joven todavía... fuerzas vitales, inteligencia, todo se lo ha gastado la miserable; un día le engañó vergonzosamente y huyó... Hubiera bendecido al cielo y me hubiera regocijado... ¡Ah!, yo hubiera debido llorar y me desespero... Él la ama aún, la ama más que nunca... Ella se ha llevado su corazón y su pensamiento... ¡él está loco! Desde entonces, caballero, no tengo punto de reposo, porque su locura es terrible y peligrosa; frecuentemente, y sin otra causa que una alucinación, cree reconocer en mujeres desconocidas la que busca y que maldice; entonces, poseído de una demencia

furiosa se arroja sobre ellas y trata de herirlas mortalmente... hace seis meses, su razón parecía volver en sí... él olvidaba y yo esperaba... Mi constante vigilancia disminuía poco a poco, y a los ocho días de esto mi desgraciado hijo huyó. Al día siguiente salí en su busca; pero por una equivocada indicación, tomó un camino distinto y perdí mucho tiempo sobre una huella desconocida. Puedo estar satisfecho puesto que le he hallado, pero... ¡mirad cómo! Voy a partir con él a Londres. Me han hablado mucho de un afamado médico alienista... Voy a probar, a ensayar todavía... probar siempre... ¡pero ya no espero nada! ¡Oh!, ¡esa mujer!, ¡esa mujer!

—Esperad, caballero —contesté al pobre anciano—. Dios es bueno y la ciencia tiene secretos sublimes.

Por toda contestación movió tristemente la cabeza. Cuando acababa, el conde Héctor se adelantó hacia nosotros. Su continente era digno y frío; su mirada segura.

—Estoy a vuestras órdenes —nos dijo.

¿Qué responder? Saludé al pobre padre y al desgraciado hijo y me retiré con Pablo del hotel, y henos aquí.

El hijo de Esther guardó silencio.

Los estudiantes comprendieron que desearía estar solo, y se retiraron. Apenas se habían marchado, Marc-Henry exclamó:

—¡*Loco de amor!* ¿es verdad, pues? ¿Puede volverse *loco de amor?*

Y durante dos horas le absorbió este pensamiento.

Capítulo VIII

Veinticuatro horas habían transcurrido después de los acontecimientos que acabamos de narrar, y Marc-Henry, medio tendido en un diván en uno de los ángulos del *Café de las mil columnas*, recorría distraídamente un periódico esperando al joven oficial con el que todas las mañanas jugaba su partida de dominó. En este momento Filidoro entró en el establecimiento y fue a sentarse al lado del estudiante.

El aspecto del cómico no era, como de costumbre, jocoso y excéntrico. Su entrada fue modesta y sin ruido. Marc-Henry notó estos síntomas, tan fuera del uso de Filidoro, y le dijo:

—¡Ah, amigo mío! ¿De dónde vienes que traes esa cara?

—¡Ah, querido amigo! —respondió el actor dando un suspiro.

—¿Qué te ha pasado?

—No tengo nada, y esto contribuye a desconsolarme, pero no es esto todo...

—Dime lo que haya...

—Pero... yo debo...

—¡Debes, y mucho! —respondió Marc-Henry sonriéndose.

—No te rías de mi gran infortunio —dijo el actor con cómica seriedad—. ¡Lo que me pasa es grave, muy grave!

—¿Es verdad?

—¡Y tan verdad!

—Veamos, pues.

—¿Serás discreto?

—¡Pardiez!

—¡Bien! Tengo...

—¿Qué?

—Penas en el corazón...

—¿Tú?

—En persona... sé bien que esto parece inverosímil; pero ¿qué quieres?

—De modo que, al fin, el irresistible Filidoro ha encontrado una cruel...

—¡Una tigresa, querido amigo, una verdadera tigresa, y más terrible aún...!

—¡Ah!, ¿hay alguna cosa más terrible?

—¡Ya lo creo!

—¿Y es?

—Es la bella por quien suspiro y que no ha escuchado mi voz; ama a otro.

—Por vida de... ¡esto se complica!

—Mas de lo que te figuras...

—¿Cómo?

—He aquí: ¡es a mí, a Filidoro!, a quien ella ha escogido para hacerse entender de otro...

—¿A quien ella ha amado quizá?

—Justo.

—¡Ah!, ¡ah!, pobre chico.

—Tú ríes, sin corazón.

—Hay por qué. Es muy original haberte encargado esa misión singular... que nada te obligaba a aceptar.

—Error, amigo mío; la sirena me fascina, estoy bajo su dominio, y a pesar mío la obedeceré.

—¡Vaya! ¿Serás el galante Mercurio?

—Es preciso.

—¡Es triste!

—Una cosa, sin embargo, me consuela algo.

—¿Cuál?

—Es que quiero el bien de mi dichoso rival...

—Esta abnegación es meritoria, ¿y quién es ese afortunado mortal?

—¡Oh!, cuando lo sepas te sorprenderás.

—¿Lo crees así?

—Tengo mis razones para suponerlo.

—Entonces habla pronto, porque me gustan mucho las sorpresas.

—Pues bien, la persona en cuestión es...

—¿Quién?

—Tú.

—¡Yo!

—Sí, tú mismo.

—¡Vamos, vamos!...

—¡Ya sabía que no lo creerías! Lo cual me hace, sin embargo, decirte que es verdad...

—¡Una mujer me ama y te ha encargado que me lo digas!... ¡pero esto es algún cuento!

—Marc-Henry, amigo mío; ¡me ofendes dudando de mi palabra!...

—¿Quién es esa beldad?

—¿No lo aciertas?... es *Psiquis*.

—¡Psiquis! —repitió el estudiante, cuyo nombre hizo latir violentamente su corazón—. Si no me conoce; apenas me vio la otra noche...

—Pues no lo parece así. Por lo demás, convídame a almorzar, y en tanto te contaré detalladamente lo que ha pasado.

Marc-Henry hizo servir un almuerzo a su amigo; esta colación sustancial produjo un efecto rápido; la melancolía insólita que se había apoderado de Filidoro, desapareció como por encanto.

—Veamos.

—He aquí la historia:

—*Ayer mañana en el ensayo, nuestra nueva compañera Psiquis me hizo seña de que la siguiera entre bastidores. —¿Conocéis al joven —me dijo—, que la otra noche mientras vosotros me abandonabais como unos gallinas, saltó valerosamente al escenario y me salvó del abominable loco que quería matarme? —Le conozco —contesté—, y tengo el gusto de ser de sus íntimos. —¿Qué hace? —Es estudiante. —¿Cómo se llama? —Marc-Henry. —¿Tiene alguna querida? —No, o por lo menos no se le conoce ninguna—. Señor Filidoro —prosiguió Psiquis— creo que sois un buen muchacho y voy a pedir os un favor. Pero... ¿de qué índole? —¿Queréis decir de mi parte al señor de Marc-Henry, que le he buscado en vano por el teatro para hacerle presente mi gratitud... que deseo vivamente verle... hablarle... y que espero me hará el honor de venir a verme... lo antes posible?... —¡Diablo! —respondí— ¡esta comisión no me parece muy agradable! —¿Rehusáis? —me preguntó la sirena con una sonrisa y una mirada tan encantadoras y diabólicas, que sentí rodar mi cabeza y latir con fuerza mi corazón. —¡No, no rehuso! —exclamé— ¡haré lo que queréis, aunque es muy duro! —Gracias, amigo mío— dijo entonces Psiquis estrechándome la mano.*

—He tocado muchas manos de mujer, querido Henry, pero ninguna me ha producido el efecto del contacto de éstas.

—*¿Puedo contar con vos? —añadió Psiquis—. En cuerpo y alma. —Y... —prosiguió con voz temblorosa— ¿creéis que vendrá? —Así lo creo— repliqué.*

—Yo ya he cumplido mi misión, por cierto bastante pesada; ahora tú verás.

—No quiero —respondió el estudiante— ni amo a ninguna mujer, y ésta me espanta, y no iré a verla.

—¿Es posible?

—Tú lo has dicho. *Psiquis* tiene un encanto diabólico que debe ser fatal. Lo repito, esta mujer me espanta.

—Sin embargo, la has protegido, la has defendido.

—Hice lo que hubiera hecho por otra cualquiera; pero de defenderla a amarla va gran trecho.

—¡La tratas con rigor!

—La expresión es fuerte, pero el pensamiento justo. Si como supones *Psiquis* siente un capricho por mí, este capricho pasará del mismo modo que ha venido, porque yo jamás seré el amante de *Psiquis*.

—Estás en un error, querido amigo, *Psiquis* te ama, me consta, quiere verte y te verá.

—He ahí lo fuerte.

—Tengo la seguridad; te lo pruebo.

—¿Con que argumentos?

—Con éstos, que son irrecusables. Hay un antiguo proverbio que dice: *Lo que la*

mujer quiere, lo quiere Dios.

—El hecho es —dijo Marc-Henry riendo—, que con razones de éstas no me convences. ¡Ah!, ¡tú que conoces bien el corazón humano, Filidoro!

—¡Demasiado! ¡Demasiado!, y acuérdate de lo que te he dicho, amigo mío.

Filidoro tomó su sombrero, lo inclinó sobre la oreja derecha con aire de calavera, y salió del café tarareando un aria.

Capítulo IX

P *siquis*, que en el registro civil se hallaba inscrita con el vulgar nombre de Catalina Pitois, había nacido en París, en una casa de la calle de Saint Nicolás. Era hija del amor. Su madre, actriz del *teatro de Novedades*, se hubiera encontrado en un verdadero compromiso si hubiera tenido que designar de una manera precisa al autor de los días de su hija. Por desgracia ninguno de los nombres favorecidos que podían reclamar los honores de esta paternidad casual, estaba en posición de asegurar la suerte de la recién nacida.

La pobrecilla, hizo pues, en el mundo una entrada muy triste, y sobre todo muy mal acogida. Pero como desde la edad de dos o tres años, anunció ser hermosa, la señora Pitois se consoló alimentando infames esperanzas sobre la futura belleza de su hija. A los cinco años, Catalina era, en efecto, linda como los amores. Su madre la llevaba todas las noches al teatro con ella. El director notó las gracias de la niña, y le dio el papel de *Cupido* en una gran función mitológica. La pequeña tuvo en la escena mucho aplomo y la hicieron una gran ovación.

A partir de este momento fue querida por su madre, tanto como antes la detestaba. Para la señora Pitois era el ídolo que debía enriquecerla.

Es una cosa muy abominable, y sin embargo muy común, estos vergonzosos cálculos maternales.

Catalina creció y pasó de la infancia a la pubertad, bajo la obsesión de esta única idea, que la belleza era un capital, y que de él se había de sacar el mayor partido posible. Su madre se lo repetía sin cesar. Le contaba los resultados metálicos que una mujer hábil podía obtener, solamente con una mirada. Le establecía una especie de *tarifa amorosa* en que todos los favores posibles, estaban evaluados, desde los más mínimos hasta los más absolutos. Por una sonrisa... tanto. Por un beso... tanto. Por... etc., etc., etc... El resto de la nomenclatura nos llevaría demasiado lejos.

Catalina encontraba todo esto muy sencillo, y prometía no separarse jamás de la línea de conducta trazada por su madre. La joven llegó a los quince años, edad designada por la señora Pitois. Ya estaba la flor abierta y en disposición de ser cogida y vendida.

Muchos adoradores se presentaron y fueron examinados por la prudente matrona.

Uno demasiado joven, otro no bastante rico, fueron desechados todos. En fin, un alto personaje, que no nombramos por razones de conveniencia, fue puesto en primera fila y se le admitió. Discutiéronse largamente los artículos del *contrato* y quedaron de acuerdo.

La alegría y orgullo de la señora Pitois llegaba al límite, pero su triunfo fue de corta duración; una súbita y terrible enfermedad vino a cortar por completo este

dorado convenio. La señora Pitois murió sin haberlo visto consumado. Sus últimas palabras fueron trazar la línea de conducta de su hija en el porvenir. Sus ojos se cerraron, y entregó su alma al diablo; Catalina lloró sincera y amargamente sobre el cadáver de esta *buena* madre.

Capítulo X

Aún calientes las cenizas del cadáver de la señora de Pitois, el personaje de quien acabamos de hablar vino a reclamar la ejecución del plan propuesto por dicha señora. Obedeciendo los últimos consejos de la moribunda, la joven se entregó con la mayor lealtad al comprador que la pagaba al contado, y que más feliz que la mayor parte de los libertinos de edad avanzada, sus dignos colegas, pudo salir contento de los besos impuros de una *real* virginidad.

No tendremos necesidad de decir que la nueva querida del viejo decrepito, fue rodeada inmediatamente de todas las voluptuosidades del más completo y refinado lujo. Gracias a los cuidados maternales, Catalina Pitois estaba a los quince años tan profundamente corrompida como una cortesana. Bajo una apariencia de candor, ocultaba una truhanería precoz y consumada, y sin duda hubiera podido abastecer entre lo escogido de la galantería venal, una carrera brillante y fructuosa, si en su misma naturaleza no hubiera encontrado un infranqueable obstáculo.

Aludimos al ardor de sus sentidos. En efecto, la joven era fría como las estatuas de mármol, y como ellas bella. Para ella los caprichos amorosos no debían existir. Su corazón la conduciría de tropiezo en tropiezo, de tontería en tontería, y durante toda su vida se pondría entre ella y la fortuna una infranqueable barrera.

Ahora bien; Catalina Pitois tenía un alma de Mesalina en un cuerpo de bacante. Uníanse a esto algunos instintos vagamente artísticos, bien diferentes del positivismo indispensable a toda criatura que comercia con sus encantos. La sangre rica y generosa que hervía en sus venas, se revolvía bajo las caricias caducas y los abrazos impuestos de su primer amante. Y a esta repulsión profunda y llena de disgustos, se mezclaban ardientes aspiraciones hacia delicias desconocidas. Así que aún no habían transcurrido dos meses cuando ya Catalina pensaba en abandonar a su viejo protector. Del pensamiento al hecho material no había más que un paso, y Catalina no tardó en darlo, porque era de las que no retroceden ante ninguna clase de obstáculos.

El escándalo debía ser grande para el alto personaje que nos ocupa, y por eso se calló, y se retiró sin ruido, dejando a la loca joven las riquezas presentes que de él había recibido. Al cabo de algunas semanas todo se había consumado. Catalina se encontraba de nuevo en la calle.

No tratamos de seguirla paso a paso en el dedalo de sus oscuros amores. Las páginas anteriores han removido demasiado el fango. Diremos que después de mil y una aventuras, vino a ser la querida de un cantante de la Opera, que vio que su conquista tenía una voz maravillosa. Guiada por este cantante, cultivó las disposiciones de que la Naturaleza la había dotado, y después de cortos estudios, apareció con gran éxito en las tablas de un teatro.

En esta época juzgó conveniente cambiar su verdadero nombre por el seudónimo de *Psiquis*, bajo el que la conocimos. Animada por el resultado de sus primeros ensayos, ambicionaba ovaciones de un orden más elevado y quiso debutar en la Opera Cómica.

El director del teatro Feydeau, cayó en la red de la hermosura de la joven, y después de haberla oído, la aconsejó que estudiara durante un año; que si al cabo de este tiempo había adquirido el hábito a las tablas y un grado suficiente de arte musical, prometía contratarla.

A todo esto, un agente dramático ofreció a *Psiquis* un empleo de segunda tiple en el teatro de Dijon. Aceptó y partió.

Nuestros lectores saben lo demás.

* * *

Hemos dejado a Filidoro en el momento en que salía del *Café de las Mil Columnas*, después de haber tenido con Marc-Henry una larga conversación. Transportémonos, a esa hora, a una pequeña habitación de la calle de Chancelier de l'Hospital, inmediato al teatro.

En ella vivía *Psiquis*, provisionalmente. La joven estaba sola y parecía vivamente preocupada. Sentada cerca del fuego, miraba de cuando en cuando con marcada impaciencia las manecillas de un reloj de pared, que en la de enfrente había. A medida que los minutos pasaban la impaciencia de nuestra joven crecía. De pronto se levantó, y cogiendo algunos granos de opio los envolvió en un pequeño papel de fumar, aspirando con sensualidad el oloroso vapor de aquel improvisado cigarrillo.

Un ruido de pasos se oyó en la calle. *Psiquis* corrió a la ventana, la abrió y miró ávidamente; bien pronto la cerró y volvió a sentarse con aire distraído y displicente.

A poco, oyóse en la escalera una canción de las entonces en boga, de la ópera del *Marinerito*, que subía cantando Filidoro.

Terminada la estrofa llamaron con precaución, y la joven exclamó:

—¡Entrad!, ¡adelante!

Filidoro entró con el sombrero en la mano.

La joven se levantó, dio dos o tres pasos hacia el recién venido y tendiéndole la mano le preguntó con vivacidad:

—¡Y bien!, amigo mío, ¿le habéis visto?

Pero Filidoro no respondió, y sus ojos excesivamente abiertos no se apartaban del rostro de la actriz. El desorden excéntrico y provocativo del tocado de *Psiquis*, explicaba el estupor del admirado joven.

Un peinador de cachemira blanco, ceñido alrededor del talle por medio de un cordón de seda, y la falta del corsé, permitían apreciar en su justo valor las increíbles perfecciones de la joven. Bajo este peinador sólo había una camisa muy fina de batista guarnecida con blondas. Dos pequeños botones de nácar que debían cerrar

sobre su pecho, desabrochados por algún movimiento de impaciencia, dejaba ver encantos demasiado bellos, que producían sobre el inflamable Filidoro el efecto de la cabeza de Medusa.

Extrañada de no recibir contestación, y notando la expresión de las miradas del actor, *Psiquis* arrojó una mirada sobre sí, y apercibiéndose de su media desnudez, sonrió y sin sonrojarse ni inmutarse, cerró su camisa, ajustó el peinador, y designando una silla a Filidoro, le dijo:

—Vamos, amigo mío, sentaos y hablad.

Capítulo XI

Filidoro obedeció a lo que la sirena le mandaba. Turbado por los encantos que había visto, exaltado por los que adivinaba, el joven actor permaneció mudo por dos o tres minutos, y como un hombre ebrio; *Psiquis* no pudo impedir el sonreír de nuevo al ver este triunfo tan completo y fácil de su hermosura. Dio a Filidoro el tiempo necesario para reponerse, y reiteró la pregunta:

—¿Le habéis visto?

—¿A quién? —preguntó el artista turbado.

—¿A quién! —exclamó *Psiquis* frunciendo las cejas—. ¡Pardiez!, a Marc-Henry.

—¡Ah! —balbuceó Filidoro—, sí...

—¿Y qué?

—Le he visto.

—¿Cuándo?

—Hace poco; acabo de dejarle en este instante.

—¿En dónde?

—En el café.

—¿Qué hacía?

—Leía un periódico.

—¿Habéis comido con él?...

—Claro, puesto que me ha invitado a almorzar.

—¿Le habéis hablado de mí?...

—Ciertamente.

—¿Le habréis dicho... que deseaba... darle las gracias?...

—Se lo he dicho.

—¿Y qué ha contestado?

—¿Queréis saber lo que ha dicho?

—Sí.

—Pues bien; me ha contestado que no valía la pena el dar las gracias; que lo que ha hecho por vos lo hubiera hecho por otra cualquiera...

—¡Ah! —dijo *Psiquis* palideciendo— ¿ésas, son sus palabras?

—Las mismas.

—Sin embargo, ¿vendrá a verme? Un hombre no rehúsa jamás la visita a una mujer que la pide... visita que no es más que un acto de pura política...

Filidoro guardó silencio.

—¡Hablad! —dijo bruscamente la joven.

—¿Qué queréis que os diga?

—¿Vendrá?

Filidoro hubiera querido estar a cien leguas de allí. La cuestión era clara y precisa; tomó su partido y replicó sin pestañear:

—Pues bien; no, no vendrá.

—¡Eso es imposible! ¿Por qué? ¿Os ha dicho eso?

—No una, sino diez veces.

—Pero en fin, ¿por qué? Sí, ¿por qué?

—¡Ah!, ¡caramba! Ya os he dado algunas razones.

—Y muy categóricas... ¿Cuáles?...

—Desde luego, él no os ama.

—¿Le habéis dicho que le pedía amor?... Continudad...

—Sigo —repitió Filidoro—, sigo; le dais miedo.

—¡Miedo!

—Sí.

—¿Me encuentra fea quizás?

—No... Marc-Henry, por el contrario, os halla muy bella.

—Pues entonces, ¿qué decís?

—La verdad. Marc-Henry pretende que vuestra mirada espanta y que debéis ser un diablo.

—¡Un diablo! —repitió Psiquis, levantándose y dando a su mirada una expresión infernal.

Filidoro se calló prudentemente. *Psiquis* volvióse hacia él con ojos de fuego; una súbita idea acababa de pasar por su mente.

—Tened en cuenta, Filidoro, que no creo una palabra de cuanto acabáis de contarme... Lo sabré todo... estáis celoso de Marc-Henry... no le habéis hablado, y para separarme de él venís bonitamente a insultarme en su nombre. Esto es indigno, pero os lo perdono. ¿No es verdad que mentís?

—No, por todos los diablos; desde la primera hasta la última sílaba es la verdad pura, es lo que ha dicho.

La cólera que hervía en el corazón y en las venas de la actriz salió en aquel momento por los poros de su cuerpo y se puso furiosa.

—¡Ah! —exclamaba con frases entrecortadas y secas—, ¡ah!, ¡con que me menosprecia! ¡Ah!, ¡me desdeña!, ¡ah!, ¡le doy miedo! ¡No quiere venir! ¡Pardiez!... he ahí lo que quiero, y me reiré bien pronto. Se figura que la leona quiere atraerle a su cueva para devorarlo con caricias de amor. Será que las mujeres ahora violan a los hombres. ¿Cree que le amo acaso? ¡No!, ¡no le amo! ¡Y bien!, ¡sí, le amo! Le amo por pasatiempo. Un capricho, una locura. Una locura, estoy loca, pero tengo calma, mucha calma, ¿no es así, Filidoro?

—Sí... sí... ciertamente —murmuró el actor estupefacto de lo que estaba viendo y no entendía.

—¡Un estudiante! —prosiguió *Psiquis* con furor creciente—, alguna cosa buena para mí. Y para él... para ese escolar estúpido, no deja de ser una posición brillante...

Tened, Filidoro, leed aquí.

Psiquis al pronunciar estas palabras cogió de encima de la chimenea una carta con escudo rojo blasonado, y la puso ante los ojos del actor. Filidoro leyó lo siguiente:

SEÑORITA:

Os vi el día de vuestro estreno, y no sé qué admirar más, si vuestra belleza o vuestro talento. Ambos han hecho en mi corazón profunda impresión. Tengo cincuenta años, soy soltero y poseo una gran fortuna. Si sois libre, mi más vivo deseo será que aceptéis lo que tengo la dicha de poderos ofrecer, es decir, una habitación digna de vos, un coche y una pensión de mil francos mensuales, poniendo el primer trimestre, desde luego, a vuestra disposición. Espero vuestra contestación hoy, señorita; procurad sea favorable al más entusiasta de vuestros adoradores.

*EL MARQUÉS S*** C****

Ahora bien; el marqués en cuestión era, sin duda alguna, el personaje más importante de la ciudad.

Filidoro devolvió la carta a *Psiquis*.

—¡Ya lo veis!

—¡Ya lo veo!

—¡He ahí lo que me ofrece un hombre del gran mundo, un gran señor!... ¡Y él, él!... ¡un estudiante!... ¡me desdeña!... ¡me rehúsa!... ¡oh!...

Psiquis se puso delante de un espejo; por medio de un brusco movimiento desabrochó su peinador, destrozó las blondas de su fina camisa, y sin notar la presencia de Filidoro, descubrió completamente sus espaldas y seno, exclamando:

—¡Y sin embargo soy bella! ¡Bella para hacer condenar a un papa!... ¡Pero... me vengaré!...

Después la actriz se envolvió en un chal y sentóse en una mesa, tomó un pliego de papel y una pluma y se dispuso a escribir.

—¿Qué vais a hacer? —le preguntó Filidoro.

—A escribir.

—¿A quién?

—Al marqués.

—¿Qué?

—Esto:

CABALLERO:

Os espero esta noche después del espectáculo. Acepto la cena que me ofrecéis.

*Vuestra servidora,
Psiquis.*

Mientras la joven hablaba, había trazado rápidamente sobre el papel las palabras que acabamos de reproducir. Cerró y selló este lacónico billete, y abriendo la puerta de su cuarto, dijo a Filidoro:

—No os retengo más, querido amigo, podéis iros ya; necesito estar sola.

El cómico saludó y salió; al bajar las escaleras iba pensando:

—¡Válgame Dios!, ¡y qué gallarda! ¡A mi vez me pasa lo que a Marc-Henry; creo que me da miedo! ¡Evidentemente, es un demonio!, ¡pero un demonio muy hermoso!

Capítulo XII

Al día siguiente *Psiquis* era la querida del marqués de S*** C***, y aún no habían transcurrido ocho días, cuando ya, por el lujo de sus tocados y por el modo de portarse, fue causa a la vez de la admiración y escándalo de los honrados habitantes de la ciudad de Dijon. Pero en sus relucientes ojos había lágrimas secretas. Bajo el terciopelo y satén de sus lujosos y elegantes trajes, llevaba un corazón profundamente herido. Por la primera vez en su vida, amaba, amaba con amor sensual, es cierto, pero de un modo ardiente y sincero; y por primera vez en su vida también se veía desdeñada, rehusada, menospreciada. Así sufría doblemente; en su amor menospreciado y en su amor propio ofendido.

Su capricho por Marc-Henry se había convertido en una verdadera pasión, por razón misma a los obstáculos que se oponían, y después de repetir cien veces y bajo cien formas distintas que ella aborrecía al estudiante y que a toda costa quería añadir a sus desdenes una venganza escandalosa, *Psiquis* no había llegado a esta conclusión. Sin embargo, a pesar de la extrema exaltación de sus sentidos y la violencia de sus deseos, la actriz no persiguió ostensiblemente a Marc-Henry. Dotada de un tacto exquisito como todas las jóvenes de su índole, lo mismo para el bien que para el mal, saliéndose de la línea común, *Psiquis* evitaba el ridículo y sabía representar su papel a las mil maravillas.

Cuando atravesaba la plaza de Armas y entreveía a Marc-Henry detrás de las vidrieras del *Café de las Mil Columnas*, pasaba ligera envuelta en un chal, y si notaba que el joven la miraba, no le faltaba pretexto para levantar algo el vestido dejando ver el nacimiento de la pierna más deliciosa que imaginarse puede. De igual modo, cuando en el teatro notaba la presencia del estudiante sentado en el sitio de costumbre, un cambio súbito se operaba en ella, parecía transfigurarse, y sólo pensaba en el que amaba, tomando su mirada un brillo y expresión tales, que arrancaban los bravos del público.

—Para vos solamente quiero ser bella —quería decirle *Psiquis*.

Esto no pasaba desapercibido para Marc-Henry, pero ¡cosa extraña!, cuanto más amado se sentía por aquella mujer tan envidiada, tan encantadora, tan deseada, mas le asustaba su amor y más cerraba el corazón a sus encantos. ¿Por qué? Lo ignoramos, y Marc-Henry tampoco se daba cuenta de ello.

La ocasión que con tanta impaciencia esperaba *Psiquis* se presentó al fin. Llegó el Carnaval, y el teatro de Dijon anunció tres grandes bailes de máscaras.

Cada invierno los bailes del teatro estaban concurridos por la oficialidad de la guarnición, estudiantes y grisetas de Dijon. En ellos los conocimientos amorosos se estrechaban de una manera encantadora; las lecciones galantes marchaban como en

un tren rápido.

En uno de estos bailes vamos a entrar si nuestros lectores nos lo permiten.

Eran las dos de la mañana. La alegría y el tumulto estaban en su apogeo. Los estudiantes de tercer año, juntamente con los cándidos bachilleres de la *Plaza del Morimont*, preludiaban por lo atrevido de sus pasos y desenvoltura de sus movimientos, a las posturas ilícitas de esta danza graciosa que nació algunos años más tarde, recibiendo el cabalístico nombre de *can-can*.

Marc-Henry, fatigado de haber bailado mucho y gritado más, se sentó, separándose del foco del ruido. Quitóse el ancho sombrero de fieltro que completaba su traje de bretón, y con el pañuelo se limpiaba el sudor que corría a mares por su frente, cuando a su lado vino a sentarse una mujer. Vestía con sencillez y elegancia un largo dominó de seda gris perla; estaba tan perfectamente envuelta en su capuchón; su careta de terciopelo negro cerrada por un borde de blondas espesas, estaba tan ajustada; sus pies y manos ocultos de tal modo bajo los flotantes pliegues de su traje, que hacían de todo punto imposible reconocerla por algún signo exterior. A pesar de esto, adivinábase que era joven. De sus vestidos que ocultaban sus formas, salía un suave perfume de juventud. A través de los agujeros de la careta, brotaba una especie de fluido magnético que revelaba la presencia de encantos ignorados.

Marc-Henry no se libró de esta oculta fascinación. La seda del dominó le tocaba ligeramente la mano, y al mismo tiempo sentía correr por su epidermis un ligero temblor parecido al de una débil descarga eléctrica. Retiró su asiento para dejar sitio a su nueva vecina, y creyendo ver una provocación indirecta en el hecho de venirse a sentar a su lado, se dispuso a entablar conversación.

Pero ninguno de esos asuntos triviales, comunes a las fáciles galanterías y más en los bailes de máscaras, se presentaron a su imaginación, y por lo tanto, llegaron a sus labios. Permaneció mudo, azorado y casi ridículo, enrojeciendo hasta el blanco de los ojos.

A la desconocida casi le pasaba lo mismo; un ligero temblor agitó de una manera casi imperceptible la guarnición de blonda de su antifaz.

Dos o tres segundos bastaron a Marc-Henry para triunfar de su intempestiva emoción. Quiso salvar su situación del ridículo, y exclamó con una alegre carcajada, volviéndose a la joven, pero sin tutearla, como es costumbre en estos casos:

—En verdad, señora, que nos tomarían por dos jóvenes enamorados al ver la timidez con que estamos. Es gracioso esto... muy gracioso, ¿verdad, señorita?

Capítulo XIII

La risa del estudiante no halló eco en la joven.

Su pregunta no fue contestada.

Sorprendido del obstinado silencio y de la inmovilidad completa de la desconocida, Marc-Henry se volvió hacia ella y fijó su mirada sobre sus pupilas que brillaban a través de los agujeros del antifaz. Entonces sintió nuestro joven por segunda vez esa vibración magnética, físicamente perceptible, y de la que ya hemos hablado. Para adquirir más firmeza, buscó la mano de su compañera bajo la ancha manga del dominó que la envolvía, y el contacto con la suya conmovió todas las fibras de su cuerpo, como si le hubieran puesto en contacto con un torpedo o una pila de Volta. Sintió que su timidez crecía y su embarazo redoblaba. Le fue preciso toda su presencia de espíritu, y aun así su lengua se negó a articular palabra alguna.

Confundido Marc-Henry trató de abandonar a la joven; pero ésta, triunfando de la primera emoción, lo retuvo cerca de sí, tocándole ligeramente con la mano, y le dijo con voz dulce y temblorosa, y evidentemente disfrazada:

—¿Queréis alejaros de mí, caballero? ¿Os doy miedo acaso?

—No por cierto, señora, pero a vuestro lado siento una sensación indefinible...

—Y penosa, ¿no es eso?

—¡Oh!, señora...

—Sed franco; sufrís, lo sé, lo veo.

—¡Pues sí!, es verdad; pero a vos toca disipar este malestar inexplicable.

—¿Qué es preciso hacer?

—Quitar durante un segundo la maldita máscara que tapa vuestro encantador rostro.

—¡Encantador!, ¿cómo lo sabéis?

—Lo adivino.

—Os engaños, caballero, porque si me descubriera como vos pedís por pura galantería, me abandonaríais, y no bastarían mis ruegos para deteneros.

—No os comprendo.

—Os lo explicaré todo, pero antes escuchadme y consentid en responderme...

—Con todo mi corazón, pero con una condición, sin embargo.

—¿Cuál?

—Que después de haber contestado a lo que me preguntéis, obtendré el favor de ver vuestro rostro.

—¿Lo exigís?

—No lo exijo, lo imploro.

—Bien, sea.

—Entonces estoy presto. Hablad, interrogad, que os escucho.

—¿Habéis amado alguna vez?

Este extraño principio, y los recuerdos que removi6, laceraron el alma de Marc-Henry.

—¡SÍ!, ¡oh, sí, he amado!

—¿Y sin duda amáis todavía? —dijo con vivacidad el misterioso dominó.

—No, ya no amo.

—¿La habéis abandonado?

—Ella jamás ha sabido mi amor.

—Pero ¿esperáis?...

Marc-Henry movió tristemente la cabeza.

—¡No habláis con franqueza! —repuso la desconocida—; esperáis siempre...

—¿El qué?

—Que su corazón comprenda al vuestro.

—¡Ha muerto! —contestó Marc-Henry.

—¡Muerta!... Entonces, ¿habéis sufrido mucho?

—Sí, mucho.

—¿Y es por eso por lo que tenéis miedo al amor?

—¡Miedo al amor! ¿Quién os ha dicho esta locura?

—Una mujer que os ama..., y que vos desdeñáis...

—En verdad, señorita, que os escucho y no adivino el sentido de vuestras palabras...

—Si en efecto no lo comprendéis, interrogad a vuestro alrededor y prometo contestaros.

—¿Una mujer decís?

—Sí.

—¿Una mujer que me ama y a quien desdeño?... Si me conocéis, señora, sabréis que nadie me ama, y que no tengo de ningún modo el triste mérito de rehusar un amor que jamás se me ha ofrecido.

—¿Cómo os atrevéis a hablarme así, a mí que soy?... —La desconocida se interrumpió, pero repuso al cabo de un segundo—. Que soy... la confidente y la amiga de esa mujer...

—Me estáis llevando de sorpresa en sorpresa. ¡Si pudiera creerlos, llenaríais mi corazón de alegría y de orgullo!... ¡Ser amado!... ¡ah!, es un sueño muy bueno, pero que no me trae la felicidad.

—Creedme y sed feliz... Se os ama, os lo juro, se os ama con profundo y ardiente amor.

—Quiero creerlos; pero su nombre, decidme el nombre de esa mujer...

—*Psiquis*... —balbuceó la desconocida—, ¿no lo sabíais?

—¡*Psiquis*! —repitió Marc-Henry con sonrisa desdeñosa—, ¡ah!, dudaba, señora, a pesar de vuestra seriedad, que todo fuese una broma de Carnaval...

—¡Una broma!... ¿qué decís?

—¡El amor de *Psiquis*, el amor de esa bella actriz, que hace dos partes de su alma, una que vende y otra que da! ¡Ah!, señora, no sé quién sois, ni si venís realmente a hablarme en nombre de *Psiquis*... Supongo que no me hacéis seriamente ese ofrecimiento vergonzoso, de obtener de balde lo que un viejo paga; pero si me engaño, decidle a *Psiquis* que jamás seré el amante de la querida del marqués de S*** C***.

—Marc-Henry —exclamó la desconocida—, ¡oh!, no resisto más. Te amo... te amaré siempre, y haré cuanto sea preciso para que me perdones... ¡y acabarás por amarme!

Y pronunciando estas palabras con voz anhelante y apasionada, la joven arrancó el antifaz que la cubría y mostró al estudiante su dulce rostro bañado de lágrimas.

Marc-Henry reconoció a *Psiquis*.

—Si hubiera sabido... —murmuró.

Pero *Psiquis* no le escuchaba. Tomó su mano y la estrechó entre las suyas con ardor y cariño, y se marchó desesperadamente; pero antes de desaparecer, dijo estas palabras:

—¡Te digo, que me amarás!

* * *

La escena que acabamos de presenciar, tenía lugar entre las dos y las tres de la mañana en un corredor del teatro de que hemos hablado a nuestros lectores.

Al dejar el baile, *Psiquis* se retiró a su casa, es decir, a la habitación que su protector el viejo marqués le sostenía. Pasó el resto de la noche en recoger todos los trajes de teatro y demás objetos que poseía antes de ser la querida del marqués. Cuando fue bien entrado el día, mandó transportar su equipaje a la habitación amueblada que antes ocupaba en la calle de Chancelier de l'Hospital, en la que se volvió a instalar, después de haber escrito una carta al señor marqués de S*** C***, carta en la que le rogaba que en adelante la considerase como una extraña.

Al mediodía *Psiquis* se fue, como de costumbre, al ensayo, y a nadie habló de lo que acababa de hacer. Así que júzguese del asombro de todo el personal del teatro, cuando en medio del ensayo se vio llegar al marqués fuera de sí, preguntando con grandes exclamaciones la causa de una rotura tan brusca e imprevista.

Psiquis le recibió muy mal, y de despecho, el señor de S*** C*** se arregló, acto continuo, con otra actriz, a la que instaló en la habitación de su exquerida.

Al cabo de una hora, la determinación de la actriz ocupaba la conversación de la ciudad entera, y Filidoro lo narraba con comentarios y floreos a los estudiantes del *Café de las Mil Columnas*. Marc-Henry guardó silencio durante la narración, contentándose con mover los hombros ligeramente.

—¡Esta chica está loca! —pensaba cuando hubo terminado Filidoro.

Deseo de mujer es un fuego que devora... dijo el bueno de La Fontaine, según creemos. Jamás ningún proverbio ha dicho verdad más incontestable. De día en día, de hora en hora, de minuto en minuto, si se nos permite decirlo así, el deseo de *Psiquis* aumentaba y avivaba los inextinguibles ardores de su cabeza y sentidos.

Diez veces después del inútil sacrificio, que había hecho a Marc-Henry al salir del baile de máscaras, había buscado el medio de introducirse en casa del estudiante, porque ella no contaba llegar a sus fines más que por medio de la sorpresa de seducciones sensuales. Pero Marc-Henry, amedrentado más y más por la desusada obstinación de semejante amor, había tomado sus medidas y dado una severa consigna, para no dejar entrar a ninguna falda sospechosa. Sin duda que el casto José, de puritana memoria, no se defendía con tanto cuidado de las lúbricas asechanzas de la mujer de Putifar.

Todo fue en vano. En esta tenaz lucha entre el fuego y el hielo, aquél tenía que ser el vencedor, y así fue en efecto.

Una tarde, Marc-Henry, confortablemente instalado delante de un buen fuego en su cuarto, añadía algunas páginas, según su diaria costumbre, al libro tan lleno ya de sus recuerdos, cuando dieron un suave golpe en la puerta.

—¿Quién es?

—Amigo —respondió una voz que no reconoció al pronto.

Sin embargo se levantó, y atravesando la pequeña habitación, fue a abrir. El recién venido, al que no pudo examinar Marc-Henry por la completa obscuridad de la primera pieza, era un joven vestido de negro y con el sombrero calado hasta los ojos. Éste pasó rápidamente delante del estudiante, y mientras éste cerraba la puerta, penetró en la habitación.

Marc-Henry le siguió, pensando quién podría ser aquel amigo a quien no había visto nunca.

Este amigo era *Psiquis*.

Psiquis, que acababa de quitarse el sombrero de hombre, y cuyos largos cabellos desatados flotaban sobre su espalda. *Psiquis* que tenía en la mano el pequeño puñal triangular arrancado por Marc-Henry al conde de Navailles en la noche del estreno de la joven. *Psiquis*, en fin, que observando el aspecto del estudiante, le dijo apoyando el puñal sobre su propio corazón:

—Si das un paso para retirarte, si me rechazas, si rehúsas oírme, ten por cierto que me doy la muerte al instante.

El acento de la joven expresaba una determinación tan firme y enérgica, que Marc-Henry no supo al pronto si era espectador de una escena de melodrama.

Psiquis estaba dispuesta a cumplir su programa hasta el fin. El estudiante se aproximó a ella emocionado. La miró de un modo frío y asombrado, pero sin cólera

ni desdén.

La actriz comprendió esta mirada y se dijo que estaba segura del éxito.

Se arrojó en los brazos del joven, y rodeándole con los suyos el cuello, sus labios ávidos buscaron los del estudiante.

La partida estaba ganada. *Psiquis* se quedó en aquella habitación hasta el día siguiente.

Capítulo XIV

¡O h! Sí, era un presentimiento venido del cielo el que hacía huir a Marc-Henry del amor fatal de *Psiquis*. Era una voz inspirada la que le gritaba se librase de la sirena peligrosa. Pero una irresistible fuerza le impulsaba hacia adelante, y le arrojaba, a pesar suyo, en medio del peligro.

El resultado de la escena con que termina el capítulo anterior, sería prevista de nuestros lectores.

Al instintivo alejamiento que había tenido hasta entonces de la joven, sucedió una profunda pasión, sin otra transición que una noche de placer.

Y si hemos de comprender el corazón de Marc-Henry; si en el triste episodio de María de Châlans hemos reconcentrado bajo nuestra pluma algunas páginas ruidosas, se comprenderá sin trabajo cuál era el ardor de aquella nueva llama, alimentada por románticas predisposiciones de una cabeza exaltada, y por el delirio de los sentidos, delirio excesivo en una naturaleza casi virgen, dotada por consiguiente de una savia exuberante y de un atlético vigor. ¿Debemos entrar en los detalles de la luna de miel de Marc-Henry y *Psiquis*? No por cierto. Desde luego el tiempo nos lo dirá...

Una tarde, dos meses próximamente después de la primera entrevista del estudiante y la actriz, en el momento en que el espectáculo iba a empezar, anunciaron a los espectadores la suspensión de la función por haber desaparecido el director-empresario con los fondos recaudados. El espectáculo no podía tener lugar. Este abuso de confianza de aquel caballero, suspendía forzosamente el curso de las representaciones, condenaba el teatro a la clausura hasta otra temporada y ponía en la calle a los pobres artistas sin sustento y sin pan.

Reuniéronse éstos, y por unanimidad acordaron partir para recorrer las villas y pueblos del Franco-Condado y la Borgoña dando funciones.

Marc-Henry propuso a su querida que se quedase con él, y hacer una vida común; pero *Psiquis* respondió que la existencia errante de los comediantes nómadas le convenía, y que constituía en ella una verdadera enseñanza. Estas razones convencieron a Marc-Henry. *Psiquis* rehusó el quedarse con él, y resolvió partir con ella.

Tres meses anduvieron de pueblo en pueblo, llevando una existencia de la que hacemos merced a nuestros lectores. Al cabo de este tiempo la compañía se desorganizó y Marc-Henry volvió con su querida a Dijon.

Llegó el mes de Agosto y con él la época de la mayor edad del estudiante. Olaus David, el notario, remitió a Marc-Henry, el día que éste cumplió veintiún años, la suma de cincuenta mil francos con la carta escrita al joven por el barón de Châlans, pocos días antes de la terrible catástrofe que debía dejarle sin inteligencia y sin vida.

Marc-Henry partió para Besançon y recibió el doble depósito.

Capítulo XV

Poco tiempo antes de esta época la carta del barón hubiera reavivado en el corazón del joven los antiguos recuerdos, y abierto las cicatrizadas llagas de su corazón.

Esta carta en efecto revelaba al estudiante la triste casualidad de su nacimiento y le probaba los vínculos de la sangre que le unían a su primer amor, a la tierna María de Châlans. Pero ahora entre el pasado y el presente había un abismo, que era el amor de *Psiquis*.

Los dolores de Marc-Henry no aparecieron como otras veces, sino a medias, velados por la bruma del recuerdo. El presente con sus divinas voluptuosidades, el presente era todo. Así, el sentimiento que experimentó nuestro héroe al leer las póstumas revelaciones de su anciano abuelo, fue casi de indiferencia. Ciertamente, que tuvo un momento de orgullo al pensar que la sangre que corría por sus venas era sangre de gentil hombre. Ciertamente que derramó algunas lágrimas a la memoria de su joven madre, cuya vida arrancó con su nacimiento. Pero el recuerdo radiante de *Psiquis* disipó estos lúgubres pensamientos como la brisa matinal disipa las brumas de la noche.

Marc-Henry recogió la prima considerable que acababa de heredar y sin perder momento volvió a Dijon. Una alegría inmensa embargaba su corazón.

Desde el día en que *Psiquis* había dejado al marqués de S*** C***, le atormentaba la idea de que la joven no estuviera con el lujo que por él había abandonado. El obstáculo que a ello se oponía no existía ya. ¡Gracias al cielo, era rico! Iba a poner a los pies de su ídolo la esplendidez que antes la había rodeado, y de la que la joven, dicho sea en su honor, jamás le había hablado. ¡Cincuenta mil francos! Todos los goces de la tierra estaban condensados en esas tres mágicas palabras.

A los ojos de Marc-Henry era esto una fortuna; pero Dijon no era el teatro conveniente para la existencia que quería dar a su amada. Así que veinticuatro horas después de la vuelta del estudiante a Dijon, una silla de posta tirada por cuatro caballos, llevaba rápidamente a *Psiquis* y su amante hacia París, la gran ciudad, la que nuestro héroe no conocía aún.

¡He aquí lo que el amor había hecho de Marc-Henry!

El salvaje hijo de las montañas, en cuya alma vibraban todos los nobles sentimientos; el ardiente e infatigable trabajador, que en otro tiempo parecía querer devorar por el estudio los secretos de la ciencia, mantenía encadenado a los pies de una cortesana, había abandonado todo pensamiento serio y honrado; había venido a ser uno de esos entes inútiles, creados para el vicio y la relajación de costumbres, que de todos los puntos del mundo acuden a París, porque saben que allí el vicio y el

desarreglo están entronizados, son los soberanos.

Marc-Henry estaba bien lejos de llevar este objeto.

En lugar de alegrías, iba a encontrar dolores. Iba a trocar su paraíso en un infierno... pero no anticipemos los hechos.

Nuestros jóvenes, una vez en la gran capital, se alojaron en un brillante hotel de la calle de Rivoli, que ocupaban esa infinidad de milores millonarios que van de *allende la Mancha*, a olvidar bajo el sol parisino las eternas brumas de su horizonte natal, y a compartir con las lindas francesas sus millones y excentricidades. Tomó Marc-Henry una pequeña habitación por el modesto precio de cincuenta luisas mensuales. Tuvo caballos ingleses, un groom microscópico... etc. etc. Más aún; quiso que *Psiquis* eclipsara por su elegancia y tocados, a las galantes amigas de los *gentleman* que habitaban el hotel.

A este paso se comprenderá que los cincuenta mil francos iban fundiéndose como un cirio arrojado en un brasero; pero Marc-Henry no se inquietaba, y no se hubiera apercibido de que su dinero se agotaba si el demonio de los celos no se hubiera apoderado de su corazón. Entre el número de los comensales del hotel se hallaba un joven irlandés, noble como un Montmorency, rico como un Rothschild y bello como un Apolo. Tendría unos veinticinco años próximamente, blanco y sonrosado como una dama de diez y ocho; no faltaba nunca al encuentro de Marc-Henry y *Psiquis*, en la escalera o en la calle, cuando ambos amantes subían al coche. Marc-Henry atribuyó a la casualidad estos frecuentes encuentros. Pero bien pronto creyó notar un misterioso cambio de miradas clandestinas. Ilusorio o real, este descubrimiento le atravesó el cerebro como un hierro candente.

Desde entonces no tuvo punto de reposo ni sueño tranquilo. El avaro que vela por su tesoro, la madre que tiembla por su hijo, no sufren tan crueles angustias. Se mudó de hotel. *Psiquis* se dejó llevar sin resistencia, y aparentemente sin el menor pensamiento oculto. Pero el suplicio de Marc-Henry no debía terminar aquí. En los teatros, en los Campos Elíseos, en los paseos, en todas partes, en fin, se encontraba cara a cara, más que nunca, con el maldito irlandés que parecía avisado por un telégrafo oculto, o servido por una policía maravillosa, que le enteraba de los sitios a que concurría *Psiquis*.

Marc-Henry, loco de celos, propuso a su querida abandonar a París. *Psiquis* contestó que no deseaba otra cosa.

El estudiante no poseía más que seis mil francos.

Se fijó el día de la partida. La víspera, y mientras ambos amantes almorzaban en su cuarto, sembrado de paquetes empezados y baúles en desorden, la joven mostró una alegría tan loca y tan expansiva, que Marc-Henry la interrogó en esta forma:

—¿Qué significan estos transportes? ¿A qué viene tanta alegría?

—Al pensar que dejamos a París, que detesto, y que nos vamos encontrar como otras veces solos con nuestra dicha...

—¿Me amas todavía? —exclamó Marc-Henry transportado al séptimo cielo por

estas tiernas palabras.

—¿Que si te amo? ¡Esta pregunta merece un castigo... y ese castigo hélo ahí!...

Y dos sonoros besos cerraron la boca del enamorado estudiante. Hecho esto, *Psiquis* se acercó a una consola y llenó de vino del Rhin dos copas de cristal de Bohemia. Llegó con ellas a donde estaba su amante, y ofreciéndole una de las copas, le dijo:

—¡Marc, bebamos a nuestros amores!

Las copas chocaron, y de un trago el estudiante vació la suya. *Psiquis* sólo hizo aproximar a sus labios el precioso líquido de las riberas de Johannisberg.

Una hora después del almuerzo, Marc-Henry experimentó una sensación extraña; parecía que su sangre circulaba más pesada y lentamente por sus venas. Un invencible sueño se apoderaba de él y cerraba sus ojos. Quiso resistir, pero fue en vano. Sus piernas se sentían débiles bajo su enervado cuerpo, cayó en un sofá, y quedóse profundamente dormido.

* * *

Cuando Marc-Henry despertó, se encontró rodeado de tinieblas. Llamó a *Psiquis*, pero nadie le contestó.

Se levantó, y a tientas buscó el cordón de la campanilla y tiró de él.

Transcurridos algunos segundos, llegó un criado del hotel con dos lámparas.

—¿Llamaba el señor?

—Sí.

—¿Qué deseaba?

—Una luz.

El doméstico dejó una de las lámparas sobre la consola, y añadió:

—¿No necesita más el señor?

—No.

El criado iba a salir, pero Marc-Henry le detuvo, y con afectada indiferencia, pero voz emocionada; preguntó:

—¿Sabéis si mi mujer ha salido?

—La vi salir esta mañana, y creo no ha vuelto aún.

—Está bien. ¿Qué hora es?

—Media noche.

Estas dos palabras hicieron en Marc-Henry el efecto de la mordedura de una serpiente.

—¡Media noche! —exclamó— ¡pero es imposible!

—¡Caramba!, si el señor quiere verlo...

Y con el dedo índice indicaba el reloj colocado sobre la chimenea. Eran las doce. ¡Cosa rara! El sueño del joven había durado doce horas, y *Psiquis* había salido por la mañana y todavía no había vuelto.

—¡No tengo necesidad de vos!, dejadme —dijo Marc-Henry al criado que le miraba con asombro y que se retiró enseguida.

Torturado por un horrible presentimiento el joven se aproximó a la mesa en que había almorzado. Una carta dirigida a él y en cuyo sobre reconoció la letra de su amada, fue lo primero que hirió su vista.

He aquí lo que contenía:

Mi bien querido:

¡Te he amado mucho, muchísimo! Desgraciadamente las cosas mejores pasan en este mundo, y la más encantadora de todas, el amor, no es eterna. Esto quiere decir que ya no te amo. Te he querido evitar, gracias a unas gotas de láudano, la penosa escena de una ruptura y parto sin prevenírtelo. ¡Mi compañero de viaje es el delicioso irlandés que tú ya conoces y del que tan celoso estabas! Me río de tus celos, ¡pobre amigo mío! ¡Convendrás al menos en que te doy un sucesor digno de ti! No hagas la tontería de buscarme, porque no me encontrarás. Quédate en París o vuelve a Dijon. Consuélate de mi brusca partida y acuérdate alguna vez de tu infiel,

PSIQUIS.

Capítulo XVI

Seis años han transcurrido, y durante este período, ningún incidente digno de cautivar la atención de nuestros lectores, había ocupado página feliz o fatal en la vida de nuestro héroe.

Marc-Henry, medio impresionado por la lectura de la horrible carta que hemos reproducido a la terminación del capítulo anterior, sintió oscilar su razón ante el golpe que acababa de herirle. Pero esta vez su voluntad fue más fuerte que el dolor. Poco a poco trató de ir olvidando, y se entregó a ese remedio bienhechor de las enfermedades del alma: el trabajo.

Después que le abandonó *Psiquis*, como después de la muerte de María, nuestro héroe dedicó al estudio todas sus brillantes facultades y energía.

Dividió en seis partes iguales los seis mil francos que le quedaban, diciendo que con mil francos anuales podría sostenerse con las economías y privaciones que pensaba introducir en su nueva vida. Para llegar a este difícil resultado, Marc-Henry se instaló en la más humilde habitación del más modesto hotel.

Los días enteros y la mayor parte de las noches fueron consagrados a un incesante trabajo, y cuando terminó su carrera, Marc-Henry sabía realmente lo que ignoran la mayoría de los estudiantes.

Un año de espera siguió al brillante resultado de sus exámenes; los clientes no tardaron en ir en busca del joven abogado, y un brillante porvenir apareció en el horizonte de su vida.

Para armonizar con las exigencias de su nueva posición, Marc-Henry buscó nueva habitación. Encontró en la calle de l'Abbaye, en el barrio de Saint-Germain, una muy a propósito para lo que él deseaba. Era un piso bajo de una casa contemporánea del siglo xv, compuesta de cuatro piezas algo sombrías, es verdad, pero que reunían la severidad que requería el éxito que él esperaba.

Pasaron así algunos meses. La vida de Marc-Henry era uniforme y ejemplar; descansaba en la calma que sucede a las borrascas de la juventud. A fuerza de sufrir, su corazón se había embotado, y si alguna vez el abogado pensaba en su terrible pasado, no encontraba en sus recuerdos más que una especie de dulce melancolía que no le dejaba encanto alguno. Pero hay hombres a quienes el destino marca con el sello fatal de la desgracia. Marc-Henry era uno de ellos.

* * *

Muchos carruajes cargados de muebles y de colgaduras se detuvieron una mañana

delante de la casa del joven.

Al mismo tiempo encima de su habitación se oyó un ruido y movimiento no acostumbrados.

El portero vino a prevenirle que el primer piso había sido ocupado, y que por consiguiente, el propietario se veía en la precisión de retirarle el jardín, que le había dejado mientras aquél estuviera desalquilado.

Este contratiempo disgustó sobremanera a Marc-Henry. Había tomado el hábito de pasearse por él todas las marianas un par de horas.

Resolvió al cabo de algunos días visitar a su nuevo vecino y obtener de él el ligero favor de reanudar sus cotidianos paseos.

Deseando saber al instante la solución favorable o negativa, subió al primer piso. En la antecámara se encontró a una joven camarera, coquetamente vestida, de grandes y negros ojos, muy vivos, en una palabra, tipo exacto de las picantes doncellas de la antigua comedia italiana.

Esta camarera hizo a Marc-Henry una ligera reverencia, y arrojándole una mirada de satisfacción, que probaba sobradamente que apreciaba en su justo valor la belleza física del joven, preguntóle con voz dulce:

—¿Qué desea el señor?

—Hermosa niña —respondió el abogado—, desearía hablar al señor... al señor...

Marc-Henry no había pensado en informarse del nombre del que iba a visitar.

—¿Al señor conde?

—Precisamente.

—Voy a ver si el señor conde está visible; ¿a quien tengo el honor de anunciar?

—El señor conde no me conoce; decidle solamente que el inquilino del piso bajo desea hablarle cuatro palabras.

—¡Ah!, ¡sois nuestro vecino! Tanto mejor.

Al cabo de un instante, Discreta, que así se llamaba la joven, reapareció.

—El señor conde os espera en su gabinete; voy a tener el honor de guiaros.

Marc-Henry siguió a la joven. Atravesaron un inmenso salón amueblado con una riqueza prodigiosa, pero en todo ello se notaban rasgos de excentricidad. La linda introductora levantó un portier de terciopelo negro, que daba paso, por una pequeña puerta, a una pieza octagonal, y dejando allí al estudiante, le dijo por lo bajo:

—He aquí al señor conde.

Cerca de una encendida chimenea y envuelto en una larga bata, estaba el dueño de la casa. Se levantó para recibir a Marc-Henry, a cuya presencia quedó clavado en su sitio por un sentimiento de estupor.

El conde, a quien por ahora no conocemos más que por este nombre, tenía la apariencia de un anciano. Su alto talle estaba medio encorvado. La extremada delgadez de sus miembros aparecía a través de la tela de sus vestidos. Era completamente calvo, salvo dos mechones de blancos cabellos que salían por sus sienes como dos cuernos fantásticos.

No se podía, imaginar más perfecta imagen de la debilidad y de la extenuación. En este viejo vacilante, en esta momia viviente, Marc-Henry creyó reconocer al extraño personaje del palco proscenio del teatro de Dijon, al pobre loco con quien él hubo de batirse; en una palabra, ¡al conde Héctor de Navailles!

En la mirada que el conde arrojó sobre el recién llegado, nada pudo notarse que conservara algún recuerdo de haberlo visto anteriormente. Con un gesto de urbanidad invitó al abogado a tomar asiento al lado de la chimenea, y con tono de exquisita política y voz sonora, le dijo:

—Deseáis verme, caballero, y tendré mucho gusto en seros útil.

Marc-Henry dominó rápidamente su primera emoción, y gradualmente llegó a creerse juguete de alguna ilusión o de alguna semejanza imposible.

Formuló su petición, que fue acogida con graciosa adhesión, y cuando nuestros personajes iban a nombrarse para sus correspondientes ofrecimientos, una nueva peripecia y de las más extrañas, vino a complicar la situación.

Capítulo XVII

En el ángulo opuesto de la pieza en que se hallaba Marc-Henry, y precisamente enfrente de él, se levantó silenciosamente un portier y apareció una joven; dio dos pasos, y al notar la presencia de un extraño, se detuvo un segundo y su mirada se fijó con indiferencia en el abogado, que la saludó; pero de pronto una palidez mortal cubrió su rostro y no pudo contener un débil grito; Marc-Henry, por su parte, vacilaba como un hombre asustado. ¡Era que reconoció a la dama que acababa de entrar! ¡Aquella dama era *Psiquis*!

Al grito de la joven y a la evidente turbación del visitante, el conde pareció rejuvenecer diez años lo menos. Su talle se enderezó, sus hundidas pupilas brillaron de un modo particular, mirando sucesivamente a la dama y al abogado, como si hubiera querido penetrar en lo más profundo de su alma, y murmuró con voz lenta:

—¡Ah! ¿Os conocíais?...

—Pero no os lo aseguro —balbuceó Marc Henry—, al menos yo...

Psiquis le cortó la palabra para decir vivamente y con una seguridad completa:

—No recuerdo haber tenido el gusto de conoceros... caballero...

—En efecto —repuso el abogado, tratando de evitar su emoción, con ligera galantería—, tengo la seguridad de no haberos visto nunca, señora; porque sois demasiado bella para olvidaros al tener la dicha de veros una sola vez...

A este absurdo cumplimiento, *Psiquis* se inclinó sonriendo. El conde no insistió; pero la contracción furiosa que acababa de crispar su fisonomía y poner en relieve las innumerables arrugas de que su rostro estaba surcado, denunció una cólera interior.

Marc-Henry estaba de pie. No pudo resolverse a afrontar durante más tiempo una situación singularmente falsa y penosa. Saludó al conde, se inclinó ante *Psiquis* y salió. Pero antes de que hubiera franqueado la otra habitación, la joven, en un momento de descuido del conde, apoyó su dedo índice en los labios, gesto que acompañó con una imperiosa mirada, que equivalía a recomendar a nuestro héroe discreción y silencio.

El conde no acompañó a Marc-Henry, y mientras éste atravesaba el gran salón que precedía al gabinete, oyó violentos ruidos y gritos en la pieza que acababa de abandonar. En la antecámara encontró a Discreta.

—¿Cómo se llama el señor conde? —le preguntó con ardiente curiosidad para aclarar sus dudas.

—¿No lo sabéis? —exclamó la camarera asombrada.

—Ya veis que no, cuando os lo pregunto.

—Mi señorito se llama el conde Héctor de Navailles.

A Marc-Henry no le cupo ya duda. El caballero que acababa de recibirle, y el loco

de Dijon, eran una misma persona, al que un periodo de seis años había envejecido como veinte.

—¿Y está casado sin duda?...

—¡Ciertamente!

—¿Hace mucho?

—Cinco años.

—Y... esa señora... que he visto ahí... ¿es... su esposa?

—Sí, señor; pero en verdad que no comprendo el por qué de tanta pregunta...

—Pura curiosidad, encantadora joven —y esto diciendo, el abogado puso un luis en la mano de la muchacha.

Ésta tomó la pieza de oro que la ofrecían, con encantadora sonrisa, dejando ver dos hileras de perlas que la servían de dentadura, bajando los ojos con un aire tan provocador, que indicaba de una manera muy clara que un beso del apuesto joven que la hablaba, lo hubiera preferido al dinero que acaba de recibir.

Debemos a nuestros lectores una explicación, para la cual sería preciso un volumen; pero vamos a darla en cuatro palabras.

Después de la extraña escena del teatro de Dijon, el conde Héctor de Navailles, había sido conducido por su padre a Londres, como ya sabemos; allí fue confiado a los cuidados de un médico alienista muy célebre, que había adquirido una legítima gloria en cien curas milagrosas, obtenidas todas ellas en casos de disturbios mentales, muy graves y desesperados. Este médico estudió, la enfermedad del conde Héctor, y la combatió con una ciencia tal, y tan feliz acierto, que al poco tiempo todos los síntomas fatales fueron desapareciendo sucesivamente; la alegría del pobre padre que no esperaba un resultado tan pronto y tan completo no tenía límites; pero no le fue dado mucho tiempo para gozar de esta inesperada felicidad, pues pocos días antes del fijado para volver a Francia, cayó enfermo en la fonda que ocupaba con su hijo Héctor, y murió después de una corta enfermedad, llevando al menos a la tumba el consuelo supremo de ver clara la inteligencia del ser a quien dio vida.

Una casualidad hizo que por segunda vez *Psiquis* se cruzara en el camino del conde. La joven había sido llevada a Londres por el simpático irlandés, por el cual había dejado a Marc-Henry. Al ver al conde, *Psiquis* se sobrecogió y tuvo miedo. Pero cuando ella tuvo la seguridad de que su casi asesino, como consecuencia de su curación, no tendría memoria del pasado, se dijo que sería prodigiosamente original el hacerse amar del hombre que había atentado contra su vida.

Dejó entonces a su nuevo amante y dirigió sobre el conde Héctor todas las armas más irresistibles que en cuestiones amorosas poseía. Esto le fue tanto más fácil, cuanto que no tuvo quien se le opusiera, y así el pobre francés experimentó en un instante la más ardiente pasión por la linda compatriota que encontraba en el suelo de la hospitalaria Albión.

Hecho esto, *Psiquis*, siempre con la idea de la originalidad, juzgó conveniente coronar pronto los fuegos que había hecho nacer, como decían los romanceos del

siglo XVIII.

Después de mil luchas y estratagemas, el conde Héctor, viendo que no conseguía nada de su casta amiga, la hizo su esposa. Pocos días después la actriz *Psiquis* era la condesa de Navailles.

No habían transcurrido dos meses aún cuando ya la joven sentía haber aceptado lo que tanto había deseado. Las cadenas del matrimonio pesaban sobre ella con un peso tal, que sólo le hacían pensar en los instintos de su natural independencia. Por Marc-Henry había sentido un capricho, le había amado... por el conde Héctor ni un capricho siquiera, y se hallaba sujeta por la ley a ser su esposa siempre.

Un pensamiento abominable pasó entonces por la mente de la exactriz. He aquí cómo lo formuló:

—Si fuera viuda sería rica y libre; mi belleza brillaría el doble al lado de una gran fortuna y al de un gran nombre; pondría el universo a mis pies... La fortuna, la libertad y el amor ayudan a ser feliz. Sí, sin duda... Pero no soy viuda.

Un razonamiento de esta índole empezado en los anteriores términos, no tenía más que una conclusión. Ésta era:

—¡No soy viuda! Pues bien, es preciso serlo.

Y sin perder tiempo se puso a la obra. Pero no era de esas mujeres vulgares que se arman de un puñal como *lady Macbeth*, o que se proveen de una tisana con arsénico como nuestras modernas heroínas. La prudente *Psiquis* sabía perfectamente que un golpe de esta índole le pondría enfrente de la justicia, con quien no quería trato de ninguna especie. El hierro y el veneno dejan señales irrecusables, y son medios muy vulgares.

Psiquis resolvió matar a su marido, pero matarlo legalmente. Sí, legalmente, y vamos a probarlo; por horrible que sea la concepción y sobre todo la realización de un proyecto semejante, creemos poder afirmar que cada día estudiaba alguno de esos asesinatos domésticos, los más infames de todos.

El conde Héctor, ya hemos dicho en los primeros capítulos de esta historia, era viejo antes de tiempo, y físicamente debilitado por los sufrimientos morales de una pasión llevada hasta la locura. Esto fue lo que sirvió de base. *Psiquis* sabía que era perdidamente amada, y el amor fue el veneno de que se sirvió. Bajo inexpugnables caretas escondía la muerte. Cada uno de sus insaciables besos arrancaba una hora de la vida de su débil esposo. Así poco a poco la debilidad del conde se fue haciendo espantosa. Su talle se encorvó; sus cabellos encanecieron, y tomó el aspecto de un cadáver; y sin embargo no se moría. *Psiquis* no se daba punto de reposo, y se irritaba de la obstinación extraña con la cual el señor de Navailles se aferraba a la vida, y de día en día se repetía con más amargura:

—¡Cómo se alarga, Dios mío!, ¡cómo se alarga!

Añadamos que el conde Héctor, por las inconcebibles extravagancias de su carácter, y sobre todo por sus violencias y continuos celos, contribuía a la obra que su joven esposa tanto deseaba.

He aquí el estado de las cosas en el momento en que los tres principales personajes de esta historia se encontraron reunidos bajo un mismo techo.

Sin duda un drama se preparaba. ¿Cuál sería el desenlace?

Capítulo XVIII

Marc-Henry ignoraba todos los hechos que acabamos de narrar, aunque sucintamente. Se puede, pues, fácilmente comprender el excesivo desorden de sus pensamientos, después de su corta visita al conde de Navailles.

No podía creer la realidad de lo que había visto, y sin embargo, sentía una especie de vértigo apoderarse de su espíritu. Sentía reavivar en el fondo de su corazón una llama más viva y más devoradora que nunca; *Psiquis*, más bella y encantadora que otras veces, volvía fatalmente a tomar un papel en su vida. Luchó contra este delirio naciente, luchó con todas las fuerzas de su alma, con todo el valor y energía de su carácter. Quiso evitar el peligro, dejar París y abandonar su carrera para huir de esta mujer.

¡Quiso... pero no pudo!... Trató de intentar la lucha y salió totalmente derrotado, totalmente vencido, y se decidió a poseer de nuevo a *Psiquis*. Pero ¿de qué modo?

Una observación constante le demostraba que un continuo espionaje rodeaba a la joven. Salía pocas veces y siempre acompañada del conde, cuya desconfianza había sido provocada por los detalles de la entrevista que conocemos. ¿Qué medios poner en obra para verla? De pronto una idea vino a la mente de Marc-Henry. Se acordó de Discreta, de la hermosa camarera, y resolvió ponerla de su parte a cualquier precio.

Durante muchos días espío el paso de la joven; por fin una mañana la encontró sola, que subía ligeramente los últimos peldaños de la escalera, y la llamó:

—¿Qué? —contestó volviendo la cabeza.

—Señorita...

—¿Quién me llama?

—Yo.

—¡Ah!, sois vos, caballero... y... ¿qué me queréis?

—Entrad un momento, os lo ruego.

—¿En vuestra casa?

—Sí.

—Pero... no sé si debo... —dijo la doncella con un pequeño aire de prudencia.

—Os suplico...

—Vamos, sea... pero no mucho tiempo... llevo mucha prisa.

Y esto diciendo, recogió coquetamente los pliegues de su chal y siguió a Marc-Henry. Apenas hubo entrado, el abogado que necesitaba a todo trance captarse las simpatías de la joven, la abrazó dos veces muy estrecha y vivamente.

—Esto no es lo convenido —exclamó tratando de desasirse de los brazos del abogado—; ¿y para esto me habéis mandado entrar?

—Os aseguro que eso no es... porque...

—¡Ah! —dijo la doncella con un tono que denunciaba su asombro—, ¿de qué se trata, pues?

—Desde luego, querida mía, decidme si estáis dispuesta a hacerme un servicio...

—¡Caramba!, según...

—¿Cómo?

—Sí, hay cosas que estoy dispuesta a hacer por vos...

Y una mirada intraducible completó esta frase más que ligera, de la que Marc-Henry, preocupado como estaba, no comprendió ni el sentido ni la intención.

—¿Apreciáis mucho a vuestro amo, el conde de Navailles?

—Le detesto...

—¿Por qué?

—Por muchas y excelentes razones...

—¿Y a vuestra ama?...

—¡Hola! —dijo la camarera acompañando estas palabras de un pequeño gesto—, no diré que la señora no sea bastante buena...

Marc-Henry no atribuyó a las palabras que acabamos de señalar, el sentido que realmente tenían, no viendo sino cierta simpatía de la joven camarera por *Psiquis*.

—El servicio que deseo me prestéis interesa a vuestra señora, tanto como a mí...

—¡Ah! —dijo de nuevo Discreta, pero con una expresión bien diferente de la que había dado anteriormente a este mismo monosílabo.

Marc-Henry abrió uno de los cajones de su escritorio, y de él tomó dos objetos: un bolsillo y una carta; el primero contenía dos luses, la segunda estaba sin dirección. Puso la epístola en la mano derecha de Discreta y el bolsillo en la izquierda, diciéndole:

—Guardad esta bagatela para que os acordéis de mí, y entregad este billete a vuestra señorita... a ella sola... ¿me entendéis?...

El mismo gesto que conocemos apareció entonces en los encantadores labios de Discreta; arrojó el bolsillo al suelo y rompió la carta en un sinnúmero de pedazos, desparramándolos a su alrededor.

—¿Qué hacéis? —exclamó Marc-Henry.

—¡Cáspita, ya lo veis!

—Pero... ¿por qué?

—¡Ah!, ¿por qué? Porque me estáis engañando, caballero. Soy demasiado joven y quizá demasiado linda para servir de mensajera del amor, y no recibo billetitos de esa índole más que para mí.

Marc-Henry comprendió que había seguido un camino falso. Adivinó el despecho celoso de Discreta; mil circunstancias le vinieron a la memoria probando hasta la evidencia la completa buena voluntad de la linda joven, y como a él le importaba muchísimo tener por aliada a la que ya poseía parte de su secreto; como además era una niña encantadora, y en fin, como él sólo tenía veintiséis años, y a esta edad los sentidos no han perdido sus derechos todavía, la reparación fue tan pronta y

completa, que media hora después de este acontecimiento, la conversación se mantenía en estos términos:

—¿Al menos, Mar-Henry, me prometes no amar a la señora?...

—¡Pero hija!, ¿qué te hace suponer que la haya amado nunca?

—¿Qué me hace creerlo? ¡Todo!...

—¿Pero todavía?

—Tu agitada figura el día que por primera vez viniste a casa... tus frecuentes corridas como una alma en pena por las escaleras, desde entonces..., por último, la carta que querías hacerme llevar, y cuyos pedacitos adornan la alfombra como si hubiera nevado.

—¡Vaya!... —dijo Marc-Henry esforzándose en reír—. ¡Eres perspicaz como tú misma!

—Todo esto —prosiguió Discreta sin inquietarse de la interrupción del abogado —, todo esto me prueba hasta la evidencia que has amado a mi señora... y que puede ser que aún la ames. ¡Los hombres sois tan ingratos!

Y la joven acentuó con un ligero suspiro esta reflexión eminentemente filosófica, y añadió:

—¡Oh!, ¡los hombres! ¿Qué les seduce? Una mujer, si es una gran dama, les parece diez veces más bonita que una griseta. Entre la señorita y la camarera, ¿a quién escogerán con seguridad?, a la señorita y llevando a lo mejor ventaja la camarera, por lo menos con la mía...

—Justo.

—¿No brillan mis ojos tanto como los suyos, y no es mi mirada tan tierna?

—¡Sin duda!

—Sus cabellos son rubios, los míos negros; míralos, Marc-Henry, ¿son menos largos ni menos sedosos?

—¡No, por cierto!

—Mi talle es tan esbelto como el suyo... mis manos tan blancas, y con ocho días de descanso, tan finas.

—Es verdad.

—¿Tengo el cutis menos fino y los labios menos frescos?

—¡No!

—¿Lo ves bien, Marc-Henry? Soy tan bella como esa mujer; pero ella es el ama, y yo la criada; así que tú la amas; a mí no...

Aquí la hábil Discreta vertió dos o tres lágrimas, poniendo a Marc-Henry en la agradable necesidad de consolarla de nuevo.

Poco después la joven dejó al abogado, prometiendo volver.

Mientras Discreta se regocijaba con la victoria que creía acababa de obtener sobre la condesa Navailles, Marc-Henry deploraba lo que sin reflexionarlo acababa de hacer. Se reprochaba de la infidelidad, puramente material, de que se había hecho culpable; pero la reflexión le decía que, más que tener un aliado en el campo enemigo

había creado una barrera que, más tarde, sería un obstáculo, para llevar a cabo sus planes de conquistar a *Psiquis*.

El problema que Marc-Henry se había planteado, al empezar este capítulo, ¿cómo hacerlo?, problema de difícil solución, no solamente subsistía, sino que aumentaron sus dificultades.

Capítulo XIX

Una mañana Marc-Henry, meditabundo, estaba apoyado contra los cristales de una de las ventanas que daban al jardín; su frente ardiendo de fiebre de amor. De pronto su atención fue distraída por un hecho, mínimo en un principio, pero cuya importancia fue casi inmediatamente revelada. Le pareció ver que un papel blanco descendía por delante de su ventana, elevándose y bajando alternativamente por delante de los cristales. Un examen más atento le demostró que el papel estaba sujeto al extremo de un hilo.

Las piernas de Marc-Henry temblaron, y por sus ojos pasó una nube que los oscureció. Sin embargo, abrió la ventana y cogió el billete. El hilo cedió. Evidentemente, la correspondencia aérea había llegado a su destino. Desdobló vivamente la carta que le caía del cielo, y repuesto del primer asombro, leyó lo que sigue, con exclamaciones de júbilo y explosiones de mal contenida alegría:

Amigo mío:

No os he olvidado. No sé si me habéis amado siempre... yo os amo todavía... Os amo lo bastante para sacrificar, si queréis, la posición brillante que la casualidad me ha dado. Desde vuestra visita se desconfía de mí, se me vigila... pero ¡qué importa! Escribidme; cada día, a la misma hora, y por el medio que acabo de emplear, recibiréis noticias mías, y podréis ascender vuestras cartas. ¿No os parece bien? Uno mi alma a la vuestra... Que pronto pueda prestar mis labios a vuestros besos.

Marc-Henry contestó algunas líneas que el hilo elevó cargado con su precioso depósito.

Tres minutos después de haber llegado a puerto seguro este misterioso envío, Discreta entró en casa del abogado.

El reflejo de la inmensa alegría que brillaba en los ojos del joven no escapó a la investigadora mirada de la camarera. Adivinó la causa, y con pasajera sonrisa y voz triste dijo:

—¡Ya no vendré más!

—¿Por qué? —Exclamó Marc-Henry, que no quería que su felicidad hiciera derramar ni una lágrima.

—Porque mi presencia os sería demasiado penosa... a pesar de la ayuda que os he rehusado, habéis encontrado medio de decir o escribir a mi señorita que la amáis... Ella, sin duda, os ha contestado que también os ama...

—Pero Discreta, os aseguro...

—¿Que me engaño?...

—Sin duda alguna.

—¡Ah!, ¿me aseguráis eso?

—Sí.

—¡En verdad! ¡Y bien! Sois un hombre de honor, Marc-Henry; ¡juradme que lo que os he dicho es falso; juradme que no habéis escrito ni hablado a la señora condesa de Navailles... y os creeré!

—¡Jurar!, ¿por qué? —dijo el joven con extrema turbación.

—¡Lo veis! —repitió la joven con aire desdeñoso—; os lo repito, no vendré más.

La camarera de *Psiquis* dio algunos pasos hacia la puerta, pero se detuvo para decir:

—Estad tranquilo, sin embargo; no descubriré vuestro secreto, Marc-Henry, y si vuestros amores son desgraciados, como me temo, como creo, no me acuséis nunca de no haberos avisado. Vamos, Marc-Henry, puesto que nos separamos, separémonos al menos siendo buenos amigos.

Y Discreta aproximó su frente a la boca del joven, que sin saber lo que hacía, le dio un beso.

—¡Pobre muchacho! —pensaba la camarera—. ¡Pobre chico!, ¡y decir que todos los hombres son de este modo, y que no hay medio de impedirles hacer las necesidades que les parece!... Lo hubiera dicho, pero sin creerlo; así, decididamente, lo mejor que puedo hacer es callarme. ¡No importa!, siento que le amo, porque es un guapo muchacho y tiene un corazón muy noble.

Durante ocho días estuvo funcionando la hebra de hilo, y cada mañana una carta de *Psiquis*, más ardiente que la anterior, venía a reavivar la nueva llama nacida en el alma de Marc-Henry. El noveno día nada apareció, y ya nuestro héroe empezaba a sentir las contracciones nerviosas de la inquietud y de la impaciencia, cuando la campanilla de la puerta exterior fue puesta en movimiento de un modo muy rápido.

Marc-Henry, para evitar ser sorprendido en el momento de la llegada de su correspondencia aérea, mandaba a paseo a su criado a la hora del tierno mensaje y no oía a nadie.

A la segunda o tercer llamada la campanilla cesó de agitarse. Al mismo tiempo una forma de mujer se asomó a la ventana del jardín y llamó a Marc-Henry. Era Discreta, que estaba pálida y singularmente agitada.

—Soy yo la que llamo —dijo—, abridme enseguida; es preciso... es necesario que os hable.

Un instante después estaba dentro del salón del abogado.

Su palidez había aumentado y sus ojos expresaban miedo y turbación.

—¿Qué pasa?, ¿qué queréis?

—Hay, que vos habéis rehusado una vez oír mis palabras; una horrible desgracia os amaga...

—¿Una desgracia?

—Sí.

—¿Cuál?

—Escuchad..., pero antes respondedme... sin frases, sin rodeos..., la verdad..., sólo la verdad. ¿Tenéis para esta noche una cita con mi señora?

Discreta pronunció estas palabras con voz lenta y penetrante.

—No.

—¿Es eso verdad?

—Sí.

—¿Me lo juráis?

—Os lo juro.

—¡Quiera el cielo que me haya equivocado!, lo cual creo imposible... en fin, ahora lo sabréis; luego juzgad. Sois un loco en amar a la condesa; no os ama, porque ama a otro...

—¡Discreta! —exclamó Marc-Henry con cólera— ¡mentís!

—Atended un momento, querido amigo; os lo suplico; no me interroguéis. Os repito que lo vais a ver. Pues, como decía, mi ama tiene un amante. Engaña a su marido, lo ha engañado y lo engañará. En eso veo una cosa muy mal hecha, porque en fin, ¿sabéis lo que era antes de casarse esa mujer que creéis un ángel? Era menos de lo que soy yo, menos que la que os habla; era una cómica y una joven *entretenida*...

Marc-Henry bajó la cabeza sin responder. Se veía forzado a convenir en que el pasado de la que él amaba daba una razón terrible a las acusaciones de Discreta.

—Llego a los hechos —prosiguió la camarera—, hace una hora escasa he llevado a la señora un traje que la costurera acababa de enviar. La puerta estaba cerrada por dentro.

Miré por el ojo de la cerradura; mi ama escribía.

—¿Quién es? —preguntó al llamar yo.

Me nombré. Vino a abrir, me encargó corriera el cerrojo interior y siguió escribiendo. Al cabo de algunos minutos se oyó al señor conde andar por los pasillos. La señora jamás hace esperar al conde, para evitar escenas violentas de celos. Me hizo seña de que abriera, pero al mismo tiempo escondió rápidamente en el cajón de un estante la carta que acababa de doblar y en la que había puesto la dirección. El conde venía a buscar a su mujer para salir con ella. Salieron juntos y me quedé sola en la cámara. Os soy franca, Marc-Henry, y os lo digo sin ambages: mi primer movimiento fue abrir el cajón y coger la carta. Los caracteres de lo escrito tenían la forma de caracteres impresos, y era por lo tanto imposible reconocer la mano que los había trazado. Adivinad, Marc-Henry, si podéis, el nombre que en el sobre había.

—¿El mío?

—No; el de su marido, el conde Héctor de Navailles.

—En efecto que es extraño.

—Escuchad; no he terminado. La carta no tenía más que tres líneas; adivinad, si

podéis, lo que estas tres líneas decían.

—¡Eh!, ¿lo sé acaso?

—Advertían al conde que su mujer a medianoche recibiría a su amante.

—¡Discreta! ¡Discreta!, ¿qué decís?

—Lo que he visto; esta carta me espanta... no comprendo su objeto, pero tiemblo por vos..., por eso estoy aquí...

—Pero vuestra señora no me ha escrito, ni tengo ninguna cita con ella.

Apenas Marc-Henry acabó de decir estas palabras, dio un grito y corrió a la ventana. Un papel parecía volar por delante de sus cristales.

Del hilo pendía un billete. Dentro de este billete había una pequeña llave.

Marc-Henry le perdió de vista, porque el papel fatal se escapó de sus manos después de leerlo. Discreta le cogió y leyó. He aquí su reproducción literal:

Entrad en la choza que está a espaldas del muro de la casa, y en la cual el jardinero encierra sus útiles. El armario del centro lo encontraréis cerrado. La llave que os envió se adapta a la cerradura y abre una pequeña puerta que oculta una escalera de caracol; esta escalera conduce a mi alcoba; os espero a medianoche. Por todo evento venid armado.

Capítulo XX

Marc Henry se quedó como atontado después de esto; su aspecto era el de un hombre a quien la fuerza del dolor ha desorganizado el cerebro.

Discreta, callada, derramaba algunas lágrimas, al ver el inmenso y mudo dolor del joven, y en voz baja y dulce le dijo:

—¿Y bien?

Marc-Henry no respondió. La camarera le dio un golpe en el hombro añadiendo:

—¿Qué haréis?

El abogado no pareció entenderlo, dio algunos pasos vacilantes, y dejándose caer sobre una silla y con la cabeza entre sus manos dejó escapar de su pecho largos sollozos.

Discreta guardó en su seno la llave y la carta, y abandonó la estancia sin hacer ruido y murmurando:

—¡Ya esta salvado!

El estupor de Marc-Henry no era más que aparente. Su atonía física era resultado de la devoradora actividad de su pensamiento.

Un rayo de luz vino a alumbrar las profundas tinieblas que le rodeaban, y su alma acababa de ver la horrible verdad. Todo lo había comprendido.

El plan de *Psiquis* se presentaba a su espíritu con todos sus detalles, con una lucidez terrible. ¡Esta mujer!, esta mujer por la cual hubiera dado, sin titubear, su sangre, su vida y hasta su honor, se preparaba a jugarle una partida infame, en la que Marc-Henry era uno de los jugadores.

Queriendo a todo precio acabar, queriendo aunque fuera por un crimen recobrar su libertad, Psiquis ponía frente a frente al marido y al amante, provocaba infaliblemente una lucha y contaba con la fuerza y juventud de Marc-Henry, para hacer caer en su favor la balanza del destino. Si el amante sucumbía en el nocturno encuentro que acababa de preparar, la partida estaba perdida, es verdad... Pero ella que todo lo había calculado, lo había previsto todo, se había dicho que de cien probabilidades noventa estaban de su parte.

A medida que Marc-Henry se engolfaba en esta sombría contemplación, pasó en él una cosa extraña. Sentía abrasarse su corazón y le parecía que por sus venas corría fuego. Un velo se extendía en su inteligencia y la dividía en dos zonas distintas; las dos épocas de su vida.

Una de estas zonas, la que encerraba su existencia actual, se hallaba en una obscuridad impenetrable. La otra, clara y siniestra, tenía las figuras y recuerdos del pasado. Se veía el contrabandista atrevido y errante sobre las crestas del Jura.

Como en las visiones del Dante, el fantasma de María de Châlans, enlazada a la

de Morand, el carabinero, pasaba por delante de sus ojos a través de un torbellino formado de niebla, lluvia y espuma de las aguas. Y el viento de las montañas arrastraba estas sombras amorosas, como arrastra las hojas secas de los árboles, al acercarse el invierno.

Psiquis se apareció enseguida, pero no como hoy.

La cómica aparecía radiante, cantando melodías desconocidas en un teatro fantástico.

Marc-Henry reía y lloraba; daba gritos de amor y de sufrimiento. Había perdido la conciencia de su ser.

La locura descendía hasta él.

Discreta, durante este tiempo, se ocupaba en buscar el desenlace del drama preparado y en el cual sólo la casualidad hizo que interviniera. Espantada de los siniestros proyectos de su ama, resolvió jugar con ella el papel de la Providencia, que hace abortar los malos pensamientos y castiga al culpable cuando ha llegado su hora. Ella conocía al verdadero amante de *Psiquis*. Poseía la llave de la pequeña puerta y el billete dirigido a Marc-Henry, billete que, como recordarán nuestros lectores, no tenía dirección.

Hecho esto esperó.

* * *

La noche había extendido su negro y espeso velo sobre París. Todos los ruidos de fuera fueron apagándose sucesivamente, y el silencio reinaba en las profundas soledades de la calle de l'Abbaye.

Al anoecer, el criado del abogado había dejado sobre la mesa del salón dos bujías encendidas, que se consumían lentamente, disipando sólo a medias las tinieblas del salón, que estaban encargadas de iluminar.

Las doce de la noche iban a dar.

La crisis de Marc-Henry tocó a su fin.

Levantó la cabeza y pasó una mirada de asombro sobre los objetos que le rodeaban, y pasándose la mano por la frente, y tratando de darse cuenta de lo que acababa de pasar, interrogó su memoria. Sus recuerdos acudieron en tropel. Buscó a sus pies la carta de *Psiquis*: ya sabemos por qué no la encontró. La horade la cita se aproximaba.

—¡Iré! —exclamo—, ¡iré aunque muera! Puede ser que la revelación de Discreta sea motivada tan sólo por los celos... a la buena de Dios; mi suerte se cumplirá.

El reloj señaló las doce menos cinco minutos; del mismo modo que Marc-Henry buscó la carta, buscó también la llave. Pero ésta, como aquélla, había desaparecido.

—¿Qué importa? —se dijo Marc—. ¡Forzaré la cerradura! —Y cogiendo una de las bujías cuya llama tapó con ambas manos, con el objeto de ocultar sus indiscretos rayos, ganó el jardín, y llegó a la choza en cuestión, en la cual entró.

Apenas había franqueado la habitación, cuando una corriente de aire apagó su bujía. Sin embargo, pudo notar que la puerta secreta estaba abierta de par en par, y su mirada penetró en las espirales tenebrosas de su estrecha escalera. Asombrado, y con razón, de esta circunstancia imprevista, se orientó al tacto, y buscaba la entrada de la misteriosa escalera, cuando a través del silencio absoluto de la noche, oyó dar doce campanadas en un reloj lejano. Al mismo tiempo, y como si las vibraciones que se perdían en el aire hubieran dado la señal, un terrible grito resonó encima de su cabeza, y dos detonaciones sucesivas movieron hasta sus cimientos las frágiles paredes de la choza.

Un crimen acababa de consumarse, sin duda. El primer movimiento de Marc-Henry fue lanzarse hacia adelante. Pero de pronto una vaga claridad iluminó las paredes del paso secreto; después un cuerpo opaco interceptó esta claridad, mientras un paso desigual y rápido sonaba sobre los tramos de la escalera. Marc-Henry retrocedió. Una forma blanca se deslizó por su lado, cuyos vestidos rozaron con él.

Esta forma salió de la choza. Marc-Henry la siguió. Bajo los pálidos rayos de la naciente luna, Marc-Henry reconoció a *Psiquis*, que oyendo andar detrás de ella, se volvió...

Sus rubios cabellos flotaban sobre su ropa teñida en sangre.

Psiquis se dirigió hacia él. Marc-Henry iba a hablarla, pero ella no le dio tiempo; cogiólo con una fuerza increíble por el cuello de su traje. Cogido así le hizo arrodillar ante ella, y con voz entrecortada por la cólera, le dijo:

—¡Desdichado!... es por ti por quien muere..., pero le voy a vengar...

Y le hirió dos veces seguidas, en medio del pecho, con un arma blanca que le dejó clavada.

Marc-Henry dio un sordo gemido; apoyó sus dos manos sobre la herida como para contener el río de sangre que se desbordaba, sus ojos se nublaron y cayó desvanecido al suelo, que parecía girar bajo sus pies.

EPÍLOGO

Pelagia. Capítulo I

Antes de pasar adelante, hemos de esclarecer a nuestros lectores las peripecias de las últimas paginas de la segunda parte, que parecen un tanto obscuras.

Viendo entrar a su amante en lugar de Marc-Henry, a quien aguardaba, *Psiquis* no pudo contener un grito de espanto.

A este grito la puerta de la alcoba se abrió lentamente, y el conde de Navailles, con mirada ardiente y siniestra, y con una pistola en cada mano, apareció como un inexorable vengador. Su primer disparo derribó al joven que acababa de caer en el lazo tendido a otro.

El conde entonces apuntó a *Psiquis*, pero su mano tembló y no dio en el blanco; ella, cubierta con la sangre de su amante, pudo escapar y ganar el jardín.

Sabemos lo que pasó después. Hemos visto a *Psiquis* herir a Marc-Henry con el mismo puñal que el estudiante de Dijón había arrancado de las manos del conde de Navailles.

Un proceso judicial tuvo lugar acerca de estos acontecimientos, proceso que terminó en uno criminal.

Marc-Henry no fue molestado por la Justicia. Se absolvió al conde. *Psiquis* fue condenada a tres años de reclusión.

Cuando salió de las *Madelonnettes*, su marido había muerto, desheredándola del todo. La exactriz arrastró en el fango su corona de condesa, pasó del escándalo a la prostitución, y de ésta al hospital donde terminó su carrera.

¿La habrá perdonado Dios el mal que hizo en este mundo? Creemos que no.

* * *

Después de larga enfermedad, y a fuerza de cuidados, volvió Marc-Henry a la vida, es decir, al dolor.

Los síntomas de su enfermedad fueron totalmente parecidos a los ya descritos cuando el desenlace terrible de su primer amor. Largo tiempo se creyó que la inteligencia del joven había sufrido alguna lesión; se equivocaron: una vez más la razón debía triunfar, pero ¡ay!... esta vez sería la última.

* * *

Seis años más han transcurrido. La reputación de nuestro héroe era tan grande como su talento. Ocupaba uno de los puestos más distinguidos del foro de París; la

condecoración de la Legión de Honor brillaba en su solapa, y su trabajo le había consolidado las bases de una fortuna que cada día aumentaba.

He aquí cual era la posición de Marc-Henry cuando un día recibió una carta traída por uno de los empleados de la Conserjería.

Esta carta, firmada con uno de los nombres famosos en los fastos del crimen, rogaba al abogado fuera a verle para hacerle una comunicación de importancia suma.

El preso que reclamaba la asistencia de Marc-Henry era presidiario, libertado de trabajos forzados. Era culpado de un asesinato, complicado con atroces circunstancias, asesinato cometido para llevar a efecto un robo, cuya suma era de quinientos a seiscientos mil francos. Ninguno de los valores sustraídos había podido encontrarse.

Marc-Henry, movido por la curiosidad, pasó por la Conserjería al día siguiente. Se le llevó a la comunicación. El expresidiario no estaba solo. Al otro lado de la doble reja había una joven con la que departía familiarmente.

Esta joven tendría diez y siete años próximamente, y Marc-Henry quedó prendado de su incomparable belleza.

La joven lloraba desconsoladamente.

—Retírate, Pelagia, —dijo el expresidiario a la llegada de Marc-Henry—; tú tienes tiempo de verme... hasta que... —Y con un gesto siniestro se pasó la mano por el cuello, como imitando el cuchillo de la guillotina.

La joven se alejó sollozando. Marc-Henry la miró encantado.

—¿No es verdad —dijo entonces el desconocido apercibiéndose de aquella admiración—, que es linda mi hija?

—Sí —respondió fijamente el abogado, que no quería entablar conversación inútil con aquel hombre—. ¿Sois el que me ha escrito? Heme aquí. ¿Qué deseáis?

—Me explicaré —respondió el preso—. Es muy sencillo. Paso al Tribunal Supremo la semana que viene.

—Lo sé.

—Se dice que mi causa está clara y que iré a cumplir con el precepto pascual al patíbulo; éstas son mis noticias...

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que se me ha puesto algo en la cabeza...

—¿Qué?

—Que hay un hombre que puede salvarme.

—¿Un hombre?

—Sí.

—¿Quién?

—Vos.

—¡Yo!

—Sí, vos.

—¿Y cómo?

—Sacando para mí circunstancias atenuantes; ¡oh!, no os pido la libertad... sólo que me permutéis aquella pena por la de cadena perpetua, y vos podéis hacerlo...

—No.

—¿Por qué?

—Porque en mi alma y en mi conciencia os creo culpable, culpable con espantosos refinamientos de crueldad, y que por nada en el mundo me comprometería a defender una causa perdida.

—¡Oh!, ¡oh!, ¿es vuestra última palabra?

—Sí.

—¿Absolutamente?

—Absolutamente.

—Vamos a ver; os ofrezco cinco mil francos.

—Y yo rehusó.

—Diez mil.

—¡Caballero!

—En fin, sois un buen chico; elevo la cantidad a veinte mil francos; ¡veinte mil francos!... es una bonita suma.

—¡Basta ya, basta! —exclamó Marc-Henry vivamente—; no estoy acostumbrado a dejarme insultar...

—Un minuto —dijo el detenido viendo que Marc-Henry iba a retirarse—, dejadme hablar solamente dos palabras...

—Daos prisa, os lo ruego.

—Quizá creáis que prometo mucho y hago cuenta de no pagaros... pues bien, antes de empezar os serán entregados veinticinco mil francos... ¿qué os parece?

Marc-Henry no escuchaba, y ya había franqueado la mitad de la distancia que separaba la reja de la puerta de entrada.

—¡Bah! —le gritó— ¿acaso rehusáis?

—Absolutamente.

—¡Diablo!, en fin, reflexionad esta noche y venid a decírmelo mañana.

Capítulo II

No tendremos necesidad de decir que Marc-Henry no volvió a la Conserjería al día siguiente.

Pasaron tres días, y a la mañana del cuarto, el criado del abogado le previno que una joven deseaba hablarle.

—Hacedla entrar.

La joven en cuestión entró. Marc-Henry reconoció en ella a la hija del presidiario.

—¿Qué deseábais, señorita?

—Os traigo una carta de mi padre, caballero —balbuceó.

Y entregó al abogado una carta escrita en papel de barba y cerrada con miga de pan mascado. La abrió, y leyó lo siguiente, cuyo estilo y ortografía copiamos:

Ceñor avogado, puesto que no havéis kerido el dinero que hos e hoferezido, si quereis defender mi causa hay hos henbio a mi ija para que uséis de ella a buestro justo. Halgo de azer una hija por salvar el pescuezo de su padre. Yo os saludo.

C***

En la Conserjería a 4 de marco 1837.

El corazón de Marc-Henry se llenó de indignación ante tamaña infamia.

—Señorita, ¿sabéis lo que me escribe vuestro padre?

—No, señor —respondió sonrojándose.

—¿Y no os ha dicho nada?

—Me dijo solamente que hiciera cuanto me mandarais y que os obedeciera como a él; añadiendo que de esto dependía su vida...

—¡Vergüenza inaudita!, ¡miserable! —murmuró el abogado.

Luego se puso a examinar a la joven que tenía ante si inmóvil y tímida. Sorprendido del candor virginal que leía en su frente y en sus bellos ojos, pensó algunos minutos y adquirió la convicción de que la bella Pelagia, casta flor nacida entre el fango, reunía a su belleza angelical una adorable pureza.

Recogida desde su infancia por personas caritativas, tuvo con su padre raras y cortas relaciones, y viéndole preso y acusado de un crimen horrible, le creía víctima de una de esas equivocaciones que sufre la justicia humana algunas veces desgraciadamente.

La resolución de Marc-Henry fue pronta. Aquel mismo día Pelagia entró en un convento bajo la protección del abogado. Al siguiente día fue a decir al presidiario

que aceptaba su oferta. A la semana siguiente, la causa indefendible y que había aceptado fue elevada a plenario, y el jurado, por unanimidad, condenó a muerte al presidiario.

—¡Canalla! —exclamó éste desde el banquillo de los acusados dirigiéndose a Marc-Henry— ¡me robas!, pero no te escaparás.

A las seis semanas la cabeza del asesino caía en un cadalso levantado en la plaza de la Greve.

* * *

Un año después Pelagia salía del convento. Marc-Henry, que casi todos los días iba a verla, sentía por ella un profundo amor.

Confiada e inocente, la joven se abandonó a él; pero Marc-Henry retrocedió ante el pensamiento de mancillar su honor. Se dijo, que si el cielo era justo, esta mujer le haría feliz, si no por amor, por agradecimiento.

La joven fue la esposa de Marc-Henry y no tardó en llamar la atención y ser citada como una de las maravillas de París.

Completó la dicha de Marc-Henry dándole dos hijos.

El hijo de Esther, el amante de *Psiquis*, había arrojado, en fin, el ancla en el puerto de la felicidad.

¿A qué continuar? Nuestros lectores conocen el resto.

Un día, día de angustia y de desesperación, la última ilusión desapareció. Pelagia tenía un amante. La hija del presidiario aportaba el adulterio a la casa de su marido. Ésta fue la última gota de agua... la que hizo verter el vaso.

El prólogo de esta historia contiene el desenlace...

Volvamos al prólogo.

* * *

He aquí por qué Marc-Henry murió loco en el manicomio del doctor Blanche.

He aquí por qué en su último delirio repetía estos tres nombres: MARÍA, *PSIQUIS* y PELAGIA.

FIN



XAVIER HENRI AUMON PERRIN, conde de Montépin, nacido en Apremont (Alto Saona) el 18 de marzo 1823 y muerto en París el 30 de abril de 1902, fue un popular novelista francés.

Autor de folletines y de dramas populares, se hizo popular con los folletines. Es el autor de uno de los más vendidos del siglo XIX, *La Porteuse de pain*, publicado de 1884 a 1889, que fue adaptado sucesivamente al teatro, al cine y a la televisión.

Le Médecin des pauvres, publicado de enero a mayo de 1861 en el periódico ilustrado *Les Veillées parisiennes*, fue un plagio de una novela histórica de Louis Jousserandot, un abogado republicano. Jousserandot y Montepin se enfrentaron en un proceso que tuvo lugar en enero de 1863, en el que ambos fueron condenados a las costas.

Les Filles de plâtre, publicado en 1855, fue también un escándalo y le valió a Montepin una condena a tres meses de encarcelamiento y 500 francos de multa en 1856.

Notas

[1] Spahi: Jinete del ejército francés perteneciente a un cuerpo del norte de África creado en 1834 y organizado en una «subdivisión de armas» de la caballería en 1841.

<<

[2] Automedonte: En la mitología griega, Automedonte, hijo de Dioreo, era el auriga de Aquiles y su compañero durante el combate en la guerra de Troya. Su nombre se ha convertido en sinónimo de cochero fiel y hábil. <<

[3] Viajero de comercio: Los contrabandistas del Jura suelen servirse de esta expresión para darse a conocer entre sí. (N. del A.). <<

[4] Calórico: La teoría calórica fue un modelo con el cual se explicó, durante un tiempo bastante prolongado, las características y comportamientos físicos del calor. La teoría explica el calor como un fluido hipotético, el calórico, que impregnaría la materia y sería responsable de su calor. <<

[5] Infolio: In-folio o infolio (del latín in folio, en hoja) o, abreviado como in-2.º, es un término técnico utilizado en encuadernación que indica el tamaño de un libro, donde la hoja impresa se ha doblado sólo una vez sobre el lado menor, por lo que da lugar a dos folios que equivalen a cuatro páginas. Durante los siglos XVII y XVIII, los infolios son generalmente libros de referencia, voluminosos (podían pesar alrededor de 10 kg por tomo) y con un formato de papel cercano al estándar A3. Por su alto coste de producción, la tirada estaba generalmente limitada a un número reducido de ejemplares. La filigrana se solía emplazar en el centro del folio. <<

[6] haz de fajinas: Una fajina es un haz de ramas de mucho uso en la guerra que sirve para trazar las obras, cegar fosos, construir atrincheramientos, parapetos, espaldones, formar diques y puentes sobre balsas para las comunicaciones y otra multitud de trabajos de ataque y defensa. <<

[7] Diana y Acteón: Acteón, un joven de la familia real de Tebas, educado por el centauro Quirón, que practicando un día en el monte Citerón su actividad favorita, la caza, encaminó involuntariamente sus pasos hasta el lugar donde la diosa Diana y sus ninfas tomaban un baño. Diana, irritada al sentirse observada, lo castiga duramente: lo convierte en un ciervo y excita contra él a los perros que integraban su jauría. Acteón conserva su consciencia humana e intenta hablar con los perros que no lo reconocen y se abalanzan sobre él, desoyendo los sonidos lastimeros que el ciervo emitía en su deseo de que lo reconocieran. Luego buscan desesperados a su amo por todo el bosque hasta llegar a la cueva donde habitaba Quirón quien, para consolarlos, modeló una estatua a imagen de Acteón y se la mostró. <<

[8] Verdugillo: era una espada de hoja larga y estrecha. Una especie de estoque angosto. <<